

MUJERES DEL VIENTO

J o s e f i n a E s t r a d a



Universidad Autónoma
del Estado de México



Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Rector

M. en E. U. y R. Marco Antonio Luna Pichardo
Secretario de Docencia

Dr. en C.I. Carlos Eduardo Barrera Díaz
Secretario de Investigación y Estudios Avanzados

M. en C. Jannet Valero Vilchis
Secretaria de Rectoría

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

Dra. en Ed. Sandra Chávez Marín
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Finanzas

M. en Dis. Juan Miguel Reyes Viurquez
Secretario de Administración

Dr. en C.C. José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

M. en L.A. María del Pilar Ampudia García
Secretaria de Cooperación Internacional

Dra. en Dis. Monica Marina Mondragón Ixtlahuac
Secretaria de Cultura Física y Deporte

Dr. en C.S. Luis Raúl Ortiz Ramírez
Abogado General

M. en R.I. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

Lic. en Com. Gastón Pedraza Muñoz
Director General de Comunicación Universitaria

M. en A.P. Guadalupe Santamaría González
Directora General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales

M. en D.F. Jorge Rogelio Zenteno Domínguez
Encargado del Despacho de la Contraloría Universitaria

Mujeres del viento

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Rector

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

M. en A. Jorge E. Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Josefina
Estrada
Selección, edición y presentación

MUJERES DEL VIENTO



Universidad Autónoma del Estado de México

“2019, Año del 75 Aniversario de la Autonomía ICLA-UAEM”

Primera edición, septiembre 2019

La ilustración de la página 27 pertenece a la autora.

Mujeres del viento

Josefina Estrada

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Reconocimiento 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Estrada, Josefina (2019). *Mujeres del viento*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-633-051-7

Hecho en México

Made in Mexico

Contenido

Prólogo	17
De alta peligrosidad <i>Gloria Catalán Delgado</i>	29
Gemelo, échate la culpa <i>Gloria Catalán Delgado</i>	37
Mariano, el verdadero <i>Gloria Catalán Delgado</i>	45
Arañar el aire <i>MSK</i>	51
Desde donde yacen mis restos <i>Vianey Rangel Villegas</i>	55
Las dueñas y señoras <i>Carolina Rocha Marín</i>	67
Basurero en llamas <i>Carolina Rocha Marín</i>	71
El rumoroso mar de las estafetas <i>Jessica Nochebuena</i>	77
Música, voces, chiflidos y trompetillas <i>Rocío Ventura</i>	81

Cuauti es chiquito <i>Jessica Nochebuena</i>	83
Acostumbrarme, no <i>Guadalupe Salazar</i>	87
Pasitas <i>Guadalupe Salazar</i>	89
Dora y su mundo <i>Guadalupe Salazar</i>	91
Noche en blanco <i>Guadalupe Salazar</i>	93
Pasada de raya <i>Guadalupe Salazar</i>	95
Cazadora de ratas <i>MSK</i>	97
Gatito, men <i>Gloria Catalán Delgado</i>	101
Nueve vidas <i>Brisa Rivera Caville</i>	103
Las moscas: compañeras de la vida y de la muerte <i>Rocío Ventura</i>	105
Un odioso insecto <i>Gloria Catalán Delgado</i>	107
Las chinches, esas desconocidas <i>Vianey Rangel Villegas</i>	109

Maravillas <i>Maribel Reyes Gutiérrez</i>	113
Una ofrenda de verdad <i>Jessica Nochebuena</i>	117
Día del Niño <i>Jessica Nochebuena</i>	121
El desastre de la celda nueve <i>Jessica Nochebuena</i>	125
Talacheras <i>Gloria Catalán Delgado</i>	127
Estampas <i>Anónimo</i>	129
Esclava de la rutina <i>Gloria Catalán Delgado</i>	131
Mi Negra querida <i>Maribel Reyes Gutiérrez</i>	133
Nunca debió conocer a sus padres <i>Maribel Reyes Gutiérrez</i>	137
De fiestas nunca supe <i>Maribel Reyes Gutiérrez</i>	141
Más presa que nunca <i>Guadalupe Salazar</i>	145
Ajusticiamiento dominical <i>Jessica Nochebuena</i>	147

Las malas <i>Maribel Reyes Gutiérrez</i>	151
Como lunes o jueves <i>Maribel Reyes Gutiérrez</i>	153
El domingo es para sentenciadas <i>Gloria Catalán Delgado</i>	155
Externar a un hijo <i>Ángeles Estrada</i>	157
Una pareja más <i>Gloria Catalán Delgado</i>	159
Tú, mi media naranja <i>Ángeles Estrada</i>	165
Así nací <i>MSK</i>	169
Por mi inocencia <i>Gabriela</i>	175
Estilo de vida <i>Guadalupe Salazar</i>	177
Leer la cartilla <i>Maribel Reyes Gutiérrez</i>	179
La separación de las amantes <i>Maribel Reyes Gutiérrez</i>	183
¿Para qué levantarme? <i>Jessica Nochebuena</i>	187

Secuestros express <i>Gloria Catalán Delgado</i>	191
Certificar <i>Gloria Catalán Delgado</i>	195
Tinta y sangre <i>Gloria Catalán Delgado</i>	199
Bronceado febril <i>Rina</i>	203
¡Pánico: nuevo comandante! <i>Jessica Nochebuena</i>	205
Gritos y murmullos <i>Gloria Catalán Delgado</i>	211
Muertas olvidadas <i>Gloria Catalán Delgado</i>	213
Y sólo cadáveres <i>MSK</i>	215
Ya era primavera <i>Gloria Catalán Delgado</i>	219
Donde algún día llegaremos <i>Rina</i>	223
Sobre las autoras	225

A Mario Nava, amigo entrañable

Hay entre nosotros un diverso amparo que envuelve y acompaña a cada sujeto, que lo rodea, escuda y rescata: es una dosis de poder que cada quien ostenta –cualquiera que sea su fuente– y con la que cubre soledad y desnudez, y avanza, de alguna manera, armado su propio trecho de vida. Pero hay otros que nada tienen que les guarde, que han de afrontar la existencia a pecho descubierto. Son estos los que hoy nos interesan, y entre todos, en medio de esa vasta familia de débiles y de famélicos, de simples seres humanos, los más pobres entre los pobres, los derrotados: los prisioneros.

Los otros débiles han perdido batallas informales contra el tiempo, la salud, el azar o la esperanza. Tienen, también, es cierto, la calidad de vencidos, pero en todo caso su título es tenue, a veces precario y siempre ocioso. No ocurre lo mismo con el preso: él es algo más –que en el fondo le hace mucho, pero mucho menos–: es el enemigo vencido en un combate formal, solemne, litúrgico, contra la entera sociedad. Así consta en la crónica de la lucha abrumadora: que la nación debidamente articulada, la comunidad, el rey, la república o el Estado han vencido a ese hombre en ejercicio de una detallada estrategia judicial, y le han reducido por cierto tiempo, acaso por lo que le resta de vida, a la condición de prisionero. Se trata, pues, de un miserable oficial, de un enemigo diplomado. De ahí que diga tanto sobre una sociedad la suerte de sus prisioneros.

Sergio García Ramírez

PRÓLOGO

El penal “Doctor Sergio García Ramírez” está enclavado en un rincón de Ecatepec, sobre el cerro de Chiconautla. Para llegar a él hay que avanzar sobre la carretera México-Texcoco, hacia el poniente, y doblar a la derecha donde se encuentra la capilla de San Isidro Atlautenco, justamente en la calle Camino al Reclusorio. Más adelante, se llega a un puente donde es necesario que un voluntario cumpla las funciones de agente de tránsito para controlar el tráfico. Es imposible que lo crucen dos vehículos a la vez. El puente está elevado y sólo en su cima es posible visualizar el otro lado. En los seis meses que acudí al penal, en una sola ocasión vi a uniformados dirigir el tránsito.

Bajando ese puente se da vuelta a la derecha y, casi de inmediato, se dobla a la izquierda, y ahí nace el camino que conduce a la cárcel. Se pasa por el panteón San Isidro, dividido en dos, uno a cada lado de la avenida. Se aprecia el mercado 14 de Mayo y aislados centros de reciclado. Hay pequeñas unidades habitacionales que fueron granjas agrícolas. Por doquier se ven tierras ejidales ociosas, decenas de perros callejeros que atraviesan las calles descuidadamente, como si no percibieran que

de los baldíos y caminos sin pavimentar han pasado a la avenida, agobiados por el inclemente sol, la sed y el hambre.

Antes de terminar la cuesta, hay tres calles a la derecha que conducen a los juzgados y al penal. La primera no es recomendable porque a la izquierda hay chozas de cartón, centros de reciclado tan saturados que parecen basureros. Se debe tomar la segunda calle, Camino Ejidal al Reclusorio; por la tercera también se llega.

Una alambrada protege el estacionamiento para trabajadores y funcionarios. Los visitantes no pueden usarlo. Pero en los primeros tres meses del taller, unos niños de la colonia Prados San Juan me abrían y cerraban la reja a cambio de propina; como el voluntario de tránsito del puente. Al fondo, a la izquierda, hay un estacionamiento bien cuidado, por una cuota de 15 pesos.

Los modernos juzgados están sobre una plaza de piedra volcánica y jardineras, en varios niveles. Todas las mañanas, esa plaza es barrida por los presos preliberados de la Sección Varonil. Los lunes, cuando arribo, cerca de las diez de la mañana, ya terminaron sus labores de limpieza. Aguardan en pequeños grupos a que les pasen lista. Pareciera que toman esa tarea como recreo. Disfrutan del espacio libre de murallas, rejas y alambradas. En silencio, devoran la sombra, el aroma, el andar de las mujeres.

Al fondo está la entrada al penal, Aduana. Hay una sola puerta para ingresar al área femenil y varonil. Siempre hay abogados y familiares que desean hacer una diligencia o depositar *barco*, término que probablemente se heredó de las Islas Marías, por el barco que arriba semanalmente con las visitas y provisiones para la isla. Y el término *barco*, en Chiconautla, significa despensa y enseres que se depositan para las internas. Hay que esperar hasta que el custodio abra la

mirilla y se le pueda explicar la razón del ingreso. Después de varias llamadas por radio, revisión de la autenticidad y vigencia del permiso, se entra al mostrador de la recepción donde hay que anotarse en el registro y dejar depositadas llaves y teléfonos celulares.

Después, el custodio coloca varios sellos de goma en el antebrazo; nunca son iguales. Generalmente son símbolos oficiales: siglas y águilas de los escudos institucionales, y el sello que sólo es visible en la cámara ultravioleta. Este acto me recordaba mi ingreso al penal El Buen Pastor, en Colombia, donde los sellos que me colocaban a la entrada eran de animalitos, como los que suelen poner los profesores en los cuadernos de los párvulos. Nunca pude impedir reírme ante la sorpresiva aparición en mi brazo de cerdos, pollos, burros, perros...

Del mostrador hay que dirigirse a Aduana de Personas, 13 pequeños cuartos donde se realiza la revisión corporal. Después hay que bajar unos escalones y detenerse en el mostrador, donde está la cámara donde se introduce el brazo para que el vigilante confirme el sello invisible. De frente están los dos portones del varonil. A la izquierda, la puerta verde que conduce a un breve pasaje a cielo abierto, con altos portones negros en ambos lados.

Al fondo, subiendo ocho escalones, se encuentra la puerta –de ordinaria dimensión– de la Sección Femenil. Se toca y abre una custodia. Se entra y, a la derecha, está el Cubil de Custodias, con un camastro y una mesa. La pared que da al patio grande es una reja de barrotes, sin cristales, cubierta con lonas y cartones para proteger a las custodias de las inclemencias del tiempo. Carece de puerta. La desolación de ese cuarto es, en efecto, propia de un cubil, de una guarida. Al estar cubierta la reja se anula la vista al patio; sería mejor clausurarla con materiales más sólidos. En contraste, se rompió el cristal de la

ruinosa ventana del descanso de las escaleras que conducen a la planta alta de las celdas, y en lugar de reponerlo, soldaron una lámina. Mientras estuvo sin cristal, dos de las mujeres del taller se detuvieron a contemplar a los perros de la colonia Prados San Juan. La sorpresiva fuerza del viento en el rostro las halló desprevenidas. En nueve años de encierro no habían recibido esa inesperada caricia que las hizo llorar de alegría.

A un lado está el minúsculo jardín que se menciona en varios textos. El patio conduce a la puerta de la sala de visitas. Los ventanales y las largas mesas de cemento semejan un vacío mercado de provincia, de varios niveles. A la derecha hay una raquítica tienda-cocina. Al fondo, los teléfonos. A la izquierda, los baños para visitas, cerrados con candado. Dentro hay grandes tambos y cubetas para echarle agua al baño después de ser usado. Siempre está mojado el piso; las puertas, oxidadas. Nunca hay papel higiénico.

Se suben unos escalones; en las mesas usualmente hay mujeres que realizan actividades manuales. Se suben otros escalones; a mano derecha está el salón del Libro Club, donde hay un librero con unos 100 títulos bien seleccionados de autores mexicanos contemporáneos y universales. Cuando llegué –lunes 6 de octubre– era un espacio de paredes lilas que las internas habían recuperado y adaptado con paredes de tablarroca para tener un espacio de lectura y videoclub. El gran ventanal –abarca casi toda la pared de enfrente– de vidrios rotos, cubierto con cartones. A las pocas semanas la puerta se desprendió y se caía al menor descuido. Por supuesto, era insuficiente para bloquear la estridente música, los gritos de toda índole que se colaban por el alambrado superior de las paredes y el ventanal roto. Mientras las alumnas leían sus trabajos, pensaba en los materiales y procedimientos necesarios para arreglar ese salón.

Pero toda iniciativa de mejora será vista como sospechosa. Las condiciones del penal son precarias e intentar solucionarlas serán esfuerzos que se estrellarán contra los muros de la burocracia y en funcionarios de antagónicas corrientes políticas. Aunque con perseverancia e inteligencia es posible derribar tan pétreas fortalezas, sólo me quedaba esperar el desenlace de la puerta averiada. Una mañana, me encontré con una puerta hecha de tubos y malla metálica, oxidada, armada del desperdicio de alguna reja. Cuando la vi, pensé: *he aquí una puerta de lógica carcelaria*. Servía para proteger los libros y al salón en sí, pero no cumplía con la función de privacidad. Por supuesto, era muy pesada y no tardó en caerse también. Volvieron a soldarla. Ahora está cubierta por un rai-gón de cortina de franela gris, colgada con un lazo, que sirve para cubrir las miradas del exterior.

Grosso modo, he intentado describir un laberinto o un juego de serpientes y escaleras por donde se penetra a un mundo velado y absurdo. En un intento por buscar sentidos y explicaciones, he indagado en los orígenes de los nombres de estas tierras.

Chiconautla se encuentra en el nororiente del municipio de Ecatepec. Es uno de los siete pueblos en que estaba dividido el municipio en tiempos prehispánicos. *Chiconautla* proviene del náhuatl y está compuesto de dos voces: *chiconahui*, “nueve”, y *tlan*, “entre o en medio de”. Las raíces de la palabra son *chicnahui*, “nueve”, y *tlalli*, “tierra”. Entonces, sus significados pueden ser: *en medio de nueve*. Y *nueve tierra*, aunque no se sabe a ciencia cierta a qué nueve se refiere: ¿cerros, ríos o pueblos?

Chiconautla está conformado por cuatro barrios, principalmente Calpulpan, cacería principal; Zihuatepan, cacería de las mujeres; Tulan, lugar de la hierba verde, y Ticomán,

postura de una mano. Estos barrios se encontraban en medio de cuatro cerros: Tepetle –cerro de tepetate–, tepochcalco –parte plana del norte del cerro–, Tepeyac –parte alta del cerro– y el cerro de Chiconautla, el cual, anexado al pueblo de Chiconautla, forma el noveno.

Ecatepec proviene del náhuatl *Ehcatepetl*, palabra formada por dos voces: *Ehécatl*, deidad del viento, y *tépetl*, “cerro”. *Ehcatepetl* es el cerro consagrado a Quetzalcóatl, dios del viento.

Después de conocer los orígenes de las palabras *Chiconautla* y *Ecatepec*, no es extraño que el penal esté en la punta del cerro. Lo paradójico es que ese lugar se concibió primero como basurero municipal, el cual se abrió con una hectárea, en 1989. Muy pronto fue rebasado y fueron adquiriéndose más hectáreas hasta llegar a 15. Cuatro años más tarde, se inauguró el Centro Preventivo y de Readaptación Social de Ecatepec de Morelos “Doctor Sergio García Ramírez”, en honor al penalista mexicano que ha escrito diversos libros sobre justicia penal y el sistema penitenciario. Actualmente es juez de la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

La cercanía de prisioneros y basura es una brutal metáfora del descuido y desprecio de las autoridades para concebir que seres humanos confinados vivan al lado de la podredumbre. ¿O acaso pensaron que las emanaciones pestilentes debían formar parte del castigo? Era tan grande la pestilencia dentro del penal que Servicio Médico contaba con medicamentos, para las internas de nuevo ingreso, para controlar las náuseas y el vómito. Es una circunstancia que ni las instituciones más sensibles señalaron.

El 6 de junio de 1999, una comitiva de la Comisión Nacional de Derechos Humanos visitó el penal y realizó un exhaustivo y detallado análisis de sus condiciones. Surgió una larga lista de certeras recomendaciones para mejorar la calidad

de vida de los internos. En ese momento, estaban reclusos 934 hombres y 49 mujeres. En ningún momento la Comisión mencionó la inapropiada cercanía del basurero y sus lógicas consecuencias: fauna nociva y enfermedades. Quizá porque pedir un cambio de penal o la cancelación del basurero era una petición tan costosa que la sola sugerencia resultaba inútil. Actualmente, la población del penal es de 140 mujeres y más de 2 000 hombres.

A primera vista, el penal está al pie de un cerro. En realidad es una montaña de basura cubierta con tierra. Su altura y extensión ilustra la magnitud del basurero cuando estaba en funciones. En mayo de 2008 se cerró definitivamente. Para ello fueron necesarias protestas organizadas de comunidades aledañas e incendiar el basurero. En enero de ese año los vecinos de San Isidro Atlautenco cerraron el paso al transporte de basura porque en la madrugada un camión cargado de vísceras putrefactas del rastro municipal derramó parte de su carga frente a la escuela primaria Justo Sierra –al inicio de la calle Camino al Reclusorio–, lo que provocó náuseas y vómito en los alumnos. Días después, las brigadas médicas del gobierno municipal constataron y atendieron a la comunidad que sufría enfermedades dermatológicas –incluida la sarna– y en vías respiratorias, derivadas de la contaminación del basurero.

La noche del domingo 6 de abril se incendió el basurero. El fuego duró siete días. Ninguna de las notas periodísticas menciona el reclusorio, a pesar de la densa nube de humo que se estacionó sobre el penal. En 2005 se le concesionó el manejo del basurero a la empresa Asia Automotores, por 20 años. Esta empresa incumplió las normas mínimas para el tratamiento de más de dos mil toneladas diarias de basura que se vertían a cielo abierto.

A raíz de las protestas en la explanada del palacio municipal y de la demanda penal de la diputada Maribel Alba en contra de la empresa incumplida, los ecatepenses incorporaron a su léxico una palabra: *lixiviado*. Ese líquido negro y de olor penetrante, producto de la degradación de los residuos sólidos, también conocido como “jugo de la basura”. El líquido contamina el suelo al filtrarse al subsuelo, los mantos freáticos y las aguas. En este caso los lixiviados causaron estragos en 10 hectáreas de cultivos de los ejidos de Santa María Chiconautla y Totolcingo. Después del incendio, durante varias semanas, fueron sustraídas varias toneladas de lixiviado, compuesto, principalmente, de ácidos orgánicos, iones de sulfato y altas concentraciones de iones metálicos, como el hierro.

Además de estas irregularidades sanitarias, la política clientelar propició y fomentó la construcción de la colonia Prados San Juan, un caserío a las faldas del basurero, con todos los servicios. Por supuesto, este vecindario fue el más perjudicado por los lixiviados. Los residentes se quejaban de que ese líquido inundaba sus salas. El límite de la calle principal es la reja del reclusorio.

Los temas que componen este libro fueron surgiendo de conversaciones y observaciones durante el taller. Se podrá constatar que las internas, infatigablemente, están buscando motivos para mantenerse activas y sobreponerse al espantoso ocio que las rodea. Hay tanta vida desperdiciada que Jessica, la joven universitaria, talentosa narradora, volvió a cursar sus estudios desde la primaria a la preparatoria para mantenerse ocupada.

El tema de las moscas se incluyó porque un día pregunté por qué había tantas en el salón. Mi comentario provocó la risa de las mujeres. Me alarmaba la presencia de unas 20 moscas cuando antes, me dijeron, eran miles: tapizaban paredes y techos. Otro tema fue los gatos. Por un lado son gratos a la

vista y embellecen el penal; por el otro, muestra la evidente indolencia de las autoridades. Si bien los felinos mantienen a raya a las ratas, reciben nulos cuidados veterinarios. Para resolver este problema, las Islas Marías hallaron una solución infalible. El penal es como cualquier pueblo tranquilo con una vista maravillosa al mar, *los muros de agua*. Tardé varios días en darme cuenta de qué le faltaba a ese modesto pueblo: perros. Y no los había, precisamente, porque habría implicado una serie de medidas y costos, incluyendo un consultorio veterinario, que las autoridades preferían ahorrarse. Por supuesto, tampoco había gatos, aunque sí burros sueltos de los que casi nadie quería hacerse cargo. La población los utilizaba como transporte, pero pocos deseaban responsabilizarse de su salud y alimentación.

Cada prisión tiene una personalidad determinada, claramente establecida por su construcción y ubicación geográfica, la cual, necesariamente, incidirá en los textos que ahí se escriban. Sin embargo, no deseo abundar más en la descripción del penal. Sólo diré que es la prisión más precaria que he visitado. Consideraba que la cárcel de El Buen Pastor era la más depauperada porque era una edificación vieja y dañada a tal grado que un edificio estaba vacío, a punto del derrumbe. Pero contaba con instalaciones enormes –iglesia, teatro, escuela y canchas– porque había pertenecido a un hospicio.

Ecatepec es un municipio con graves problemas socioeconómicos y de urbanización; tiene una población de tres millones de personas. Es el municipio más poblado del Estado de México. Se encuentra entre los primeros lugares de secuestro y violencia familiar. Por todo ello, debe de enfrentar exigencias superiores que considera prioritarias.

Dejo al lector que los textos escritos por las integrantes del taller narren su vida en el penal y antes de haber ingre-

sado. Es un libro concebido por las mujeres del viento, las mujeres de la tierra del nueve: el número de meses para gestar un ser humano. Sólo tuvieron seis meses para escribir, pero espero que este trabajo pueda mostrar el universo cerrado de la cárcel y el alma desnuda de mujeres entrañables.

Estoy de acuerdo con Sergio García Ramírez cuando señala que la cárcel sólo refleja el estado de una sociedad. Y Ecatepec va dando firmes pasos para darle un trato más humanitario a su población. De lo contrario, no hubiese sido posible mi presencia en ese lugar que parece tan lejano y absurdo.

Josefina Estrada

Ciudad de México, julio de 2009



DE ALTA PELIGROSIDAD

Gloria Catalán Delgado

CUANDO MI MAMÁ Y YO ingresamos a este lugar el 5 de mayo de 2002, entramos a una fortaleza de carencias. Mi mamá estaba desahuciada; un año antes, había tomado la decisión de inyectarse aceite mineral en los glúteos para aumentar su volumen. Ignoro si la persona que la inyectó le explicó las reacciones secundarias que le traería. Ese líquido no se quedó en los glúteos sino que el aceite buscó salida, se expandió y le trajo muchas complicaciones en todo el cuerpo. Los más afectados fueron los pies y el riñón; además, se le formó un absceso en la tráquea. Consultamos a varios médicos, pero no encontraron una cura. Sólo le suministraron calmantes.

Ella comenzó a depender de la inyección Solopam; se la tenía que poner cada mes. Al principio el efecto era más prolongado y se sentía bien varios días. Pero después, su cuerpo se la exigía cada dos semanas. El médico nos dijo que la inyección le provocaría insuficiencia cardiaca y que no le daba mucho tiempo de vida. Para mí fue un golpe muy fuerte porque un año antes habíamos sufrido la pérdida de mi papá.

Ella sentía ardor en el cuerpo, como si estuviera quemándose por dentro. Cuando ingresamos a este lugar no se contaba con esa inyección y ella se ponía muy grave. Era muy desesperante verla sufrir; sólo le sobaba los pies. Ella lloraba. Al principio, dormíamos en el suelo de la celda tres; ahí nos hacían la vida imposible, principalmente una disque amiga de mamá, quien también se había aplicado la misma sustancia. Al principio ella no tuvo complicaciones, pero al paso del tiempo le sucedió lo mismo que a mi mamá.

Después nos cambiaron a la celda dos. Ahí la custodia Quiroz le dio una cama a mamá. Ella no quiso decir a los doctores de aquí qué le pasaba. Y ellos le diagnosticaron insuficiencia renal. Comenzaron a sacarla para ir al hospital La Raza, pues era asegurada. Ahí la retenían tres días, como máximo. Todo esto transcurrió en un lapso de tres meses. Mi mamá no pasaba la lista porque tenía que bajar las escaleras y caminar mucho, así que le dieron reposo absoluto. Algunas custodias la consideraban y comenzaron a hacer amistad con ella; la buscaban mucho para platicar. Eso era una ventaja porque cuando se ponía mal, y estaban ellas, mandaban llamar al médico de guardia.

Un sábado de agosto, después de la visita, comenzó a ponerse muy pálida. Se recostó y luego llegó la custodia Miniña.

—Rosita, ¿se siente mal? —le preguntó.

—Un poco.

—Si sigue sintiéndose mal, mándame a decir.

Pasó el tiempo y llegó la hora en que iban a encerrarnos. La custodia vio que mamá seguía mal. Nos encerraron y a la media hora llegaron el doctor Aguilar y la doctora Espinoza a revisarla.

—La vamos a llevar al hospital —le dijeron.

Ella no quería, pero la custodia le insistió.

—Ándele, Rosita, se va a poner más mal.

—Si no sale ahorita, ya no la vamos a sacar, así se ponga peor —le dijo el doctor después de haberle insistido mucho.

Mi mamá accedió y yo comencé a preparar la bolsa con sus pertenencias.

—¿Por qué no querías ir? —le pregunté.

—Presiento que ya no voy a regresar y que no voy a volver a verte.

—No pienses eso. Vas a estar bien y me verás de nuevo.

Se la llevaron como a las 10 de la noche. Ella no sabía que yo me sentía sola cuando se la llevaban; lloraba en las noches en que no estaba conmigo.

El martes mi mamá no amaneció en el hospital. Se había fugado. Eso reportó la custodia Quiroz cuando fue a relevar a una de sus compañeras. No había nadie en el hospital: ni mi mamá ni los custodios. Los buscaron por todos lados y no los encontraron. El miércoles las custodias del tercer turno me llamaron del cubil.

—¿Me querían para algo?

—Sí. Pasa y siéntate.

Me senté en la cama.

—¿Dónde está tu mamá?

—Pues... en el hospital.

—No te hagas, tú sabes dónde está —me dijo la custodia Lety—. O qué, ¿no sabes que se fugó del hospital?

—¿Cómo cree? Si ella no puede casi caminar; necesita ayuda para hacerlo.

—Tú ya sabías que los de tu banda iban a rescatarla. Y también se llevaron a los custodios.

Comenzaron a insultarme e intimidarme. Llegó el comandante y me hizo las mismas preguntas. Yo comencé a llorar; no podía creerlo. Al fin me dijeron que podía retirarme.

Les hablé por teléfono a mis tías. Les pregunté si ya habían ido al hospital a ver a mi mamá. Me dijeron que sí y que la habían visto bien.

—No mientan. Ya sé lo que sucedió. ¿Por qué no quieren decirme?

—No queríamos preocuparte. Pero el sábado vamos a ir para explicarte. Perdónala.

—Díganle que se cuide.

Pasaron los días y en cada turno las custodias me mandaban llamar para hacerme las mismas preguntas. Una noche, entre semana, las custodias llegaron a la celda y me pidieron que preparara mis cosas. Varias de mis compañeras me habían dicho que iban a trasladarme. Unas se ponían en mi contra; otras decían: “Qué bueno que les ganó. Yo haría lo mismo”.

Recogí mis cosas en una bolsa. *Que Dios me proteja*. Julieta, mi mejor amiga en ese entonces, le preguntó a la custodia adónde me llevaban.

—De traslado.

—¡Cuidate! —me gritó llorando por la mirilla de la puerta. Esa celda daba hacia la calle. En realidad, sólo me cambiaron a la celda nueve, que daba a la cancha de voli. La celda estaba llenísima; no había lugar donde pudiera poner mis cosas. El suelo estaba ocupado por varias chicas que dormían ahí. Se me quedaron viendo...

—Tranquila, vas a estar bien —me dijeron—. ¿Por qué te cambiaron?

—No sé.

—¿Por lo de tu mamá?

Sólo me encogí de hombros, como diciendo *yo creo*. Me quedé observando la celda preguntándome *¿dónde voy a dormir?* Junto a la puerta dormían cinco chicas; en medio de las literas dormía Susana. Me acerqué a ella.

—¿Me puedo dormir contigo? —le pregunté.

—Sí, Yoyita —me respondió sonriendo.

No pude conciliar el sueño; pensaba y pensaba en lo sucedido. Además, los ronquidos eran fuertes y por una parte quería que pronto amaneciera, pero por otra no quería: las custodias me traían a pan y agua. De todo y de nada me castigaban con hacer las talachas de solares, limpiar el patio de enfrente, así como el Cubil de Custodias y sacar la basura regada de los botes. Tenía que sacarla fuera de la Sección Femenil, bajando las escaleras del cubil.

Además, las custodias querían que mis amigas dejaran de hablarme. Y si no lo hacían, las castigaban. A pesar de ello, Julieta, Bety, Juanita y Olivia siempre me apoyaron. Yo tenía prohibido entrar en sus celdas, ya que la ventana daba a la calle y las custodias no querían que me asomara. Creían que mi banda vendría a rescatarme o a darme instrucciones. Me tenían bien vigilada. Al fin, el sábado llegaron temprano mi abuelita y mis tías. Bajé corriendo y me abrazaron.

—Y mi mamá, ¿cómo está?

—Está en Xochimilco —mi abuelita me abrazaba y apapachaba.

—¿Cómo sucedió? —pregunté.

—Te envié un recado. Dice que la perdones por haberte dejado aquí. Ya se está arrepintiendo y quiere regresarse para que no estés sola.

Me solté a llorar.

—Díganle que no lo haga, que estoy bien y que si ella se entrega, le va a ir peor —les dije—. Yo la amo y prefiero que esté afuera. Aquí no le puedo poner el medicamento ni darle los cuidados necesarios.

—Está bien. Así se lo diremos. Te vamos a contar cómo salió del hospital. Tu mamá empezó a sentirse mejor y despertó, ya que le andaba del baño. Observó que no había nadie cuidándola.

Ni el custodio ni la custodia estaban. Fue al baño y regresó. No la habían esposado y estuvo un buen rato sola. Algo le decía que se fuera, que era su oportunidad. Se vistió. Tomó su monedero y salió del cuarto. Caminó hacia el elevador. Un empleado del hospital le preguntó: “¿Qué hace, señora?”. “Rezando”, respondió, pues había un altar a un lado del elevador.

Se retiró el trabajador. Como se dilataba en subir el elevador, decidió bajar las escaleras hasta llegar a la planta baja. Buscó la salida. La puerta principal estaba cerrada. Se regresó y entró a la cafetería y tomó un café. Volvió a salir en busca de otra salida. Llegó a una puerta donde había barrotes largos y anchos, que también estaba cerrada. En eso apareció una persona.

—¿Va a salir? —le preguntó.

—Sí, pero está cerrado.

—Pase entre los barrotes. Si quiere, le llamo un taxi.
¿Quiere?

—Sí, por favor.

Salió a unas vías. Estaba muy oscuro. En unos minutos llegó el taxi. Le pidió al taxista que la llevara a la estación de Indios Verdes; ahí buscó un teléfono y le habló a mi tía Verónica y le pidió que fuera por ella. Un par de horas después llegaron por ella. La llevaron a su casa mientras veían adónde la enviarían. Esperaron a que amaneciera para darle la noticia a mi abuelita y a mis tías. Pero no contaron con que mi tía Eugenia llegaría temprano al hospital para cuidar a mi mamá. Al llegar a la habitación observó que no había nadie, sólo las cosas personales. Preguntó en la recepción si habían llevado a mamá a hacer algún estudio y le dijeron que no. Sintió una punzada en el corazón de que algo había ocurrido y le habló a mi abuelita para enterarla. “Vete a la casa de Verónica”, le contestó ella.

Así decidieron enviarla a Xochimilco con un familiar. Me quedé atónita, sin hablar. No podía creerlo. Ella no podía caminar sola.

—Si es por el bien de ella, que Dios la proteja, porque si la encuentran, le van a levantar otro proceso. La llevarán a otro penal y sé que van a golpearla. El personal de aquí piensa que fueron a rescatarla y que tienen secuestrados a los custodios.

—No, hija. Los custodios, al no ver a tu mamá, huyeron, ya que por su irresponsabilidad les levantarían un proceso y serían reclusos en un penal.

Discretamente me dieron un número de teléfono para comunicarme con ella. No debía decirle *mamá* sino *tía*. No esperé más. Me dieron la tarjeta y me dirigí a los teléfonos. Al escuchar su voz se me hizo un nudo en la garganta; las lágrimas rodaron por mis mejillas.

—¿Cómo estás, tía?

—Bien, mi chiquita. ¿Tú cómo estás? ¿No te han maltratado? Perdóname.

—Estoy bien. No me maltratan. Y sí te perdono.

Me decía que me amaba y que iba a hacer lo posible para que yo saliera, que no iba a faltarme nada. Y así fue mientras ella estuvo al pendiente de mí. Yo le marcaba a diario; a veces la escuchaba bien; a veces, enferma.

Pasaron unos meses, y como ya no estaba a gusto en Xochimilco, le pidió a mi tía Eugenia que le buscara una casa sola por donde ella vivía. Mi tía se la buscó y se trasladaron a Prados. Se llevó a mis hermanos y a mi hija. Una mañana, cuando mi mamá llevaba a las niñas a la escuela, vio a la custodia Valdés. Se metieron por otra calle para que no las viera. Ese hecho implicó que se cambiara nuevamente de casa. Se fue a Casitas. Un día que fue a visitar a mi abuelita, mi mamá pasó a la estética a retocarse el cabello. Un empleado de ese lugar fue quien le aplicó el aceite,

un gay que se llamaba Vanity. Al salir de la estética, tomó un taxi. Ella no se percató de que uno de los judiciales que nos habían aprehendido la vio; se fue tras ella, pero la perdió de vista. Esto lo supe en una de mis audiencias, cuando tuvimos careos con los judiciales. Uno de ellos se me acercó y me comentó este hecho.

La enfermedad de mamá fue complicándose. La escuchaba cada día más mal. Estuvo casi dos años con vida. El sábado 10 de enero, a las siete de la noche, supe que mamá había fallecido de un paro cardiopulmonar. Tenía 43 años. Me dolió en el alma. Trataban de consolarme, pero no podían. Yo estaba enferma y me dieron un jarabe para la tos. Tomé como cinco cucharadas, que hicieron que me diera sueño. Desperté al otro día y me fui al teléfono. Le hablé a mi hermano. Me dijo que ese día sepultarían a mi mamá a las dos de la tarde.

July me llevó al patio de atrás para que me distrajera. Me senté en una banca y observé el reloj; eran las dos cuando se escuchó un cohete. En el cielo iban pasando dos gaviotas blancas. Me sentí más tranquila. Mi mamá había dejado de sufrir.

A pesar de todo, el tormento seguía. Las custodias no me creían que mamá había muerto. Me decían que yo era de alta peligrosidad, que de seguro yo iba a hacer lo mismo. Yo sólo les dije que cada cabeza es un mundo y que deseaba salir bien, por ese portón. La custodia Valdés me decía que iban a darme la sentencia de mi mamá; por un momento me metieron miedo. Después supe que eso no podía ser. No volví a saber nada de los custodios que estaban a cargo de mi mamá.

Aún sigue comentándose esta hazaña. “¿Es cierto que tu mamá se fugó? —preguntan mis compañeras—. ¡Qué güevotes! Qué bien por ella”. Sé que las compañeras que vivieron este suceso conmigo lo comentan a las nuevas como un suceso mítico. Antes me ponía mal de sólo recordarlo. Hoy pude contarle, escribirlo, seis años después.

GEMELO, ÉCHATE LA CULPA

Gloria Catalán Delgado

ME DETUVIERON por el delito de secuestro el 3 de mayo de 2002. Era cumpleaños de mi hermano. Mariano –mi esposo–, Araceli, el Gemelo, el Gordo y un señor grande al que yo no conocía salieron de mi casa como a las seis de la mañana. Regresaron una hora después con las secuestradas, dos mujeres, a bordo de una combi de servicio colectivo de la ruta 44, la cual nos pertenecía. Mariano metió la combi al patio de la casa y comenzaron a ponerle papel periódico en las ventanas, para simular que iban a pintarla.

Yo tenía un vago conocimiento de lo que iban a hacer y sólo los observaba. Hablaban por celular a los familiares de las secuestradas. Yo hacía el quehacer; después llevé a mi hija y a una de mis hermanas a la escuela. Como a las once y media, Mariano salió con tres de sus secuaces a cobrar el rescate. El Gordo se quedó cuidando a las mujeres, que estaban dentro de la combi.

Cuarenta minutos después Mariano me llamó por teléfono y me preguntó si no había llegado nadie a la casa. Le contesté que no, y colgó. Mi corazón comenzó a latir

fuertemente. Mi mamá estaba en su cuarto. Me llamó y me preguntó qué pasaba. Ella no sabía nada porque la mayoría de los días estaba postrada en la cama. Le conté y me dijo: “Gloria, va a haber problemas”.

Me quedé sentada junto a ella, callada. Me levanté, bajé a la cocina y salí a comprar la comida en la verdulería que se encontraba a una cuadra de la casa. No tardé mucho. Entré a la sala. Enseguida bajó mi mamá y se sentó en el sofá. En eso, se escuchó la llegada de coches. Me asomé por la ventana que daba hacia la calle y observé que llegaban carros de judiciales. Salí corriendo y le dije al Gordo: “¡Llegaron los judiciales!”.

Me metí a la cocina y observé que bajaron de un coche al Gemelo y a Gerardo, quien no había salido con ellos. Tocaron el timbre y no salí a abrir. Me fui a la sala a sentarme junto a mi mamá.

—Escápate, hija, vete —me dijo con voz suave—. Tienes tiempo.

—No, ¿cómo voy a dejarte sola?

Nos quedamos calladas. Se escuchó un golpe fuerte, como si algo cayera encima de la combi. Se oyó el grito aterrado de las dos mujeres: “No se espanten; soy policía judicial”.

Escuché que abrieron la puerta que da a la calle y entró más gente. Dos hombres entraron a la sala y empezaron a insultarnos y jalearnos. Nos apuntaron con la pistola y nos sacaron al patio, donde nos hincaron junto a la combi. Comenzaron a patearnos en las costillas. El Gordo ya no estaba; supuse que se había saltado la barda a una de las casas vecinas. Me preguntaban dónde estaban las armas. Me levantaron a jalones y me llevaron a las habitaciones de arriba; a la de mi mamá, la de mi hermano y la mía, para buscar las supuestas armas. Sólo encontraron nuestros celulares y algunas cosas de valor. En eso se escuchó el timbre del teléfono.

—Sólo di sí o no. Si dices algo más, verás cómo te va —me advirtió un judicial.

Era Mariano.

—¿Ya llegaron los judiciales?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí, están aquí.

De inmediato el judicial me golpeó en las costillas.

—¿Por qué me pegas? —le grité.

—¿Te están pegando?

—Sí.

El judicial me arrebató la bocina y colgó. No se percató de quién era. Me sacaron del cuarto de mi mamá y me condujeron a las otras dos habitaciones. Cuando terminaron de catear, me dejaron sentada en las escaleras que conducían a los cuartos. En eso se me acercó un hombre alto, lleno de coraje.

—¿Muchos güevos?

Me le quedé viendo fijamente.

—No —le respondí sonriendo.

Yo trataba de hacerme la fuerte, de aparentar tranquilidad, pero estaba muerta de miedo. Veinte minutos después me jalonearon y me trasladaron, junto con mi mamá, hacia un auto, esposadas de las manos. Nos subieron a la parte trasera y el judicial nos dijo que nos llevarían al Ministerio Público, que agacháramos la cabeza. Sentimos el movimiento del coche hasta que se detuvo. Nuevamente, el judicial abrió la puerta y nos pidió que bajáramos mirando hacia abajo. Llegamos al M.P. de Ecatepec y nos introdujeron en una oficina. Ahí estaban el Gemelo, Gerardo y Araceli.

Un señor se presentó y nos dijo que era el comandante en turno. Lo observé. Nos llevaron con un médico para que reportara que no traíamos golpes; eso escribió, cuando

era evidente que veníamos golpeadas. Nos llevaron a la oficina de nuevo y nos sacaron fotos. Nos interrogaron. Comenzaron con Araceli, quien lloraba y decía que no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo. Era mentira. Me llamó el comandante.

—¿La conoces? —me preguntó.

La miré y respondí que no.

—¿Estás segura?

—No la conozco.

La sacaron y me preguntó:

—¿Qué participación tienes?

—Ninguna. Sólo sabía lo que estaban haciendo, pero yo no he hecho nada.

—Tienes güevos, ¿verdad?, porque no estás como los demás.

—El que nada debe nada teme. Y yo no hice nada, le repito.

—¿Cómo no? Estabas cuidando a las dos mujeres.

—No, yo no las estaba cuidando.

Me sacó de ahí y metió a los demás. No sé cuánto tiempo transcurrió. Cuando volvió a reunirnos nos propinaron una golpiza. A mí me lastimaron un oído. Después nos llevaron a las galeras (cuartos fríos con barrotes y dos camas de piedra). Al principio nos pusieron a las tres mujeres juntas. Después me apartaron de ellas y me llevaron a una galera más chica. Desde ahí pude observar cómo sacaban a Gerardo y al Gemelo y los metían a un cuarto. Tardaron en salir; estaban golpeados. Anocheció. Me di cuenta de que había una ventanita por donde entraba aire. Estaba hasta el techo; no alcanzaba a tocarla. No sabía nada de mi familia. Inquieta, caminaba de un lado a otro. Nos llevaron una botella de agua. Ese día no comimos nada. Estuve viendo que llegaban chavos a los que revisaban de todo a todo, les quitaban sus pertenencias y los metían a las galeras.

Al fin amaneció. Era sábado. Llegó una mujer con una hoja de cuaderno, la cual tenía una nota que pedía el rescate. Nos preguntó quién la había escrito. Al parecer, nadie de las que estábamos ahí. Nos llevaron a unas oficinas que estaban arriba, con unos peritos en caligrafía. Ahí nos hicieron escribir lo que decía la nota.

Después nos llevaron a otra oficina donde se encontraba el M.P. Alan. Me presentó a un supuesto licenciado que iba a ser testigo de mi declaración, la cual ya tenían redactada, donde se decía que yo había participado en el secuestro, que mi esposo era el autor intelectual y que también se dedicaba a robo de autos. Puso los dos nombres de las personas que nos habían detenido y que todos estábamos involucrados. Les dije que no iba a firmar algo que yo no había dicho. En el acta venía infinidad de cosas que no recuerdo muy bien. Como no quería firmar, me amenazaron con ir por mis familiares —al fin que ya los tenían ubicados— y con que se llevarían a mi hija al DIF y la iba a perder. Dijeron que traerían a mi hermano y que me iba a ir peor a mí. En eso se acercó un judicial y me golpeó de nuevo en la espalda. No me quedó de otra más que firmar. Nuevamente me llevaron a las galeras. No sé la hora en que nos despojaron de nuestras pertenencias.

Poco tiempo después vi algo agradable: a mi prima y a mi tía Aurora. Mis ojos se llenaron de lágrimas; tras ellas, un judicial. Nos llevaron una torta de tamal y un atole para que comiéramos, pero no tenía hambre. Sólo quería saber de mi hija, mis hermanas y mi hermano. Me dijeron que estaban bien y que no me preocupara. Volví a preguntarles cómo las habían dejado entrar si nos habían dicho que estábamos incomunicados.

—Tengo que salir a comer con uno de estos tipos, a cambio de verlas —me respondió mi prima—. Échenle ganas; no se pongan mal —se terminó su tiempo y se marcharon.

Al otro día nos pasaron una cobija a cada quien. Pero aun así, se sentía frío. Yo sólo pensaba y pensaba, pero ya no pude más y me venció el sueño. Al despertar, vi a mi alrededor. *Sigo en mi pesadilla.*

Ese 5 de mayo nuevamente nos pasaron una torta y un café; ahora sí comí como desesperada. Llevaba dos días sin comer. Deseaba bañarme, pues me sentía muy sucia, pero no había dónde. El baño que había era un hoyo de donde salía un olor a caño y suciedad que ni ganas daban de usarlo, pero lo usé. Nuevamente permitieron pasar a mi tía y nos dio la noticia de que nos iban a trasladar a Chiconautla. Comencé a llorar. Se retiró.

—No te pongas mal. A lo mejor de allá salimos —me dijo mi mamá.

—Me preocupan tú y las niñas.

Cuando llegaron los judiciales nos sacaron de las galeras y nos esposaron. Nos llevaron a los carros; escuché el llanto de nuestra familia; nos gritaban que no estábamos solos. Fue desesperante no poder decirles nada. Nos subieron a un vehículo al Gemelo, a Araceli y a mí. En otro, a Gerardo y a mi mamá. Una de mis tías se acercó al coche donde estábamos el Gemelo y yo; nos dio una nota. Era letra de Mariano. El comandante se percató y nos la quitó. La nota decía: *Gemelo, échate la culpa; desafana a las mujeres. No te vamos a dejar.* El comandante comentó:

—Ya sabes, Gemelo, échate la culpa. Al fin, él anda libre y tú vas a estar adentro.

Arrancó el auto y se paró en una papelería. El comandante se bajó con unos papeles en la mano. Se acercó a la ventanilla.

—Ay, Gloria, mejor te hubieras dedicado a robar carros y no a esto. Lástima que ya tengo la orden. Si no, pedía un cambio por ti —me dijo.

Sólo me le quedé viendo. No sé si me lo dijo porque sabía que nada tenía que ver en eso o porque le di lástima. Se subió nuevamente al coche y no paró hasta llegar al reclusorio. Se bajó, tocó a un portón grande. Nos bajaron. El comandante me dijo: “Cuídate y pórtate bien”.

Se abrió la puerta y nos introdujeron en este lugar. Se cerró ese portón negro, y quedó atrás mi familia y la vida que llevaba para enfrentarme a un mundo desconocido.

MARIANO, EL VERDADERO

Gloria Catalán Delgado

MARIANO, MI MARIDO, conducía una combi de la ruta 11, que iba de Vista Hermosa a Moctezuma. Yo vivía a escasas dos cuadras de la base de Vista Hermosa. Una tarde lo vi cuando me dirigía al Hospital General de la Perla para hacer mi servicio de enfermera general. Mi guardia era de noche, cada tres días. Me senté en la parte de enfrente de la combi y me saludó. Con frecuencia conversábamos sobre mi carrera y comenzamos una amistad que duró seis meses. Era atento, optimista, sencillo y muy amable. Yo sólo sabía que era huérfano, que estaba muy alejado de sus hermanos y que tenía un hijo.

Mariano es moreno, de ojos café oscuro, nariz afilada y respingada, boca grande, labios gruesos y bigote –a veces, barba de candado–, ceja tupida, cabello lacio y necio. Mide 1.60, de complexión fornida.

Nos casamos por el civil el 18 de diciembre. Era responsable y amoroso. Un mes después, me enteré de que había abandonado a una chica embarazada. Poco a poco fui descubriendo al verdadero Mariano: mentiroso y patán. Tenía mucha labia para envolver a la gente y convencerla.

De vez en cuando tomaba; no me agredía físicamente, pero psicológicamente, sí. Quedé embarazada en enero; tuve una hermosa niña.

En los años que vivimos juntos hubo varias separaciones a causa de sus infidelidades y problemas económicos, pero siempre terminaba regresando con él. En la última separación, él se dio cuenta de que yo estaba saliendo adelante y de que no lo necesitaba. Me pidió perdón y decidí darle otra oportunidad. Tuvo un cambio radical; no faltaba a la casa, salíamos a pasear, se volvió detallista. Aún no descifraba qué había detrás de esa careta.

Siempre salía muy temprano a trabajar; usaba camisa blanca, impecable, zapatos bien lustrados y pantalón a la línea. Me agradaba verlo así. Cuando falleció papá –en un accidente de carretera–, Mariano se hizo cargo de identificarlo y nos apoyó con los trámites del funeral. Se fue ganando el cariño de mamá, quien lo veía como a un hijo.

Al paso del tiempo, intuí que algo estaba ocurriendo, pero no sabía qué. Mariano era más accesible y me daba más dinero de lo acostumbrado. A veces le preguntaba a qué se debía; me respondió que le salían viajes especiales, que a varios choferes de la base los contrataban y les pagaban el recorrido por tiempo. Por supuesto, le creí. Una noche, él dejó su cartera en nuestra habitación. Estábamos en el comedor, cenando, y me dijo: “Gordita, en mi cartera tengo 200 pesos; bájame 50”.

Lo obedecí y saqué el dinero. Pero vi algo parecido a un chicle, de los Trident, envuelto en un papel blanco. *Chicle no es*, pensé. Lo desenvolví; no olía a nada. Lo probé y se me adormeció la lengua. Me quedé paralizada de sólo pensar que era droga. Lo envolví y lo metí a la cartera. “¡Gorda, apúrate!”.

Al llegar al comedor me preguntó por qué me había tardado. Como no supe qué contestarle, alcé los hombros y

le di el dinero. Mandó a Wendy, mi hermanita, a la tienda por un refresco. Nos levantamos de la mesa y cada quien se fue a su recámara. Él y yo nos quedamos en la sala. Prendimos el estéreo:

—¿Qué tienes? —me preguntó.

—¿Qué es lo que traes en la cartera?

Hizo cara de *¡Chin ya me cachó!*

—No es mío; es de un amigo.

Y así descubrí que estaba drogándose. A veces llegaba muy tarde a la casa; transpiraba azufre cuando dormía. Sus pies y manos eran fríos como los de un muerto. Además, tenía delirios de persecución; se asomaba a la ventana y veía a alguien que lo estaba observando.

Al año de que mi papá murió, mi mamá enfermó gravemente, y los ingresos de Mariano eran importantes para la economía familiar. Las cosas fueron complicándose y tuvimos que solaparlo: permitimos que se drogara en la casa.

Una tarde llegó con un carro; me dijo que un amigo se lo había dado a componer. Al anochecer, se llevó el auto y regresó con dinero.

—Arreglé el carro y me pagaron. Ten, esto es para ti.

—¿De cuándo acá sabes de máquinas?

—He arreglado los carros que he traído.

Era cierto, pero no sabía tanto de mecánica. Tomé el dinero y lo guardé. Él se fue eniciando más y más. Yo trataba de ayudarlo, pero fue imposible. Comenzó a ambicionar más; al pasar por un lote donde vendían autos vio un autobús de turismo, del cual se enamoró. Y la operación de mamá salía cara. Fue cuando el Gemelo, Mariano y otros dos hombres empezaron a maquinar el secuestro.

Yo los escuché. Ellos estaban dentro de la combi, en el patio de mi casa; yo estaba lavando. Pasaron unos días y

me comentó lo que iba a hacer para poder pagar los gastos médicos de mi mamá, argumentó.

El 3 de mayo los vi a todos nerviosos. Uno de ellos vino acompañado de una chica, Araceli. Se citaron a las cinco de la mañana y salieron una hora después. Se subieron a la combi y regresaron a las 7:00. Metieron la combi al patio y le comenzaron a poner papel periódico en las ventanillas para que las niñas y los vecinos no se dieran cuenta de lo que sucedía.

Mariano me buscó.

—No te preocupes —me dijo—. Esto va a ser cuestión de unas horas. Tú haz tu quehacer como si nada.

Comenzaron a hablar con las secuestradas. Se escuchaban las voces de una persona mayor y una adolescente. Pasaron unos minutos y los muchachos empezaron a hablar por teléfono.

—¿Ya se percató de que no ha llegado su esposa?

Como a las 8:30 llevé a las niñas al kínder, a mi hija y a Fanny, mi hermanita. Sólo quedamos mamá y yo. Desayunamos. A las diez, salieron Mariano y el señor grande. Regresaron a la media hora. Comentaron que ya estaba hecho el acuerdo. Como a las 11:30 salieron Araceli, el Gemelo y el señor grande para cobrar el rescate en la autopista México-Pachuca, entre San Carlos y Tulpetlac. Por la declaración ministerial, entiendo que pidieron que el dinero se pusiera en una bolsa negra, junto a una llanta, a un lado de la carretera.

Se bajaron Mariano y el señor grande a observar que todo estuviera despejado. Se subieron a un puente vehicular, desde donde podían ver todo. En ese momento, se percataron de que estaban rodeados de judiciales. Y huyeron. Dejaron al Gemelo, Araceli y a Gerardo, quienes no sabían nada de lo estaba ocurriendo. Como al mediodía Mariano me preguntó si habían llegado. Yo le contesté que

no; no sabía a quién se refería. Como al cuarto para la una de la tarde, llegaron los judiciales.

Cuando ingresé a este penal comencé a mantener comunicación con Mariano. Me dijo que me daría todo su apoyo y que pondría un licenciado particular para nuestra defensa. Pero él cayó en el Reclusorio Oriente por robo; no duró mucho y salió absuelto. Volvimos a tener comunicación, pero las cosas cambiaron. Él ya estaba formando una familia. Deseaba casarse con una joven enfermera. Mi hermana Grisela lo supo y le pareció injusto y lo denunció. Lo apresaron; llegó año y medio después de mi aprehensión.

Nos vimos –por primera vez– en Juzgados, donde yo le reclamaba por qué no me había avisado que los judiciales ya habían detenido a los muchachos. Fueron horas de reclamos. Lo invadió el miedo. Cuando nos leyeron las declaraciones, él notó que no estaba su nombre sino el de un tal César Gutiérrez Hernández, nombre que los judiciales inventaron. Y yo lo había mantenido así, para encubrirlo. Y me pidió que declarara que esa supuesta persona lo había hecho, que nos habíamos separado tres meses antes y que dijera que César era mi amante. Así, él podría salir y ayudarme desde afuera.

Habría sido muy tonta si hubiera aceptado su propuesta. Ahora los dos estamos aquí, cada quien por su lado.

ARAÑAR EL AIRE

MSK

EL VIERNES 13 DE ABRIL de 2000 me levanté a bañarme y me apresuré a arreglarme. Miguel e Israel vendrían por mí para irnos a *trabajar*; así le decía yo a robar. Escuché el claxon del taxi. Mi chofer era alto, fornido, de pelo lacio, joven y miedoso. Mis otros dos compañeros eran mis chaparritos o enanos. Miguel es mi hermano, prieto, gordo y con los pantalones a media nalga. Israel es moreno claro, chino, peludo, fortachón, joven y carismático; me encantaba que siempre estuviera de buen humor. Era con quien mejor me llevaba de los tres.

Me dedicaba al robo a transporte. Nos íbamos a las bodegas de las tiendas comerciales y sacábamos combis y camionetas llenas de ropa, aparatos, muebles, dulces, etcétera. Empezamos a recorrer las primeras tiendas (Aurrerá, Chedraui). No conozco muy bien el Estado de México porque me crié en San Juan de Aragón. Sólo sé que estábamos en Ecatepec, por la vía Morelos y Laureles. Estuvimos viendo desde lejos los carros y las camionetas que entraban y salían de las bodegas. Nos encaminamos despacito hasta que Israel dijo *esa*. Era una Van blanca con una franja en medio. Arriba

estaba un hombre delgado y moreno; enfrente, otra camioneta y un policía, abajo, cuidándola. Dentro había muchas cargas de quesos y salchichas.

Jamás me percaté de un taxi que estaba estacionado bien pegado a la banqueta, al lado de dos arbolitos, enfrente de la bodega y la camioneta señalada. Israel y yo éramos los elegidos para robarla. A él no le gustaba trabajar con nadie más porque decía que a los otros les daba miedo. Yo los paraba de culo y él manejaba el carro. Cruzamos rápidamente. Yo llevaba una pistola en la chamarra; era una escuadra nueve milímetros, pequeña, de nueve tiros, automática. Inmediatamente me acomodé del lado del chofer, le saqué el arma y corté cartucho. Le hice señas de que me abriera la camioneta, pero en lugar de obedecer dio un arrancón que hizo chillar las llantas y dejó al descubierto el taxi, de donde bajó un cabrón alto, gordinflón, vestido de civil con una metralleta, y me apuntaba. Yo también a él. Israel estaba detrás de mí, con cara de espanto. *¿Le disparo o no?* Pasaron por mi mente mis samis, mi mamá. Escuché a Israel que me decía “tírala, tírala”. Su voz me hizo reaccionar, así como el rechinar del carro de mi chofer dando una vuelta en U para alejarse del lugar. Y luego oí los dos balazos disparados por el gordo que me tenía encañonada. Yo ya había tirado el arma lejos de mí. Inmediatamente se apresuró a amarnos.

—¡Tírense al piso! ¡Órale, hija de su puta madre! ¡Bocabajo, culeros, y juntos!

Sentí su peso encima de mí cuando me colocó las esposas, con las manos hacia atrás. Lo mismo le hizo a Israel. En cosa de segundos sucedió todo. Debió haber sido una escena impactante porque el policía que cuidaba la camioneta de enfrente se echó a correr bien espantado. Nos levantaron con lujo de violencia y nos llevaron a un

cuartito de un metro cuadrado. Ahí nos dieron una buena golpiza. Me vendaron los ojos. Me agarraron de las greñas y me subieron a un escalón o banqueta y, con las manos esposadas, me empujaron; caí de espaldas. Sentía bochorno y miedo. Me cachetearon y patearon. Como al mediodía, dos horas después de habernos agarrado, entró un güey y me dijo que me iba a llevar a mi casa. Me le puse al pedo y me dio otra madrina.

De todos modos, mi hermano y el chofer habían avisado a mi familia lo que estaba pasando. Llegamos a mi casa y abrieron. No vi quién. Sería la dueña del departamento que rentaba. La puerta estaba abierta; vi a mi bebita de 11 meses en su andadera. Inmediatamente me extendió sus bracitos, moviendo las piernas y sonrió: “¡Mamá!”. Quería que la cargara, pero yo iba esposada y con cuatro guaruras detrás de mí. Sólo pude inclinarme y darle un beso, rozando por última vez su piel y pelo. Ella me abrazó del cuello. Los judiciales sólo me gritaron: “¡Ya ve, por andar de culera!”. Le sonreí a mi hija.

Seguí a la recámara, donde ellos, ya apurados, saqueaban todo lo que podían: celulares, cámaras, herramientas... Me dio mucho coraje. *Perros muertos de hambre*. Después me regresaron a la delegación. Por última vez recorrí la calle con la mirada. Subí a la patrulla en los asientos de atrás; me recargué mirando hacia arriba. Y mis ojos se toparon con la mirada de mi hijo Sami, triste y llena de lágrimas. Por Dios que no había llorado con todo lo que me habían hecho. Ya estoy curtida y nunca le he dado el gusto a un judicial de verme suplicar o llorar. Pero en ese momento sentí el peor golpe sobre mi cara y corazón. De inmediato empecé a llorar, como si me doliera mucho el pecho y pensé: *¡Adiós, mi amor. No sé cuándo volveré!*

Los judiciales se rieron de mí: “¿No que no lloraba, culera?”

No se pudo hacer bisnes, pues los judiciales pedían cien mil pesos por cada uno. Yo tenía el dinero, pero si no salíamos los dos, ninguno. El domingo siguiente nos trasladaron a Chiconautla.

El 16 de abril cumpliré nueve años en este lugar. Y si no tengo mal mis cuentas, en dos años alcanzaré una preliberación. Y no pienso regresar por nada del mundo. Si me dijeran que mañana se acaba el mundo y hoy me liberaran, sería feliz porque ese día estaría con mi familia.

DESDE DONDE YACEN MIS RESTOS

Vianey Rangel Villegas

EL JUDICIAL ABRIÓ LOS SEPAROS para sacarnos de las celdas frías y malolientes. Luis Fernando, mi compañero, y yo nos miramos con miedo. “¡Estoy contigo!”, nos dijimos, y nos tomamos de la mano.

Caminamos con el judicial hasta llegar a un auto en el que estaban dos judas; uno era alto, delgado, color camarón. El otro, panzón y moreno. Nos subimos a un auto rojo. Luis Fernando me miraba preocupado y apretaba mi mano. Un judicial nos ofreció un cigarrillo y lo aceptamos como se recibe un milagro. Nos dirigíamos a Chiconautla.

Llegamos a las tres de la tarde. El judas que venía como copiloto se dio cuenta de que Luis Fernando temblaba y le preguntó:

—¿Qué tienes, moreno?

—Nada.

Comprendí lo que pasaba.

—Tenemos tres días sin tomar agua —respondí al instante, y nos extendió su botella de refresco.

Tomé sólo unos tragos por miedo de aumentar el dolor de estómago. Luis Fernando lo bebió desesperadamente. Un

judicial nos ofreció quesadillas; las comí sin que me importara el intenso malestar estomacal. Poco después, se abrió el portón de la prisión. Dos custodios nos recibieron. Caminamos a Vehicular. Era 8 de abril de 2005.

Nos metieron a unos cuartitos. Llegó una custodia, quien me condujo a unos botes de basura donde hay ropa que dejan los internos que salen libres. Olía a orina de gato. Elegí lo menos roto. Me devolvió al cuarto, donde me cambié y me vestí de ropa azul rey. Tiré mi vestimenta, incluyendo mis zapatos, que estaban prohibidos por ser de plataforma.

Caminé lentamente, descalza. No sentía lo caliente del suelo. Subí unos escalones y se abrió la puerta que da a Ingreso, en la Sección Femenil. En Cubil de Custodias me hicieron preguntas que contesté instintivamente. Reaccioné cuando una de ellas me dijo: “¡Muy bien, Vianey! ¡Vas a vivir en la celda...!”. Ya no escuché el final de la frase. Mi cuerpo se paralizó y lo sentí tan helado como el alma, y repetí *¡Vas a vivir!* ¡Oh, por Dios! No podía asimilar lo que acababa de escuchar y volví a ausentarme.

Pasaba una chica frente al cubil y la custodia le dijo: “¡Patricia!, va para tu celda! ¿Puedes prestarle unos zapatos?”. Poco rato después, Paty me prestó unos tenis verdes con franjas blancas. En las horas siguientes cumplí con algunos trámites: ir a Juzgados, impresión de huellas y fotografías, servicio médico. Tenía mucha, mucha sed.

Viridiana llegó el mismo día que yo. Me dio la impresión de que era una chava valemadrada y no me interesé en su amistad. Es joven, delgada, bonita, agradable, espontánea, alegre, inteligente y una mujer de fuerza. Hubo un momento, en medio de los trámites de recepción, en que me dijo: “¡Vamos a la celda número 9!”.

Varias veces le pregunté a la custodia dónde podía tomar agua. Ella sólo me decía: “¡Espérate, chica! Al rato tomas agua”. *Agua, agua...* Sólo podía tener este pensamiento mientras Viridiana no dejaba de hablar. Cuando por fin nos dirigimos a las celdas, las internas ya habían pasado la lista y todas estaban encerradas.

Caminábamos solas y de noche. Antes de subir, la custodia me señaló los lavaderos. Sentí que todo estaba pasando en cámara lenta. Me acerqué a tomar agua y sentí la gloria en mis manos, en mis labios. Una frescura llegó a mi estómago, junto con un dolor intenso. Viridiana esperó a que saciara mi sed y con entusiasmo repitió: “¡Vamos a la 9!”. La miré con desprecio y caminé.

—¿No tienes miedo? —le pregunté mientras subíamos las primeras escaleras.

—¡No! —contestó firmemente. Seguimos caminando detrás de la custodia.

—¡Vamos a estar juntas!

—¡Pinche chamaca! ¡No te me acerques! ¡Me vale madres!

—Pero vamos a estar juntas —repitió como si no me hubiera escuchado.

—¿Y? ¡Ábrete!

—¿Por qué vienes? —me preguntó Patricia cuando entramos a la celda.

—Por secuestro.

—¿Y sí lo hiciste?

—Sí.

Y las lágrimas brotaron. Patricia se levantó y me abrazó. Después de 71 horas de maltrato físico y verbal —de las cuales nueve fueron extremas—, al grado de que ya pedía la cárcel o la muerte, me dejé abrazar. Después, Patricia me cepilló el cabello; mi cabeza tenía pedazos calvos a consecuencia

de las *licuadoras*, que son los jalones de pelo a manos de los judiciales: jalan el cabello y lo remueven con tal fuerza que arrancan manojos.

A partir de entonces fui hundiéndome en una depresión cada vez más profunda. Fui sintiéndome cada vez más sola. Soportaba preguntas que no quería responder y dormí no sé cuántos días.

Tuve la suerte de no formarle al piso, como es costumbre, (las recién llegadas deben dormir en el piso y esperar hasta que se desocupe una cama); así, me encerraba en el camarote sintiendo, de vez en cuando, ese dolor que no se identifica, para el cual la ciencia no tiene medicamento. Es un dolor que carcome la existencia. Cuando me di cuenta, ya había sido valorada por la psiquiatra de la institución y estaba tomando medicamento controlado, chochos. Cada que se escuchaba “¡El chocho! ¡Esas que caminan con pilas!” caminaba con un vaso de agua en la mano hasta donde estaba la enfermera, quien me vigilaba hasta que me tomara las pastillas.

Recordé que muchas veces me hice la promesa de que nunca nadie me vería vencida y me esforzaba por reaccionar. Pero había cosas, incluyendo el chocho, que no me lo permitían. En uno de mis primeros despertares conocí las chinches. Estas fueron el detonante para planear mi muerte.

Viridiana se convirtió en un ángel para mí. A veces la corría, la ofendía con obscenidades iracundas, pero a medianoche ya estaba a mi lado, abrazándome; hasta hoy no logro entender por qué me soportó tanto. Había ocasiones en que mis ojos –casi cerrados por la hinchazón de un llanto constante– alcanzaban a verla sonriéndome, contándome un chiste, cantándome, leyéndome una carta de mis hijos o de mis sobrinos. Ella me hacía recordar que había personas que me amaban y sufrían por mí.

Cuando veía a Luis Fernando en Juzgados, las custodias nos vigilaban, ya que aun siendo pareja, prohíben que haya contacto físico o verbal, a menos que se trate del proceso legal. Cuando me entregaron el memorándum de visita a Patio Varonil, pensé que por fin no tendría que esconderme para darle un beso.

Ese día, mis compañeras me ayudaron a quedar bonita. Nos bajaron en grupos. Primer golpe de un despertar: salir de la puerta del cubil, la cual crucé muchas veces sin emoción alguna. Segundo golpe: el primer portón, que divide la Sección Femenil de la Varonil. Caminamos unos metros para entrar en un pasillo desde el cual alcancé a ver a muchos internos amontonados en la esclusa, esperando a su visita. En ese momento, el aire se me escapó y las piernas trabajaban duro para reaccionar. Otra vez tuve la sensación de que todo pasaba en cámara lenta. Y la custodia me apuraba: “¡Camine, señora! ¡No se quede!”. Logré llegar a la esclusa, ahí estaba Luis Fernando, mirándome con una tierna sonrisa. No sé quién de los dos abrazó a quién.

Con el tiempo, el medicamento aminoró la depresión. Posteriormente, empecé a hacer actividades que jamás había hecho, aprendí a tejer diferentes puntadas. Hice muchas cosas bonitas: carteras, cinturones, bolsas de todos los tamaños y diseños, mochilas, etcétera. Todo se vendió a buen precio e invertí en material para decorar botes de malla tejidos con rafia. Me uní a un grupo de 12 compañeras que sacábamos de cinco a 10 botes por semana, de 15 a 20 bolsas.

Empecé a ver la vida de manera distinta. Había más momentos buenos que malos. Siempre fui antisocial, pero empecé a desenvolverme mejor con las personas. Así pasé un año sin darme cuenta.

Mi hermana me dio un curso intensivo de pintura sobre tela, y una chica que dominaba el oficio empezó a trabajar

conmigo. Ella tenía una amiga, así que me relacioné con las dos. Pero mi amistad era más estrecha con Lilia, quien me metió al negocio fácil. Yo le guardaba algunas prendas que le cambiaban por droga y, a veces, dinero. En aquel entonces, tanto a internas como a custodias, no les caía bien por mi hermetismo. En la celda ya no me soportaban y buscaban un pretexto para sacarme.

Después de algunos meses me abrieron otro proceso federal, así que me sacaban de traslado a Naucalpan de Juárez, donde me obsequiaron cuatro secuestros más. En realidad, eran secuestros del responsable de mi estancia en este lugar.

Después de un traslado regresé al penal con náuseas, mareos, vómitos, a consecuencia del mismo traslado. Estaba en mi *penthouse* cuando entró Viri, enojada y roja, como nunca la había visto. Se subió a su habitación, a un lado de la mía, y me dijo que Blanca la había agredido verbalmente y tratado de puta.

Me esperé, aparentemente tranquila, a que Viri se distrajera y después fui a ver a Blanca: “Le vas bajando a tu ribete, hija de la chingada. Y lo que traigas con Viri, lo arreglas conmigo”.

Se levantó con el afán de golpearme, pero de un estate quieto la senté. Se dio cuenta de que no iba a poder medirse conmigo. Tomó un litro de atole caliente y lo arrojó a mi cara. Dio en el blanco sin que una sola gota se derramara fuera de mi hermosa y finísima persona, que le hacía competencia a mi maldad. Respiré y brinqué la mesa del comedor y una banca. Corrí tras ella, dispuesta a todo: “¡Vianey, no!”, gritó una compañera. Me detuve, pero después de un segundo volví a caminar hacia el objetivo. “¡Vianey, no!”, volví a escuchar.

Me di cuenta de que había mucho público. Golpeé el respaldo de las dos bancas de metal que estaban a mis lados con

los puños cerrados y fui a la celda. Empezaron a calentarme la cabeza: “¡Ponla antes de que te la ponga!” (que fuera a reportarla con las custodias antes de que ella lo hiciera).

Fui a Cubil de Custodias, argumentando que el comandante me había prometido que el día que tuviera un problema, si no metía las manos, no me segregarían; sin embargo, la custodia nos apandó. Cuando me llevaron a certificar, vi al comandante y le pedí tres minutos, los que me negó de inmediato.

—Me declaro en ayuno desde este momento, y si el comandante no viene a las diez, le hago un alboroto —le dije a la custodia mirándola de frente antes de entrar al apando.

—¡Sí, sí, sí! —me contestó la custodia mientras me empujaba hacía adentro.

En el apando había cuatro chicas a las que les caía como patada de mula en el hígado. Cuando nos vieron, recibieron a Blanca; a mí me ignoraron. Extendí mi cobija en un rincón y me senté sobre ella. Blanca me miraba con coraje, y le dije:

—Ruégale a Dios que venga el comandante —le dije—, porque si no llega a las diez, vas a saber quién es Vianey Rangel enojada.

—¡Pues como vas!

Dieron las diez y no hubo novedad alguna. Respiré profundo, me levanté y me paré frente a Blanca.

—¡Párate porque no te quiero achicalar ahí! —le dije.

—¿Yo? ¡Yo no me voy a pelear contigo!

—¿Cómo que no?

Y la levanté de los hombros y le receté un puñetazo en el pecho, que la echó para atrás, y ahí descargué el 72 por ciento de mi coraje. Estar en el apando implicaba perder el derecho a tener televisión, grabadora, camarote. Al salir, tendrías que dormir en el piso.

—¡No mames, deja que se levante! —me gritó una compañera.

—¡Pues que se pare! —dije mientras daba unos pasos hacia atrás. Le ayudaron a levantarse y me aventó un zarpazo que le costó otra tanda de puñetazos que la llevó al piso.

—¡Vianey! ¡Vianey! ¡Déjala! —me gritaba la custodia.

Pero yo sostenía la puerta mientras desinflaba a Blanca con unos cuantos puñetazos en el estómago. Ligeramente agitada, me puse la bata y esperé a que abriera la custodia.

—Ahora sí, llévame a certificar con provecho —le dije. Me vio y me ignoró. Miró a Blanca.

—¡Blanca, párate! ¡Vámonos! —le ordenó.

Pero ella sólo se medio movía.

—¡Ay, custodia! ¿Cómo quiere que se pare? ¡Vianey le acaba de dar una mega madriza! —explicó una compañera.

—¡Échenle aire! A ver qué hacen, pero levántenla.

Las compañeras la reanimaron y Blanca se levantó con dificultad. El trayecto para salir de la sección se me hizo muy largo: tres metros, bajar tres escalones, 12 metros, tres escalones, caminar seis metros, tres escalones más abajo, seis metros más, otros tres escalones, seis metros y un escalón. Por fin estábamos en el primer patio e íbamos hacia Cubil de Custodias. Yo miraba a Blanca con lástima y remordimiento. Llegamos a la primera esclusa, a la rampa, hacia Servicio Médico. En una barandilla de paso estaba el comandante, el jefe de turno y siete custodios más que por radio se habían enterado de lo sucedido. Se dispusieron a ver el espectáculo y uno de ellos exclamó: “¡Eres ruda! ¿Eh, güera?”, y se rieron. Yo sólo los miré como se mira a los puercos llenos de mierda.

Llegando a Servicio Médico, el doctor me preguntó si tenía golpes. “¡Me duele todo!”. Me miró a los ojos con una expresión de *¡Ajá, sí, ajá!* De regreso a mi sección nos hicieron esperar afuera del cubil 30 minutos. Después llegaron el comandante

y el jefe de turno; cuando terminaron su interrogatorio les aclaré que estaría en ayuno los días de la primera sanción, ya que era la única forma de no dejar que pasara inadvertida esa injusticia. Les aseguré que sólo aceptaría un reporte de no sanción. Enojados, me metieron al apando. Y el tiempo empezó a correr, una vez más, en cámara lenta.

Cuando iba a sentarme en mi cobija, me di cuenta de que la habían botado en un rincón y estaba mojada. Me tomé la cabeza con las dos manos, respiré y les dije: “¡Quien haya hecho esto, tendrá el gusto de verme sobre la cobija mojada, cobardes!”. Me senté con las rodillas dobladas. Después de una hora, alguien me invitó a su colchón, pero no acepté.

Aquella noche pasé mucho frío; el de afuera penetraba hasta los huesos, y el de adentro salía por los poros. Hubo momentos en los que me dediqué a sentir los latidos de mi corazón; después dormí.

Luego del segundo día empezaron a llegar trabajadores de diferentes áreas para convencerme de que desistiera del ayuno, pero nadie lo logró. Estaba bajando un kilo por día, aproximadamente, y sufriendo rápidamente la descompensación. Al cuarto día, me sancionaron: cinco días por la primera falta y cinco por la golpiza. En ese momento, estaba emocionalmente plana y me dio igual.

Viridiana, Ana Gabriela y Verónica constantemente me gritaban y me llevaban cartas que me animaban. Así me mantuve consciente. El sexto día, por la mañana, Ana Gabriela fue a verme. Me acerqué a la puerta.

—¡Tráiganme todo lo que entre por la boca! —le dije.

—¿Vas a comer?

—¡Sí, me muero de hambre!

Al poco rato, me pasaron quesadillas, galletas, cereal, leche, por una abertura de ocho centímetros que se hacía jalando la

puerta. En aquel entonces se podía burlar la seguridad. Eso estaba estrictamente prohibido y la entrega de cartas, aún más.

Sólo tuve que soportar otro día. Llegó entonces el director con el subcomandante. Blanca y yo estábamos frente a ellos, fuera del apando. Nos dieron la libertad de la segregación. Blanca corrió a sacar sus cosas mientras el comandante me decía que –por esa única ocasión– me daría el beneficio de regresar a la misma celda y conservar el camarote. Esto no les agradó a muchas compañeras y dejaron de hablarme (no sólo las de la celda).

Días después, una adicta fue a venderme una televisión en 500 pesos. Yo no tenía dinero, pero la chica que pintaba telas conmigo, sí. Le pedí un préstamo y me compré la televisión.

El 17 de octubre de 2006, a las siete de la noche, me mandó llamar el comandante Roberto a Cubil de Custodias. Al entrar, vi a la chica que me había vendido la televisión. El comandante me pidió que me sentara en una silla y me extendió la mano izquierda (en la que tenía algo envuelto en una bolsa de plástico transparente del tamaño de un tejocote).

—¿De quién es esto? —me preguntó.

—¿Qué es eso? —pregunté desconcertada.

—¿Sabe de quién es?

—No —le respondí con firmeza.

El comandante le habló a Estela, amiga de Lilia.

—¿De quién es esto, señora Estela? —le preguntó frente a mí.

Estela me miró...

—¡De Vianey! —respondió.

El comandante me miró de nuevo.

—¿De quién es? —volvió a preguntarme.

—No sé.

Miré a Estela.

—¡No mientas! —le dije.

El comandante llamó a Lilia y le hizo la misma pregunta. Lilia dijo que no sabía. El comandante me miró y me pidió que saliera unos segundos.

—Tus compañeras dicen que esta droga es tuya —dijo cuando volví a entrar.

—¡Mienten!

Intervino la custodia para decir que la chica de la televisión quería decir algo. Ella entró diciendo que me había empeñado su televisión, que me había pagado 450 pesos y que solo me debía 50. Cuando intenté defenderme, entró otra compañera y aseguró que ella había testificado el pago de 450 pesos. Miré al comandante y le dije que eso no era verdad.

—¡Ay, señora! ¿Y así espera que le crea? ¡Se lo están diciendo en su cara! —contestó burlonamente.

Yo sólo me quedé callada y me llevaron al apando. Reaccioné, pateé la puerta y le grité a la custodia. Cuando llegó le pregunté a quién le habían encontrado la droga. Ella me contestó que a Estela.

—¿Y por qué Estela no está en el apando?

—No lo sé —respondió y se retiró.

Histérica, le exigí ver al comandante. Como a la una de la mañana entró Estela a la segregación. Antes, una custodia me hizo prometerle que no le haría nada. Estela me dijo que me había echado la culpa porque Lilia casi estaba preliberada, y como yo la quería mucho, le haría el paro.

—¿Tú también la quieres mucho, no? —le pregunté.

Después de un mes, salí del apando, con otro proceso por posesión y venta de drogas. Me enteré de que todas las de la celda, excepto Viridiana, habían firmado un escrito en el que decían que les constaba que yo vendía droga; unas lo hicieron por su voluntad; otras, forzadas por una custodia. También supe que fue idea de esta última.

Salía de traslado de tres a cuatro veces por semana, a consecuencia de mis múltiples procesos. Esa situación me hizo ir cayendo, poco a poco, en la depresión. Aun así, Dios me dio fuerzas para defenderme: me llevé a las 13 compañeras, tres custodias y a la psiquiatra al proceso, y salí absuelta.

Desde entonces no trabajo como antes. Ahora sólo les corto el cabello a las compañeras de vez en cuando. He aprendido a vivir en esta realidad. Hace dos años que no tengo visita. El 2 de junio de 2008 me reconcilié con Dios: me incorporé a la congregación cristiana.

LAS DUEÑAS Y SEÑORAS

Carolina Rocha Marín

EN BARRIENTOS, EL 27 de septiembre de 2005 gritaron: “¡Carolina Rocha, le hablan en Custodias! ¡Se va de traslado!”. Inmediatamente tomé las maletas que había preparado. En días pasados me había topado con el director, quien me había dicho: “Probablemente para la otra semana ya no se encuentre aquí y la pase a su nueva casa”.

Había esperado un año y ocho meses para escuchar ese comentario. Ese tiempo me la viví reprimiendo mis sentimientos, ahogando un grito de desesperación, callando una verdad que todos sabían.

Me puse la gabardina y miré detenidamente aquel lugar, queriendo llevarme las sonrisas que un día antes me habían brindado mis alumnas de alfabetización. Entre buenos deseos, lágrimas y abrazos me despidieron. La mayoría tenía más de 40 años.

—¡Ahora quién nos va a enseñar! Nadie nos tiene esa calma —me decían.

—Ustedes pueden lograr lo que quieran. Basta pensarlo para creerlo.

Mi destino era el Centro Penitenciario de Readaptación de Ecatepec “Doctor Sergio García Ramírez”. La sola idea de ser trasladada me helaba la sangre. El temor me sacudía y mi mente alucinaba con muchas preguntas. Traté de mantener la calma y crucé lentamente la sección de hombres hasta llegar a Vehicular. Me esposaron y me condujeron hacia una camioneta.

A las siete de la mañana abandoné Barrientos. El trayecto duró una hora con 15 minutos, pero me pareció eterno. Minutos antes de llegar, percibí un olor nauseabundo y penetrante. Experimenté un vacío en el estómago. Empecé a sentir náuseas. Traté de mantenerme erguida, pero me arqueaba hasta perder el control. Respiraba para no vomitar. Después de tocar varias veces, se abrió un portón. Abrieron un candado, jalaron la puerta y me ordenaron que bajara. Como la camioneta no tenía estribo, di un gran salto.

Las moscas revoloteaban a mi alrededor. Inútilmente intentaba librarme de ellas. Se abrió otro portón y caminamos hacia la esclusa. Tocaron. Entreabrieron la rejilla y nos cedieron el paso. Una vez dentro, inspeccionaron mis maletas. Me preguntaron mi procedencia y otros datos. Después me condujeron a Servicio Médico. Me recibió la doctora Paty.

—Tome asiento —me indicó.

Llegó un joven como de 25 años, que dijo llamarse Cristian. Estaba un poco acelerado.

—¿Usted es Carolina Rocha? —preguntó y le respondí afirmativamente—. ¿Es la esposa de Daniel Martínez? —se lo confirmé con la cabeza—. Espéreme. Ahora voy a decirle que usted acaba de llegar.

—¿Puedo pasar? —escuché, asombrada e incrédula cuando me disponía a salir después del cuidadoso examen médico.

Mi esposo estaba ahí. Apresurada, fui a su encuentro. Nos abrazamos. Se retiró un poco y me miró detenidamente

—¡Bienvenida, señora! —nuevamente me abrazó y me dio un beso en la frente—. ¿Estás bien?

—Con ganas de vomitar. Huele muy mal.

—Es por el basurero. A 300 metros está el basurero de Ecatepec.

—¿Siempre huele así?

—Pronto te vas a acostumbrar.

Me dieron un medicamento para el mareo y el vómito. Media hora estuve platicando con mi esposo. Él era estafeta de Servicio Médico. Poco después, la custodia me llevó a Sección Femenil, dormitorio cinco. Me condujeron a un pequeño cuarto debajo de las escaleras: el apando, sin luz, lóbrego y húmedo.

Algunas compañeras, al pasar, por una rendija me preguntaron que de dónde venía y cómo me llamaba. A las seis de la tarde, abrieron y me asignaron la celda dos. Algunas compañeras me ayudaron con mis cosas, curiosas por conocer la celda que me asignarían. Ahí conocí a Bety, Paty y Chela, la encargada de la celda. Bety me dijo: “Lo único malo de aquí son las moscas”.

Anocheció. Sólo una chica no se acercó, Carmen, pero me dijo: “Yo también soy de Barrientos. Nada es igual aquí”. Después de platicarles mi viacrucis y los desmedidos abusos de autoridad que había sufrido, nos dormimos.

Al día siguiente acomodé mis cosas. Me asignaron un espacio. El olor era insoportable, pero terminé aceptando que debía acostumbrarme. Después de la segunda lista, salí al patio, que entonces era de tierra. Detrás de la esclusa está el bote de basura; junto a éste, la basura se desborda. Levanté la vista y miré la otra basura: tenía de alto como 500 metros. A lo alto se veían las retroexcavadoras. En ese instante, miré la alfombra que tapizaba todo el patio: millones de moscas.

Caminé lentamente entre ellas. Me percaté de que, conforme avanzaba, abrían un camino. Después volvían a tapizar el suelo. La tierra y las moscas se confundían. Agitaba las manos en un intento por tratar de alejarlas. Evitaba abrir la boca: no fuera a comerme alguna. No había lugar libre de moscas. Eran tantas –y las había por todas partes– que terminé conversando con ellas. Pero también peleábamos. Eran las verdaderas dueñas y señoras de la prisión.

BASURERO EN LLAMAS

Carolina Rocha Marín

DOMINGO 11 DE MAYO DE 2008. Hoy, como cualquier día de visita a Patio, nos apresuramos a calentar agua para asearnos. Las celdas de procesados está a la derecha, y la de sentenciados, a mano izquierda. Las divide una reja. En la parte de procesados está el comedor, un espacio de cinco por siete metros; del lado derecho hay un ventanal. Todas las mañanas me paro frente a él. Desde ahí veo el amanecer: un panorama esplendoroso donde se vislumbra el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl.

Desde ahí veía con claridad el basurero. Día a día lo había visto acrecentarse. Los camiones de basura constantemente descargaban sus cajas. Por la tarde, la retroexcavadora acomodaba, una y otra vez, los restos que aún no eran aplastados.

Como la víspera había sido Día de las Madres, algunas internas fuimos de visita a Patio –a Reclusorio Varonil– después de hacer la solicitud respectiva. A las 10 de la mañana fuimos conducidas a Patio, donde mi esposo me esperaba, en la rampa. Cada compañera tomó a su pareja y nos dirigimos al área de palapas, con mesas y bancos de concreto. Ahí estuvimos cinco horas.

En el basurero se veía una línea de humo. A las cuatro de la tarde, las llamas habían tomado una ligera fuerza. La alarma se expandió en la población de hombres y mujeres. Por la noche, la preocupación fue más intensa, pero logramos dormir, pensando que las autoridades resolverían el problema.

El lunes se escucharon sirenas de patrullas y bomberos. A las nueve de la mañana, las noticias difundieron el suceso en primera plana: “El basurero de Ecatepec arde en llamas”. La gente que vive en las faldas de la gran montaña de basura fue evacuada. A lo largo del día se escucharon comentarios alarmantes, pero mantuvimos la calma. Algunos familiares, preocupados por la situación, llegaron al CERESO; les informaron que todo estaba bajo control. Cuando se dio la lista de las 8:30 de la noche, el humo empezó a extenderse en la planta alta. Nos indicaron que no nos durmiéramos.

Subí a mi cama y me puse la pijama. Preocupada, dormitaba. El humo espeso seguía invadiendo las celdas. Me levanté y busqué un pañuelo, lo mojé y me lo puse en la boca. Les sugerí a las compañeras que hicieran lo mismo. Yadira sugirió que mojáramos las sábanas y las pusiéramos en ventanas y puertas para cubrirnos del humo. En nuestra celda había una niña, Any, de siete meses, pues era el área de Maternal, la celda 10. Gaby tenía ocho meses de embarazo; las demás éramos enfermas crónicas.

A las once de la noche las custodias abrieron las celdas para sacarnos al patio. El denso humo se esparcía por doquier; no permitía que viéramos a más de diez metros. Algunas bajamos con cobija y chamarra. Se nos proporcionaron cubrebocas. Así permanecemos hasta las dos de la mañana. El director, Héctor, llegó con una cuadrilla de médicos para asistirnos y preguntarnos si estábamos bien. Las mamás de las sentenciadas hablaron a sus familiares para que vinieran a

recoger a los bebés. Algunas comentamos que el 10 de mayo nos había venido a romper la madre.

—Si nos dejan aquí vamos a morir por asfixia y nuestros pulmones se convertirán en piedra.

—Nos vamos a enfermar de las vías respiratorias.

Algunas compañeras hablábamos de la sección de hombres, preocupadas por nuestros esposos, amigos o novios. Las más se callaban y se tomaban de las manos y se daban un fuerte apretón. A las tres de la madrugada algunas internas pidieron permiso para traer cobijas, almohadas, chamarras y playeras para cubrirnos la cara. Después de un buen rato, algunas compañeras dijeron que era mejor que estuviéramos en nuestras celdas. Y empezaron a convencer a la custodia para que nos dejaran subir. Finalmente, nos concedieron la autorización con la condición de que no nos durmiéramos.

A las cuatro y media, el cansancio me venció. Afuera trabajaban intensamente en apagar el fuego. Media hora después, la custodia a cargo pasó preguntando si alguien se sentía mal. Mientras pasábamos lista, vimos llamas y el interminable, espeso, humo. El miércoles aún había llamas, pequeñas manchas esparcidas en la gran montaña: la tierra había exterminado el fuego interno del basurero.

Ese día tenía visita conyugal. Por fin sabría cómo le había ido a mi esposo. Él me comentó: “No hay seguridad de que esto se termine. Las autoridades tienen que hacer algo; lo mejor sería que cerraran el basurero. De esta manera, se terminaría el mal olor; no habría tantas moscas ni gripas, dermatitis ni malestares estomacales. Aquí las cosas se pusieron mal. Quemaron la escuela, asaltaron las tiendas, rompieron candados. Se perdió papelería importante del área educativa. La estatal logró controlar un intento de motín. Los heridos suman 200, entre golpeados, fracturados y heridos. Todos

corrían tratando de persuadir a los granaderos de que no utilizaran toletes y gases. La población, desesperadamente, buscaba protegerse”. Cenamos y nos dispusimos a dormir.

El sábado 17 de mayo me preparé para bajar a Patio. Casi al mediodía se nos unió Rodolfo Cruz –celda dos, izquierda; dormitorio dos– y nos comentó que todo había empezado porque los hombres del dormitorio uno habían roto los candados para poder salir y no asfixiarse. Este acto fue malinterpretado por la población y se desató el vandalismo. Los que se amotinaron llevaban el rostro cubierto con playeras para no ser reconocidos. Asaltaron tiendas y bodegas; rompieron los vidrios de la escuela y la saquearon. Ésta se ubica enfrente del dormitorio dos. Después fueron a la dirección y se llevaron el horno de microondas, computadoras, material didáctico, grabadoras y televisiones. Por último, regresaron a quemar la escuela y expedientes.

Rodolfo nos contó que a las 2:30 de la mañana llegaron refuerzos de la calle, los antimotín y granaderos, quienes fueron recibidos con palabras altisonantes, se hicieron obedecer con toletes de 1.20 metros. Después hicieron un cacheo personal y despojaron a la población de billeteras, dinero, tarjetas, alhajas...

“Agarraron parejo; no les importaba saber quiénes habían participado. Sólo se escuchaban gritos. El comandante les había dado la orden de golpear a todos los del dormitorio dos. Los golpeaban en las piernas hasta que conseguían hincarlos. Formaron una pirámide de internos para seguir golpeándolos brutalmente. Ellos son salvajes, nosotros somos más humanos. ¿Quién es más ladrón? ¿El que se encuentra recluso o el que viene de afuera y roba a ojos vistas? ¡Mire: me descalbraron! Y, no conforme con eso, me golpearon en las costillas –y, levantándose la playera, nos mostró su vendaje–; esto no es nada

en comparación con las heridas de otros compañeros. A Alfonso le fracturaron el dedo de en medio de la mano derecha. En Servicio Médico no le hicieron nada. Nunca nos brindaron protección ni cubrebocas. A nadie se le administró medicamento alguno. Sólo queríamos salir. El humo era sofocante. Yo, únicamente, me encomendé al Creador y elevé las que creí que serían mis últimas oraciones, para que Él me recibiera”, nos contó.

Las autoridades hicieron la mejor elección: ¡cerrar el basurero! Ahora podemos descansar tranquilos. Fue rotundo el cambio; el olor, poco a poco, ha cesado. Las moscas, también. Pero en las entrañas de la tierra quedan vestigios del que fuera el basurero de Santa María Chiconautla de Ecatepec.

EL RUMOROSO MAR DE LAS ESTAFETAS

Jessica Nochebuena

YO SOY TRASLADO DE CUAUTITLÁN. Algo que realmente detesto son los gritos, que aquí en Chiconautla son cotidianos. En Cuautitlán no era necesario gritar porque era un lugar tan pequeño que la custodia con sólo mencionar nuestro nombre desde la entrada hacia la sección –la cual está a tres pasos del único dormitorio–, podíamos escucharlo con claridad. Incluso nos estaba prohibido hablar o reír fuerte, escuchar música o ver televisión a volumen fuerte. ¡Todo estaba prohibido en Cuautitlán! Incluso, las peleas o discusiones eran en voz baja para que las custodias no se enteraran. Cuando realmente se escuchaban gritos era cuando la pelea era violenta hasta llegar a los golpes. Ahí sí entraba la custodia luego luego a poner orden.

Al día siguiente de haber sido trasladada a este lugar, estaba en la celda tres, que era la que me habían asignado. Veía tranquilamente la televisión de una compañera cuando escuché el grito muy fuerte de una mujer con voz rasposa, de pulquera: “¡Culeras, entréguenme mi pantalón; méndigas, rateras!”.

El grito era tan fuerte que salté y corrí a la puerta para presenciar la terrible pelea que, seguramente, se estaba llevando a cabo en el pasillo. Abrí la puerta y me asomé; en el pasillo sólo había dos mujeres sentadas en uno de los escalones: “Oye, ¿tú no viste quién agarró mi pantalón?”. La voz provenía de una mujer de aspecto rudo, labios pintados de rojo pitaya, ojos pequeños que alargaba con una gruesa línea negra, el doble de larga que ellos. Y en el lugar donde debía haber cejas, sólo existían dos rayas cafés muy curvas. Yo estaba a escasos tres metros. Sin embargo, la mujer gritaba como si yo estuviera a 10. Negué con la cabeza. Y repetí el primer grito.

Otra mujer salió de otra puerta: “¡Sí, culeras, regresen el pantalón!”, gritó más fuerte que la primera y fue coreada por la agraviada y por la que estaba sentada junto a ella.

—Pinches viejas gritonas —dijo Juanita, mi amiga de Cuautitlán, quien había sido trasladada tres meses antes que yo.

—¡Oigan, dejen de gritar. Como si así les fueran a devolver su pantalón! Aquí gritan por todo, Jessie; no te espantes.

Ahora que vivo en la celda nueve el escándalo ya me es familiar. La música suena a todo volumen en la cama de enfrente. En la de a lado suena la televisión. En la de arriba, otra grabadora no menos fuerte, por lo que yo también tengo que subir el volumen de mi tele para lograr escucharla. Y esto es casi todos los días; lo soporto, no me molesta del todo. Pero lo que me desespera son los gritos de las estafetas, papel que desempeñamos cualquiera que esté cerca de las custodias en el momento que requieren que baje alguien. El primer grito empieza desde el patio, que es repetido más de tres veces. Este grito es relevado por otra que está más arriba, que grita en las escaleras otras tres veces. Y la que escucha, en la parte de arriba, también repite el nombre varias veces. Y como la

solicitada no baja inmediatamente, esta operación es repetida varias veces hasta que por fin aparece, bajando apresurada, y se detienen los gritos. ¡Por fin!

MÚSICA, VOCES, CHIFLIDOS Y TROMPETILLAS

Rocío Ventura

COMO LOS SONIDOS EN ESTE LUGAR no tienen principio ni fin, comenzaré por la madrugada. Desde las dos escucho el tun-tac-tun-tac de las goteras del baño (de la regadera y de la llave de paso, donde colocamos un botecito para evitar que se moje el piso). Es insoportable. Tac-tac-tac. Interminables como los minutos.

A las 4:30 se oye el ruido de los candados que quitan las custodias para subir por el agua al comedor. Escucho sus chancletazos apresurados. Oigo el rechinado de la pesada mesa de madera que hay que mover para pasar al comedor. Por supuesto, lo hacen sin cuidado; es como la primera llamada.

A las 5 horas salen las compañeras que están en segregación hacia sus dormitorios, a bañarse. No falta que algunas de sus amigas ya las estén esperando para decirles, en tono por demás hipócrita: “Échale ganas”. “Estoy contigo”. “Al rato voy”. “Te mando algo”. “Ya le pedí a mi santa por ti”.

¡Como si en la penitencia eso ayudara de algo! Culeras. Pasan los días y ¿cuál paro? Nunca llegó. Minutos después,

los 13 candados, uno por uno, van abriéndose. A lo lejos, claramente escucho la variedad de apellidos y voces. Las dormilonas contestan como si tuvieran pegada la boca. De las que parecen bafle, sólo el zumbido se oye. Y están las más peculiares, que hasta con tonadita se la echan, bien canera.

Y comienza la fiesta: agua que corre por las tuberías, tazas de baño y lavabos. “¡Talacheras de planta!”, gritan las ya tan conocidas voces de Martha Villegas, la China; Angélica y Sandy. De repente escucho la voz de la China con la cancioncita de moda y, además, famosa en estos lugares: “Pero voy a salir. Y algún día me verás cómo me veo. Y lágrimas de sangre llorarás, arrepentida”.

¡Santísimo sacramento! Hay que chingarse entre el ruido de envases vacíos de plástico y jaladores que ya rozan el fierro en el piso por falta de goma. Se escucha la voz de mando como si fuera el ejército. Agenda: talacheras de cocina, en corto. En el radio, si corremos con suerte, escucharemos las de Intocable o Vagón Chicano: “Un viernes sin tu amor”. ¡A todo dar, mi favorita! Y si no, ¡unas rolitas del Haragán y Compañía! Y el sonido de la licuadora, la caída de una tapa. Mientras, Karina, Martha y Gabi van cantando la rolita: “Extraño aquella cometa que yo de niño volaba con mis amigos del barrio”.

Entre el pandero y los aplausos de las alcohólicas anónimas, la campanita del padre y la gran cantidad de salidas a Juzgados, oigo la frase que me pone a correr de emoción y nervios: “Rocío Ventura, con bata”.

La frase se repite como eco por toda la prisión, gritada a diferentes voces. Es necesario aclarar que cuando vamos a Juzgados, debemos ir vestidas con una bata para que a las custodias les sea sencilla la revisión. Nos sacan como si estuviéramos locas o enfermas.

CUAUTI ES CHIQUITO

Jessica Nochebuena

CUAUTITLÁN ES UN PENAL CHIQUITITO. Imagínatelo. Entrás a la sección por una puerta negra. De frente, están dos lavaderos; uno es para los trastes, y otro, para la ropa. Al fondo está la cocina. El patio, a lo mucho, mide ocho metros de largo por cuatro de ancho. Este patiecito todo el día está mojado. Hay charcos de agua por todos lados, pues los trastes se dejan en la mesa para que escurran. Esta mesa está grande y ocupa un buen espacio del patio. Nunca puedes caminar erguida y de frente, pues los tendederos donde cuelgan ropa, gotean. Los lazos son puestos diariamente y quedan muy bajos. Para cruzar el patio hacia la cocina o al dormitorio recibirás varios lavados de cara y relamidas de cabello, y así llegarás a tu destino fresca y limpia. En el patio también encontrarás cubetas y bancos de todos los colores y tamaños, los cuales son usados para que nuestra visita de fin de semana pueda sentarse, uno pegadito al otro para que todos quepamos bien.

El patiecito está adornado por enormes tambos viejos y oxidados, que al final del día vomitan basura, derramada

hacia los costados; cae, muchas veces, sobre la tapa de la cisterna. A un lado está el boiler, también viejo y oxidado, y que nos dio varios sustos cuando lo prendíamos. Al girar la perilla lanzaba unos flamazos en los que algunas compañeras perdieron pestañas y cejas, como Lupita, quien al ver venir la flama logró meter el brazo y pudo cubrirse la mitad de la cara; se veía muy rara, lista para el concurso de día de muertos: un lado del rostro estaba sin cejas y pestañas. Y tenía la mano ulcerada, con ámpulas a punto de reventar. Pero gracias a ese incidente el boiler fue cambiado por uno nuevo. En medio del patio hay una coladerita redonda, de unos 10 centímetros de diámetro. Y dos casetas de teléfono.

El baño está a un lado del boiler. Tiene cuatro regaderas en un cubo de dos metros cuadrados, un lavamanos, una tarja, un bote grande con escobas y jaladores. Como nos bañábamos tres en una regadera, cuando ya te habías enjuagado, la chica de al lado, volvía a enjabonarte por accidente. Al salir del cubo, pasábamos por el lavamanos y la taza, donde ya había varias compañeras desnudas, esperando su turno. Ahí, entre ellas, tenías que buscar la manera de secarte y ponerte la ropa. Al salir, te topabas con quienes luchaban por meterse al baño en cuanto abrías la puerta. Se convertía en una lucha de empujones y jalones: “¡Quiero entrar!”. “Y yo quiero salir”.

Con todo esto era muy difícil que pudiéramos disfrutar del solecito cómodamente, sentadas al aire libre. Si lo hacíamos, teníamos que soportar que los pies quedaran sumergidos en el charco de agua. Y si cruzábamos el patio, pisando de puntitas, la cabeza recibía el goteo de la ropa que escurría hacia la espalda. Y había que cuidarse de estorbar a la que lavaba los trastes, quien iba cargando enormes peroles que le obstruían la visión, y podrían terminar nuestros días, aplastadas por la torre de cacharros.

Por eso yo prefería no salir y disfrutar mi dormitorio: el único. Tenía cinco camas de tres niveles cada una. Al fondo, había un bañito de un metro cuadrado, con una taza y un lavamanos, donde teníamos servicio de lavado de nalgas mientras hacíamos nuestras necesidades. De los barros de la ventanita de 30 por 50 centímetros colgaban tangas, calcetas, calzones y calzonzotes que escurrían hacia nuestras descubiertas y rechonchas pompas. Así, también el baño siempre estaba húmedo.

De todos lados colgaban bolsas con ropa, con material de trabajo, con hilos, con despensa... En el piso había cajas, y debajo de las camas y la mesa, rafia, mallas, estambre... y cucarachas que salían de una bolsa y se metían a un zapato. Había que revisar cada zapato antes de ponérselo, costumbre que no puedo olvidar. A ese lindo lugar –donde viví tres años, ocho meses, ocho días– agrégale cobijas, dos ventiladores, cinco televisiones chicas y dos grandes. Cinco muebles de un metro de alto, una mesa, almohadas, colchones y 50 mujeres. Divino, ¿no crees?

ACOSTUMBRARME, NO

Guadalupe Salazar

TENGO QUE ESCRIBIR de cuando llegué aquí, hace 15 días. Un cúmulo de sensaciones se me agolparon todas juntas: miedo, mucho miedo; tristeza, mucha tristeza; dolor, vergüenza...

Entré a un mundo paralelo al sentir el impacto de los ruidos, de esos gritos atronadores, agresivos, agudos, estridentes. Aun para pedir algo es a gritos. Aquí las emociones están a flor de piel. Cualquier comentario, por sencillo que parezca, se magnifica, crece, enardece. Abruman esas voces penetrantes con sonsonetes. Cada frase es rematada con muchas majaderías, con palabras que antes no entendía.

No quiero que esto me absorba. Me preocupa que los gritos me ensordezcan. Esta es mi realidad, pero acostumbrarme, no. Por favor, no.

PASITAS

Guadalupe Salazar

CUANDO LLEGUÉ AQUÍ, hace un mes, hubo un personaje que llamó mi atención: alta, angosta, con lonjitas y una prominente panza bofa y estriada. Una cara muy pálida con manchas blanquizas, ojeras profundas muy oscuras, cabello fino, semilargo, sin peinar, y cuando hace frío, traía un gorro de estambre muy parado, en la coronilla. Tiene dientes grandes y amarillos. Vestía con playeras casi siempre cortas, enseñando la pancita, usaba pantalones más abajo de la cadera –guangos y arrastrándolos–, chanclas. Era de hablar lento, a gritos. Siempre iba de un lugar a otro. Todas le gritaban: “¡Pasitas!” Primero entendí *Pancitas* y se me hacía lógico. Y luego supe que era Pasitas porque casi siempre anda pasada.

De entrada, tuve mis reservas; no me simpatizó. Al paso de los días conocí la otra parte: es respetuosa, trabajadora, cínica. Se acerca de buen modo para vender sopa, zapatos, aretes, cremas, pastas... Casi todo usado. Y si no lo tiene, se le encarga y ya está: lo consigue.

—Ande, jefecita, aquí está; hágame el paro —dice.

—¿Para qué?

—Pues para mi piedra. Pues ya qué, ni modo, jefecita.

Un día le pregunté por qué estaba aquí. No me lo dijo, pero sí que saldrá el próximo año y que está portándose bien para salir. Sin embargo, después me dijo que ésta y otras cárceles han sido su casa por muchos años, que para qué se iba si no sabría a dónde ir.

Tiene un destacado lunar negro, poroso, grande y gordo junto a la nariz, en el lado izquierdo, tan grande como una ciruela pasa. Y el apodo también le viene de ahí.

DORA Y SU MUNDO

Guadalupe Salazar

AL DÍA SIGUIENTE DE HABER LLEGADO AQUÍ, por la mañana, gritaron: “A desayunar” Salí de mi celda pensando que me darían mi charola como lo había visto en las películas. Me formé en la larga fila, donde las internas me preguntaron por mi plato y mi vaso. Alguien me prestó un recipiente de plástico y un vaso. Me senté a comer al lado de una señora delgada, de piel quemada por el sol y cabello corto revuelto, quien comía en un recipiente de plástico de leche. Su aspecto era descuidado, sucio, ajado. Vestía de beige. Se expresaba con claridad, con congruencia. Era muy serena y hablaba muy quedito.

A lo largo de mes y medio siempre la vi caminar lentamente por todos lados cantando quedo, como al descuido; lo hace bien. Dice que su papá es abogado, pero a ella no la quiere porque quiso dedicarse a cantar. Un día frío la vi con un trapito de peluche en el cuello. *¿Como cuánto costará; será fino?*

Se llama Dora y la vemos hormiguitar de arriba abajo o tirada al sol, durmiendo. O con una bolsa de plástico

transparente, en los ojos, como si fuera antifaz y preguntando: “¿Así me reconocerán?”.

Se pasea y nos mira, tratando de saber la impresión que nos causa. A veces trae un plato de unicel en la cabeza, amarrado con un hilo al cuello, como sombrero para taparse el sol. Y corta el pelo. Uno no quisiera ser su clienta porque es muy sucia, pero como lo corta por diez pesos, tiene mucha clientela.

Duerme en el apando con otra compañera; tienen conflictos, pero –aparentemente– nunca pierde la ecuanimidad. Siempre hace comentarios lógicos, pero después se pierde en su mundo.

NOCHE EN BLANCO

Guadalupe Salazar

ANOCHE NO PUDE DORMIR porque me enfermé y se me espantó el sueño. Me pasé toda la noche escuchando ruidos, voces, música... Duermo en el suelo, en un rincón junto a los pies de las literas. Quienes duermen en cama se encierran con cortinas, cobijas o toallas que colocan con cables alrededor de su cama: su casa. Las tres señoras que dormimos en el suelo no tenemos casa. Dos mujeres se acomodan en el rincón; otra, junto a la puerta, que es una reja y todo el aire entra. Nuestros pies chocan al estirarnos. A mi compañera de junto le molesta profundamente que la que duerme al lado de la puerta estire los pies. Entonces, ella se enchueca tantito y los estira de mi lado. No me incomoda.

En las literas de arriba, la música sonaba fuerte. Las compañeras hablaban, reían, jugaban, sin que les importara el sueño de las demás. Jugaban hasta que los cuchicheos se convertían en jadeos. Y yo con temperatura, sudando, la mente loca escuchando ruidos afuera, que si espantan, que si me voy a quedar aquí toda la vida sin hacer nada. Me estiro: siento algo húmedo y viscoso en los pies. Me levanto y veo

espaguete por todos lados. Intento limpiarlos con papel. Todo apesta. No se puede. Tomo más papel y se embarra. Levanto los pies de mi compañera y veo más. Sigo limpiando. La de junto se incomoda; vuelvo a levantar los pies de la compañera, envueltos en cobijas. Y ahí estaba el vaso con espaguete que ella estaba comiendo en la noche. Levanto el vaso y lo tiro a la basura. Envuelvo los pies de mi compañera con su cobija; los dejo caer, y ni así despierta.

Vuelvo a intentar dormir... Más música, más jadeos. Veo a la compañera que se pasa, a las cuatro de la mañana, a su cama. A las 5:30 las custodias nos abren las celdas. Se termina mi noche en blanco.

PASADA DE RAYA

Guadalupe Salazar

EN MI CELDA, cada una tenemos –bajo las camas– un espacio de un cuadrito de ancho por cuantos cuadros abarque el ancho de la cama –tres o cuatro– para guardar tooodas nuestras pertenencias. En mi caso, una bolsa angostita de aladino con mi ropa (tres mudas), un garrafón de agua de cinco litros, un botecito –de los de yogurt– con mi pasta, cepillo, jabón y mis chanclas de baño.

A la compañera le corresponde poner sus cosas en el siguiente cuadrito, dos para ser exactos, porque comparte con su compañera de cama (las de la música y los jadeos) sus cubetas con trastes, parrilla, chanclas... Tanta cosa no les cabe y les molesta profundamente que yo me pase de la rayita. Ya hace como 20 días me habían reclamado que sus cosas no cabían, y yo apachurré más las mías. Ayer me volvió a demandar airadamente que me había pasado un centímetro de la rayita. Me molesté porque, entre paréntesis, siempre tiran su ropa sucia encima de mis cobijas, en el suelo. Y cuando les digo que la quiten me dicen que está sucia y no les cabe.

Revisé mis cosas y vi que no me había pasado de la rayita. Ella decía que sí; yo, que no. Le dije: “Voy a pedir un *masking tape* fluorescente para marcar la rayita, para que vea que no me paso”. ¡Ya me tiene harta con sus estupideces!

Y que se molesta. Conste que no le dije ninguno de los términos altisonantes que aquí se acostumbran. Fue con las custodias para acusarme por la ofensa tan grande que le había hecho. En fin, si me castigan por haberme pasado de la raya, ya les estaré contando.

CAZADORA DE RATAS

MSK

EN 1996 INGRESÉ A ESTE LUGAR por primera vez. Soy reincidente, por robo con violencia. Yo era muy inquieta, me comía el mundo a puños. Todo era felicidad y nada me importaba más que mi desmadre. Sólo estuve 10 meses. Se me hacía muy solitario. Éramos muy pocas chicas malas, como 24 o 27. Se veía más abandonado; había mucho polvo y bichos. El patio que hoy tiene cemento era de tierra; se veía horrible. Cuando jugábamos voli hacíamos un lodazal. Al terminar el juego subíamos a nuestras celdas, llenas de lodo.

Otras chicas y yo éramos de las más traviesas; claro, yo las superaba. Parecía demonio de Tasmania. Por doquier, el penal me tenía miedo; juntaba arañas, gusanos, animales muertos y los amarraba con un hilo y me ocultaba debajo de la escalera por donde todas, forzosamente, tenían que bajar. Ponía el animal atravesado con el hilo y, poco a poco, lo jalaba; siempre lograba espantar a las chicas. Entre gritos, carcajadas y manotazos me correteaban.

Las custodias no eran la excepción. Les decía, *mire* y abriendo las manos lanzaba el animalejo hacía arriba. Y ellas

pegaban tal grito y brinco que me castigaban por semanas. Los solares eran míos. Empiezan donde terminan las últimas escaleras, donde hay dos baños que en fin de semana ocupan las visitas. Unos lavaderos, cuatro teléfonos, dos mesas largas de cemento y fierro y una quesque tiendita donde nunca hay nada. Hay una gran puerta sucia por el polvo, para salir al patio, que también abarcaban los terrenos que tenía que mantener limpios.

En el cubículo, donde están las monas, custodias, tenía que lavar, trapear y barrer. Los baños eran —y siguen siendo— asquerosos, apestosos: burbujaban. Siempre tapaba mi boca y nariz con la sudadera, sobre todo cuando levantaba los papeles con excremento, las toallas sanitarias chorreando agua y sangre. Casi me vomitaba. Con el tiempo, me volví una experta con la escoba y el jalador. Ya le había agarrado el modo. Ah, y para rematar, tenía que lavar sus trastes.

Esto lo digo con coraje porque siempre he pensado que yo no soy gata de ninguna de ellas, las de negro. A la custodia Verónica —de mediana estatura, morena clara, pelo quebrado muy extravagante— le encantaban los colgadijos: pulseras, anillos, cadenas... Su voz era ronca e imponente.

—Quiúbolas, culerita —me decía cuando me la topaba—. ¿Ahora quién es tu nueva víctima? —y sonreía.

—Chale, Vero, a usted no se le pasa nada, ¿verdad?

Creo que le caía bien, pero a veces me ganaba un castigo. Había noches en que me tocaba la puerta de la celda y me gritaba: “Sáalele con tus utensilios de belleza”. Se refería a la escoba y el jalador.

Yo ya sabía adónde iba. Me llevaba al patio trasero a ejecutar ratas con la escoba. Y como no había pavimento, había muchos hoyos debajo de la bardotota. Al lado de los tendedores había demasiada vegetación; hacia arriba se ve

muy cerca una torre con custodio, cuidándonos día y noche, como si pudiéramos escaparnos de esta madre. Chelis me acompañaba. La custodia pegaba de gritos cuando veía una rata. ¡Por Dios que parecían conejos! Chelis era más astuta para golpearlas. A mí, la verdad, me daban miedo; salía una y casi me subía encima de Chelis, pero me controlaba la presión de las custodias: “¡Pégales, pégales!”.

Y del coraje empezaba a desquitarme con las cochinas ratas. Hubiera querido que fuera la custodia para aplastarla de un escobazo. Nunca logramos acabar con ellas; eran miles saliendo por todas partes, producto del basurero que estaba aquí cerquita y queapestaba a rayos.

Una noche que regresábamos de Servicio Médico, venía con nosotras Araceli, una custodia alta, fortachona y agradable. Ya habían encerrado a todas las internas. No había ruido y las celdas tenían candado. Subíamos las últimas escaleras de arriba, donde hay un pedazo de cemento y una ventana con rejas que da al patio trasero que siempre está cerrado; sólo se veía basura y nidos de golondrinas, vegetación y el basurero. Y nos topamos con una ratota que iba bajando mientras nosotras subíamos. Todas gritamos, hasta la custodia. La rata se espantó tanto que pasó rápidamente por nuestros pies.

Ahora espero tener mucho dinero para el futuro porque como cazadora de ratas me moriré de hambre. Y de ratera soy un fracaso.

GATITO, MEN

Gloria Catalán Delgado

QUÉ LINDOS SE VEN corriendo por el patio esas bolas de pelos: esponjositos, lisos, pardos o rayados; grises, negros, amarillos. Gracias a estos animales nos libramos de las ratas. No entiendo que vivan rodeados de tanta inmundicia, en la coladera y entre la basura, sin los cuidados necesarios. Un animal necesita vacunas y cuidados, cosa que aquí no se les da. Los gatitos viven en Restringida. Su hogar son las coladeras. Ahí las gatas tienen a sus crías. Por eso, desde recién nacidos, tienen infecciones en los ojos. Y aunque mis compañeras se los han limpiado con manzanilla, no se han curado.

Algunas gatas consiguen colarse hasta las celdas, debajo de las camas, para tener a sus gatitos. Las compañeras se dan cuenta hasta que los escuchan chillar o maullar. En ese momento, ellas sacan sus cosas para sacarlos y ponerlos en una caja y los llevan a un costado del comedor. La gata los encuentra y ahí se queda, alimentándolos hasta que van creciendo.

En ocasiones, las chicas los adoptan. Los bañan y les dan de comer y los cargan, mientras están chiquitos. Lo malo es que se orinan por doquier y huele mal. Y las únicas amoladas son

las personas que hacen talacha. A mí me gustan mucho cuando están pequeños, pero no puedo estar cerca de ellos: su pelo me provoca urticaria. Sólo me gusta verlos de lejos y simulo querer agarrarlos. Y les grito: “¡Gatito, men; men, gatito!”. Observo todo lo que hacen: juegan, trepan la malla, buscan su alimento entre la basura, pelean, se cortejan y se aparean.

Un día de visita, mis sobrinitos y yo veíamos cómo un gatito recién nacido buscaba a su mamá. Estaba en Restringida, maullando, con los ojos cerrados. Creí que la gata lo había olvidado. Carmen trajo una escoba y lo colocó en el cepillo; lo transportó hasta donde había pasto. Me distraje platicando con mi hermana.

—¡Se lo va a comer! ¡Tía, se lo va a comer! —escuché de repente el grito desesperado de los niños.

Corrí hacia ellos y vi a un gato grande.

—No se asusten. Es su mamá —les dije—. Lo está oliendo para ver si es su hijo y se lo va llevar con su boca porque no puede cargarlo.

Pero el gato comenzó a comerse al gatito.

—¡Te dije, tía!

Los niños comenzaron a gritar para que el gato lo dejara. El gato se lo tragó todo. Los niños empezaron a llorar. Sólo los abracé y me los llevé al otro lado del patio para que jugaran y olvidaran al gato que había comido gato.

NUEVE VIDAS

Brisa Rivera Caville

DESDE QUE ESTOY EN LA CÁRCEL, un año seis meses, se me hizo fantástico que dejaran vivir aquí a los gatos. De no ser así, sólo tendríamos caracoles, chapulines, gusanos y una que otra lombriz. Si nos dejaran rascar la tierra encontraríamos más, pero las custodias pensarían que intentamos cavar un túnel.

Los gatos son muy notables; los veo cuando voy por mi comida, en el comedor de arriba o en el de la planta baja. Cerca de Cubil de Custodias hay dos botes de basura, ese es su lugar favorito, cómodo y desestresante. A la izquierda, donde están los tendedores, acostumbro echarme sobre el pasto como gato para meditar u olvidarme de que existen tantas mujeres histéricas gritando por el penal. Creo que los gatos y yo nos ponemos de acuerdo para disfrutar del agradable silencio, del sol y del canto de pájaros despistados.

Los gatos despiertan con hambre; con pereza se acercan cautelosos a su presa. Son sigilosos y elegantes como panteras. Me da tristeza verlos en los botes de basura buscando sobras de comida. Sus juegos podrían parecernos bruscos; incluso nos hacen creer que son enemigos y rivales. Me agrada que

tengan nueve vidas. Qué maravilla. Pero no quisiera ser un gato encarcelado en mi otra vida.

LAS MOSCAS: COMPAÑERAS DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

Rocío Ventura

EN LA COMIDA DAN VUELTAS Y vueltas hasta lograr su propósito: probar antes que yo. Es tanto mi enojo que parece que estoy loca hablando con ellas. Hasta la madre les miento o las maldigo con un coraje que sale desde mi estómago. Alguien me dijo que se enamoran de uno. Un sábado se me ocurrió pedirle gel a Fabiola.

—Pero no sirve, Chío. Le puse azúcar y no quedó.

Como era tanta mi necesidad de aplacar mi pelo, me lo puse. Y durante la visita, la cabeza la traía con un mosquero que zumbaba como bafle. No se iban con nada. Creo que no dejé de golpearme la frente hasta que bajó el sol. Mientras tanto, mi hijo revisaba su ropa. Porque también hay laicos, piojos blancos, que no dejan en paz a mi muchachito. Me puse a buscarle en su playera. Parecía changa con su lindo changuito.

Llegando al dormitorio, me dormí. Cuando desperté me quedé viendo hacia la litera de arriba; a los lados había como 20 moscas. Nuevamente comencé a pelear con ellas. No las mato; me dan asco. Pero qué van a entender; me toreaban

como pequeños avioncitos hasta que quedó una que otra. Mejor me senté a coser algunas ropas. Y por monotonía y costumbre me las alejaba con la mano. Con el pelo lleno de gel y azúcar, las pinches moscas seguían pensando que yo era la calaverita de la ofrenda.

UN ODIOSO INSECTO

Gloria Catalán Delgado

LA MOSCA ES FASTIDIOSA: vuela de aquí para allá, molestando a quien se le ponga enfrente. Se para en la comida sin importarle si antes estuvo entre la basura o en un cadáver, por lo que traslada sus bichos entre las patas. Y la muy descarada deposita sus huevos en nuestros alimentos. Y ni cómo erradicarlas. Hemos intentado todo, desde poner bolsas con agua en las ventanas y puertas para que no entren, pero pasan como Juan por su casa. No me dejan ver la tele y cuando intento matarlas, me presienten y se echan a volar.

A estas alturas ya debería estar acostumbrada, pero es difícil convivir con ellas. Cuando salgo al patio, revolotean entre la basura y sólo exclamo: “¡Cuántas moscas hay! Qué horror, cuándo se acabarán”.

Un día, Olivia y yo estábamos sentadas en el patio de enfrente; había un charco de agua junto a una coladera, y nos pusimos a observar a las moscas que trataban de salir. Revoloteaban sus alas, pataleaban. Escogimos dos moscas para ver si sobrevivían. Las moscas seleccionadas no dejaban de luchar para llegar a la orilla. Una quedó a la mitad; ya no

pudo avanzar. No sé si se ahogó o qué pasó con ella. La mía logró salir, pero ya no reaccionó. Algo aprendí: hasta un odioso insecto lucha por sobrevivir.

LAS CHINCHES, ESAS DESCONOCIDAS

Vianey Rangel Villegas

LOS PRIMEROS TRES DÍAS que pasé aquí, dormí todo el cansancio acumulado. Me despertó el piquete de un insecto.

—No la avientes: ¡mátala! Es una chinche.

—¿Qué es eso?

—¡Pues eso!

Me quedé observando al animal color óxido, del tamaño de una lenteja, mientras yo caminaba como loca. Mi compañera la agarró con papel de baño y la mató. Después prendió el papel, argumentando que a veces revive.

Miraba las paredes y los techos, y me di cuenta de que las cucarachas se paseaban más tranquilas que las internas. Yo las miraba y gritaba de terror y repugnancia. Algunas de las compañeras se compadecían de mi fobia y las mataban. Para completar el cuadro de mi desgracia, la vida envió una mosca aquí; otra allá; otra por acá y muchas a mi alrededor. Mas no conforme con eso, había un olor a basura penetrante que taladraba las fosas nasales.

Además, debía soportar los remordimientos de consciencia, sentirme como extranjera, la soledad, las

preguntas y el acoso sexual de las compañeras. Todo esto me fue hundiendo en un abismo en el que me perdí no sé cuánto tiempo. Pasaba los días acompañada de las cucarachas, moscas y chinches.

Un día, desesperada por la sensación de patitas en la espalda, me quité la playera y saqué una chinche gorda que, al matarla, soltó mucha sangre. Por primera vez percibí su hedor: óxido con sangre seca. Las náuseas invadieron mi existencia.

En la tarde, sentí patitas en las piernas; me quité el pantalón y encontré otras dos chinches bien alimentadas. Al anoecer, hice una revisión en mi camarote –ropa, cobijas, colchón– y reuní varios bichos. Les estaba perdiendo la fobia.

De madrugada había patitas aquí, patitas allá. *Ya no soporto. Estoy hasta la madre. ¡Dios, si ya no tengo perdón, no más castigo. Al menos dame el beneficio de la muerte! Me asomé hacia abajo y calculé cuatro metros de altura. ¿Me tiro? Sí, me tiro de cabeza. No es necesario encomendar mi espíritu: está perdido. ¿Mis hijos?, ellos están bien. Todos los seres humanos aprenden a vivir con su realidad; lo mejor o, quizás lo peor, es que no tengo padre ni madre ni perro que me ladre. ¡Qué pinche vida! Se ensañó conmigo. ¿Por qué, en este momento, no quiero llorar? Creo que estoy lista.*

Volví a asomarme. *Tengo que caer de cabeza si quiero lograr mi objetivo.*

Y así llegó la hora de la lista, las 5:30. En ese momento me invadió la ira. *No bajo a la lista*, me dije. Pero las compañeras me gritaron, así que me sentí obligada a bajar.

—Mañana voy a encargar un insecticida.

—No, güera: está prohibido.

Tuve que conseguir un permiso con el director para pasar unos insecticidas que se quedaban en consigna, en Cubil de

Custodias. Lo usé todo el mismo día para fumigar la celda; el otro, tres o cuatro veces, un poco. A la quinta vez estaba vacío. Nadie supo cómo y ya no pude obtener otro permiso.

Ahora ya no les tengo asco ni miedo. Siguen siendo castrosas. Y como no hay insecticida yo soy la trampa; cada vez que identifico que algún insecto me ronda, duermo desnuda. Me espero a que pique una vez. Y cuando se prepara para la segunda, ya estoy preparada para darle fin.

MARAVILLAS

Maribel Reyes Gutiérrez

EN LAS TARDES, CUANDO OSCURECE, puedo apreciar el cielo de aterciopelada luna, con miles de estrellas que cambian de lugar o desaparecen. El patio trasero es el espacio más hermoso de este lugar. Veo atardeceres anaranjados rojizos con nubes de infinitas figuras, aves apuradas recolectando el último bocado para sus crías antes de que oscurezca, parvadas que forman un arco con flecha. Nunca falta el pájaro despistado, rezagado.

En las mañanas, me encanta el lugarcito que está frente a Cubil de Custodias, donde algunas compañeras sembraron plantas y flores. Todos los días me siento ahí, sobre el cemento. Llegan varios insectos de colores metálicos pequeños. A veces vienen colibríes ansiosos, de alas como rehiletes verde-rosa-azulado.

Enfrente de donde me siento hay una barda con alambrado de púas. En las tardes, entre las cinco y las seis, ahí siempre se posa un pájaro rojo que canta como un dios. Dice una compañera que es un cardenal. Sé que detrás de la barda, pasando las dos calles, hay un pirul; supongo que ahí vive.

Cuando camino por el patio trasero puedo admirar el basurero que ya cubrieron. Se ve cómo pasan varios carros a lo alto. Hasta un perro puede verse; parecen pequeños. *Cuando salga voy a subir hasta allá arriba para mirar hacia acá. Y podrán mirarme las compañeras aunque no sepan que soy yo.* También puedo apreciar los aviones; a veces dejan una raya muy grande de humo, que se confunde con las nubes.

Siento el aire que pega en mi cara, con fuerza. De tanto admirar la noche, subo a mi dormitorio con la cabeza despejada y la nariz fría, como de perro. Escucho música, apago la luz y me recuesto. Cierro los ojos y veo este pequeño espacio que me reconforta por la tranquilidad que me da cuando releo mis escritos.

Los lunes puedo apreciar el olor a rosas que suavemente emana de la escritora que está poniendo atención a las experiencias que relatan las compañeras. En el taller, unas ríen y otras lloran. Salgo relajada. No me gusta comentar nada de lo que escucho en el taller; es algo íntimo y personal de quienes deseamos dar algo. No hay mayor alegría que tomar una pluma y escribir un texto y expresar lo que siento o traigo atorado y no había podido sacar. Si alguien lo lee, sé que le servirá para no hacer pendejadas irremediables.

El penal de Chiconautla es pequeño y está rodeado de bardas muy altas. Y todavía le agregan mallas y alambros enrollados con púas punzocortantes. Hay torres con custodios impertinentes en cada una de ellas. Ellos, como yo, admiran la belleza femenina. La diferencia es que él no puede bajar y tomarlas del brazo, como yo. Eso me causa un poco de risa. Al anochecer, hasta la torre con su custodio –hombre de negro y gran lámpara giratoria encendida– se ve poética.

En mi camarote, cuando ya todas duermen, por la ventana de mi celda –que siempre está abierta– escucho el aire y asomo

la cabeza. A lo lejos se distinguen muchas luces que caminan; deben ser autos. Cuando hay algún día festivo admiro los fuegos artificiales: fuentes de agua colorida. *¿Qué festejarán?*, pienso. Y me veo caminando sobre una calle inmensa, viendo los puestos de panes: largos, redondos, con flan en medio, de color rosa, con ajonjolí. Y también miro los elotes preparados con mayonesa, queso y chile; los algodones de azúcar de varios colores; los tacos, tostadas, esquites, y los grandes puestos con tablas de hoyos y canicas, con números y dardos para reventar los globos y ganar un muñeco o cerámica. Observo la rueda de la fortuna, los carros chocones, los columpios voladores y el carrusel con caballitos. Fuera de la iglesia festejada estará el castillo de donde saldrán cohetes por todos lados. Las fuentes de colores se expandirán en el cielo como si lloviera lumbre. Y desde aquí las miraré.

Los tiempos de lluvia me encantan; verla caer en las noches, escucharla. El frío de la brisa me alcanza a tocar la cara: fresca y reconfortante. Los grillos no se cansan de cantar; parecen orquestas. Me los imagino formados, flacos, con sus patitas en forma de z, camisa blanca con moño, saco negro, elegante. Deben de ser felices. A veces me duermo muy avanzada la madrugada, disfrutando su serenata.

No me da miedo la vida porque para eso Dios nos la dio, para disfrutarla, para vivirla, no para amargarme o llorarle al pasado. Mientras viva, todo tendrá solución. Si muero, jamás volveré a admirar las maravillas que relato. Pero si hay vida más allá, juro que la disfrutaré. Tampoco me dan miedo los fantasmas que dicen andan por aquí. Si los llegara a ver, tendría material para escribir.

UNA OFRENDA DE VERDAD

Jessica Nochebuena

CUANDO ESTABA RECLUIDA en Cuautitlán, a mediados de octubre nos informaron que debíamos montar una ofrenda, pues habría una competencia y había que hacer un buen papel. La profesora nos dio papel de china de varios colores, cartulina y pliegos de papel crepé para hacer las flores de cempasúchil. Y pusimos manos a la obra: unas recortaban flores; otras, el papel picado. Y algunas, con la cartulina, hicieron tubos a modo de velas, pegándoles un triángulo de papel amarillo para semejar la mechita prendida. La verdad, la ofrenda daba lástima: no había fruta ni dulces ni nada digno para el muertito más conformista.

Mientras intentábamos ver el lado amable de nuestra ofrenda, el comandante pasó a la cocina a disfrutar de sus alimentos. Inmediatamente fue cercado por un enjambre de internas que le pidieron su autorización para que la cocinera saliera a comprar un poco de fruta, un anafre pequeñito, algo de copal y flores de verdad. Después de burlarse un rato de las cartulinas convertidas en veladoras, aceptó. Corrimos a organizarnos al dormitorio para hacer la coperacha; no se juntó mucho dinero.

La cocinera regresó 15 minutos antes de la hora límite que nos habían dado para que pasara el jurado a calificar. Rápidamente sacamos el anafre y dos expertas comenzaron a prenderlo. Amalia y yo sacamos las flores de cempasúchil; deshojamos algunas y acomodamos otras en vasos de plástico con agua. Cuando saqué las últimas flores de la bolsa rodaron dos tejocotes con manchas negras, dos manzanitas amarillas y dos plátanos.

—¿Qué es esto?

—Ay, niña, no esperarías que me alcanzara para más. La flor y el anafre salieron bien caros. Y di que traje esa frutita porque me la regalaron —me contestó la cocinera al tiempo que se daba media vuelta. Tomé una de las manzanitas y le di una gran mordida.

—¡Uy, mana! Yo quería al menos comer una manzanita o, de perdis, un platanito... No mames. Hasta ganas dan de chillar —me dijo Belem, cruzando los brazos.

Acomodamos la fruta en un plato al centro de la ofrenda. El olor del copal era delicioso.

Al día siguiente había que hacer la talacha tempranito, antes de que llegaran las áreas técnicas a trabajar. A mí me tocó trapear el pasillo derecho. Iba bien armada con mi escoba y cubeta cuando vi, al fondo, una mesa con una ofrenda de verdad. Había como tres kilos de cada fruta: tejocotes, naranjas, mandarinas, plátanos, guayabas, tamarindos, dulces y hasta pan de muerto (durito pero, al fin y al cabo, pan de muerto). Todo estaba perfectamente acomodado. Miré que nadie estuviera cerca y, rápidamente, tomé una fruta de cada especie. Llené mis bolsas y regresé a Sección para vaciar mi carga. Varias de las compañeras vieron cómo aventaba las frutas al colchón, donde estaba Gaby, quien dibujó una enorme sonrisa y mordió una

manzana mientras me hacía señas para que siguiera aventándole lo que traía.

—¡Yo quiero una mandarina!

—¡Yo un plátano!

Salí corriendo y pasé por detrás de la custodia que regañaba a otra de las muchachas porque no se apuraba a secar las escaleras. Atrás de mí venían Jaz y Paty: “Te ayudamos, manita. Yo trapeo”. “Y yo sacudo. Córrele, córrele”.

Llenamos nuestras bolsas de fruta. Le dimos una pasada con la jerga mojada al piso y salimos corriendo, pues ya habíamos tardado mucho. Así acabamos con esa ofrenda. No fuimos egoístas porque repartimos el resto entre las demás muchachas. Al menos nos tocó de una por cabeza. Claro, yo me quedé con el pan de muerto, que me lo había metido debajo de la playera, atorándolo con el resorte del pantalón, a la altura del ombligo. Y en mi bolsa derecha traía un jarrito con algo cremoso, “para pasarme el pan”, dije. Quedé toda llena de azúcar y migajas, que sacudí después de haber pasado frente a la custodia. Disfruté mucho ese desayuno, como si hubiera acabado de salir el pan del horno y el chocolate con leche estuviera espumoso y caliente. Pasamos rápidamente, bien apretaditas las tres, para que no notara nuestros bultos.

Más tarde, la psicóloga nos visitó en el dormitorio y nos preguntó: “Mujeres, ¿no saben de qué panteón vinieron los muertitos por la noche? Porque se llevaron toda la fruta. Yo sólo quiero que me devuelvan el jarrito de barro que tenía leche con chocolate”.

Todas nos miramos y nos aguantamos la risa. Al día siguiente, en una escapada, le devolví el jarro, ya bien lavado, con una hojita que decía: ¡*Gracias. Buuu!*

DÍA DEL NIÑO

Jessica Nochebuena

ESTABA EN MI CELDA, ESCUCHANDO la música que sería puesta el fin de semana, en la visita, para festejar el Día del Niño. Las mujeres de la celda 13 bailarían una canción de Tatiana; ya habían cosido sus faldas de papel crepé. Otras prepararon un *sketch* de la escuelita. Larissa puso una coreografía para 20 rumberas. Las de la celda nueve –que año con año organizamos este festival– bailaríamos la vecindad del Chavo; yo sería el profesor Jirafales. Desde hacía un mes veníamos recolectando dulces de los postres que nos dan aquí. Pedimos globos, confeti y más dulces a las compañeras.

Teníamos cinco piñatas elaboradas por las internas mediante un concurso organizado por la psicóloga Paty Ramírez, que antes trabajaba aquí. Sólo faltaban los últimos detalles. Yo tenía que elaborar mis lentes y un sombrero. Olivia y Ángeles ya tenían sus trajes de la Popis y la Chilindrina. Kiko estaba listo. Norma estaba pegándole rayas rojas a su playera blanca; ella sería el Chavo del Ocho.

Pasaban de las ocho de la noche y estábamos encerradas. La celda estaba de cabeza por tanto reguero. El director se

había puesto generoso y nos prometió poner dos pasteles: uno para el sábado y otro para el domingo. La administradora nos pondría las gelatinas para los peques que vinieran a visita.

Como a las nueve de la noche las custodias quitaron los candados: “Todas, abajo”, exigió. Rápido jalé mi chamarra. Por las escaleras se escuchaban murmullos: “Es cacheo”. Unas íbamos en pijama; otras, cubiertas de los hombros con toallas. Al llegar a la planta baja todo se calmó. El director y el comandante estaban de pie, frente a las 140 internas. Una vez silenciadas, nos empezó a explicar que la influenza ya no era epidemia sino pandemia, que la situación estaba muy crítica en el exterior y que por el bien de nuestra familia, se suspendería el festival y no se admitiría la visita de menores de cinco años y personas mayores de 60. No quería ponernos a nosotras en riesgo ni a nuestros familiares, obligándolos a salir de sus casas. Yo me preocupé mucho, pues tengo una pequeñita de cuatro años, que estaba muy emocionada por venir al festival.

Al día siguiente nos dieron un tapabocas por interna, el cual supusieron que nos debía durar 15 días, pues no nos volverían a dar otro. Las áreas técnicas –las maestras, la psicóloga y la trabajadora social– no se aparecieron por aquí. Los días de visita se veían muy tristes; sólo se permitía pasar un familiar por interna. Y a muchas ya no las venían a ver. Esto acarreó que no se pagaran las cuentas a quienes venden comida, o a las que hacen talachas: el penal estuvo muy pobre. Afortunadamente, esto se acabó el 10 de mayo y ya pudimos recibir la visita, todos con tapabocas.

Ya extrañaba a mi bebé y a mi madre, quien había estado enferma y no la habrían dejado pasar. Mi hija, escondida detrás de mi esposo, traía un ramito de rosas. A mi madre le regalé un cojín pintado y una caja de galletas que compré aquí.

Recibí la hermosa sonrisa de mi hija, algunos cosméticos y besos de mi marido.

El festival del Día del Niño sigue suspendido...

EL DESASTRE DE LA CELDA NUEVE

Jessica Nochebuena

EN MI CELDA nos toca hacer la limpieza conforme el orden de la lista. Yo soy la séptima de la celda nueve, que es la más grande y espaciosa de las 12 celdas restantes. Hay tres literas de tres camas cada una; entre cada litera hay un muy buen espacio. Mi celda debería ser la más cuca, pero el piso no ayuda mucho. Tiene una enorme mancha que lo cubre casi por completo; es oscura, de cemento, lo que la hace verse sucia.

Y si al piso manchado le pones encima botes con trastes o ropa, una caja por allá, un par de colchones extendidos a la entrada y chanclitas a un costado de cada litera... Hay un tenis frente a mi cama, que está al fondo, a un lado del baño, y el otro tenis está a un costado de la cama que está a la entrada. Hay un garrafón por la puerta del baño y unos zapatos negros estacionados en el centro de la celda. La jerga que debería estar extendida fuera del baño siempre está empapada, hecha bolas en una esquina.

En otras celdas dividen los espacios que hay debajo de la cama. Esta regla no es aplicable en mi litera; yo tengo una caja de plástico con ropa y el bote de yogurt donde guardo cosas de baño;

bien cabrían en los dos cuadritos, pero las tres que dormimos en esa litera nos llevamos muy bien y todo siempre está revuelto. Un día, mi bote puede estar al fondo de la cama, pegado a la pared; para la tarde, estará al frente, en la orilla opuesta. Y si no lo encuentro debajo de la cama, tendré que buscar en alguna otra. Nadie sabrá explicarme cómo llegó hasta ahí.

El baño siempre está inundado porque la llave del agua –con la que llenamos el bote para echarle agua a la taza– dispara por doquier. Y a todas nos da flojera, o llevamos mucha prisa, como para jalar el agua hacia la coladera de la regadera. Mejor preferimos entrar de puntitas y levantando el pantalón para evitar que se moje mucho.

Cuando salgo del baño –como la jerga está más mojada que mis tenis–, prosigo mi camino sin detenerme a secarlo. Las 11 mujeres que vivimos ahí hacemos lo mismo, por lo que el charco crece justo frente a mi litera. Y así continúa todo el día, hasta que a la compañera que le toca el aseo de la celda se apiada y procede a hacer su labor. Es el único momento en el que podemos ver despejada y oliendo a limpio nuestra gran celda.

Pero no nos dura el gusto: bastarán algunos minutos para que el baño recobre su olor a caño y calzones, toallas y playeras húmedas, calcetas que cubren el techo y paredes del bañito. La jerga, estirada –por fin– y seca a la entrada del baño parece sonreír. Será usada por dos o tres compañeras que entran al baño. Para la tarde, estará en su posición habitual: hecha bolas. Y como todas somos muy importantes y ocupadas –siempre tenemos cosas que hacer antes que el aseo–, la celda luce limpia, por lo general, a la una de la tarde. Pero si a la compañera que le tocó la limpieza tiene visita, bajará, y sólo hará el aseo después de las cuatro de la tarde. Por eso, mi celda es un desmadre todo el día.

TALACHERAS

Gloria Catalán Delgado

PARA HACER LA LIMPIEZA de este lugar, las custodias diariamente hacen una distribución de las áreas para realizar la talacha de plantas, cocina y aduana. La talacha de plantas: planta alta, planta baja, custodias, solares y patio. La de cocina: comedor, comida, limpieza y trastes. La de aduana: dos personas limpian la entrada principal, el área donde entra la visita y licenciados. La talacha se hace dos veces al día: en la mañana y en la tarde.

Las custodias tienen que repartir las talachas de acuerdo con el número de internas que haya en cada celda, entre 10 y 15. Pero a algunas no les gusta hacer la talacha y pagan a otras chicas para que la hagan. A quienes hacen este trabajo por paga se las llama *talacheras*. Se encargan de bajar a verificar si les tocó talacha y qué área les tocó. Son como 15 talacheras. Las internas que gozan de alguna incapacidad, por enfermedad, se salvan de hacer talacha.

A temprana hora hay que hacer estas labores. Las castigadas por las custodias pagan su falta con talacha: por no pasar lista o porque les contestan feo o si las ven platicando en Juzgados con los internos de varonil o si les encuentran

cartas dirigidas a algún interno. Los castigos varían de un día hasta un mes, dependiendo de la gravedad. Y hasta por jugar nos han llegado a castigar. Cuando las chicas no quieren realizar su castigo se lo dan a su talachera, que cobra entre 20 y 50 pesos, según el área. Su tarifa incluye el convencer a las custodias para que las dejen talachear.

Para mí, la talacha más pesada es la cocina. No me gusta cuando llega el abasto. Hay que subir costales de verdura, azúcar, frijol, arroz, garrafones de agua y carne que escurre mucha sangre. Hay que subir todo desde Cubil de Custodias hasta la planta alta. Y en el camino hay que ir lidiando con la población. Prefiero pagar para que me hagan esa talacha. Cuando me tocan las de planta, las hago. A muchas compañeras se les hace pesado asear los solares de afuera. Hay que sacar la basura; a veces, en ese proceso, van dejando el reguero y tienen que recogerlo. Los sábados y domingos la aduana está muy sucia por la comida que los custodios prohíben pasar y que las visitas se ven obligadas a tirar.

Entre las talacheras que trabajan para sobrevivir está mi amiga Chayo, que viene de traslado de Cuautitlán. A diario hace talachas. Desde temprano anda corriendo de un lado a otro. Realiza cuatro talachas al día. Cae rendida en las noches sin ánimo de ver televisión. El fin de semana anda tras las internas a las que les hizo la talacha; algunas no le pagan.

ESTAMPAS

Anónimo

YO TENÍA TRES AÑOS cuando mi mamá y mi tía se fueron al mercado. Mis hermanos y yo teníamos hambre y nos pusimos a hacer la comida. Matamos unos gatitos, los lavamos bien y los pusimos a hervir para hacer barbacoa. Dejamos todo bien sucio. Cuando mi mamá y mi tía llegaron nos tiraron todo lo que habíamos preparado. Y se pusieron a lavar la pileta de agua, que estaba en la cocina. Y aunque nos regañaron por lo que habíamos hecho, luego les dio mucha risa. Después nos bañaron y nos dieron unos dulces de leche.

A los cinco años era muy traviesa. Iba al gallinero y corría a las gallinas y me comía los huevos. Una vez mi mamá me sacó un pollito de la boca y me regañó. Me puse a llorar, pero mi primo me abrazó y me consoló. Jugamos a la comidita con galletas y agua. Luego jugué con los gatitos y acabé toda arañada; me dolía mucho. Me fui corriendo con mi mamá, y ella, riéndose, me curaba con alcohol y me soplabá: “Ya, mi niña. Eso te pasa por traviesa”. Yo no supe qué era tener papá y eso me duele mucho. Mi mamá nunca me habló de él. Ella era papá y mamá para nosotros. Ella iba a trabajar para

sacarnos adelante. Yo hacía la comida para mis hermanitos más chicos. Cuando ella llegaba de trabajar yo le calentaba la comida. Ella me decía: “Ya, mi niña, deja eso; yo me sirvo de comer”. Por todo esto yo quiero mucho a mi mamá, pues ella dio la vida por todos mis hermanos y por mí.

Cuando yo tenía seis años mi mamá cambió mucho conmigo. Me trataba mal. Yo sentía que ya no era la niña consentida. Por eso inventé un amigo. Con él yo podía jugar todo el día porque él sí tenía todo el tiempo para mí. Un día, un ángel me habló al oído y me dijo: “No es que no te quiera; no tiene trabajo: por eso está enojada”. Como yo no quería que mi mamá se preocupara por nosotros me salí al mercado para ayudarles a los señores que tenían puestos. Y yo llegaba con dinero para que todos mis hermanos comieran. Y mi mamá se ponía a llorar.

Eran como las ocho de la noche cuando me agarraron. Ya me había puesto mi ropa para dormir. Tocaron a la puerta y una vecina fue a abrir; le preguntaron por mí. Yo no sabía por qué los judiciales me detenían. A mi esposo y a mí nos llevaron a los separos. Ahí empezaron a hacernos preguntas. Me preguntaban por qué había entregado a mi hija a su padrastro, mi esposo, para que se metiera con ella. Yo no sabía de qué me estaban hablando. Me decían que yo ya sabía y que la niña les había dicho que yo se la entregué en sus manos. Me pegaban para que yo les dijera la verdad, hasta que le sacaron la verdad a él.

Mi esposo les dijo a las autoridades que mi hija le decía que le gustaba como hombre. Y a él también le gustaba ella. Desde ese día estamos en este lugar. Mi hija me odia como se odia a una rival de amores. A lo mejor por eso me acusa. Y más enojada está porque ella también está encerrada en un albergue para niñas. Todos estamos encerrados: mi esposo, ella y yo. Mi mamá nos acusó de perversión de menores.

ESCLAVA DE LA RUTINA

Gloria Catalán Delgado

MI HOGAR SE VOLVIÓ UNA JAULA de oro donde yo me sentía reclusa. Un día, Mariano y yo íbamos por la carretera Texcoco hacia Ecatepec, a la altura de la termoeléctrica. Me fijé en el cerro donde estaba el reclusorio y pensé: *¿Cómo será la vida ahí adentro?*

—¡Creo que sería más libre en ese lugar! —exclamé.

—Estás loca —dijo mi marido, sin darle importancia al comentario que me salió del fondo del alma.

Me asaltó ese pensamiento porque me había vuelto esclava de la rutina. Llegué a sentirme tan sola que hasta dejé de sonreír. Me cargué de todos los problemas y de la enfermedad de mamá.

Aquí descubrí un nuevo estilo de vida. Ahora me sobra tiempo. Claro, hay que hacer la talacha del cuarto, la limpieza de nuestra estancia y la talacha de la cocina. Tenemos escuela, la cual nos hace participar en bailes, actuar en obras, cantar, etcétera; actividades que ni pensaría en realizar fuera. Trabajo Social imparte distintos talleres; estoy cursando el de escritura en el cual me siento muy bien. Me refugio y puedo expresar lo

que sucede en este mundo y lo que siento. Aquí descubrimos que tenemos talentos. Yo no sabía cómo relatar o expresar muchas de las cosas que acontecen en la cárcel. Cuando se inició el taller no sabía si iba a poder cumplir con los requisitos que la escritora Josefina Estrada nos pedía. Hasta el día de hoy me siento satisfecha. Me ha llegado a interesar tanto que sólo espero el día lunes para asistir al taller y escaparme de la rutina de la cárcel.

Mis compañeras tienen tan buenos relatos que nos hacen llorar o reír. Ahora lo único que nos hace falta es la familia. He aprendido que para todo hay un tiempo, el cual tenemos que vivir al máximo, que no somos un objeto sino seres que necesitamos un tiempo para nosotras, para descubrir que tenemos la capacidad de hacer lo que nos propongamos: un bote de rafia y malla o cualquier manualidad, o hasta ser escritora, cuentacuentos, cantante o bailarina.

MI NEGRA QUERIDA

Maribel Reyes Gutiérrez

MI NEGRA ES MI MEJOR AMIGA y alcahueta. Es la única que me tapa mis puterías. A veces me chantajea con cositas insignificantes. Por ejemplo, ella hace tiradero en mi cama y cuando Carmen llega, le dice: “Fue tío Meño”, como ella me llama. Y con señas me da a entender que si no me reconozco como la autora del tiradero, me acusará de que me vio de puta por ahí con otra. Y hace movimientos con la mano, como si tocara la guitarra, riéndose. Es encantadora, aunque tiene un genio de los mil demonios.

Mi Negra se llama Ivonne Suaste Sánchez. Ingresó el 21 de noviembre de 2004 con una sentencia de diez años, siete meses, por robo a casa habitación. Lleva cuatro años recluida. Es morena, alta, de pelo larguísimo hasta las piernas, ojos expresivos y bonitos, boca carnosa y antojable, manos bonitas con uñas largas. Llegó de traslado el 8 de abril de 2008, el cumpleaños de Ángeles, mi amor. Cuando Águeda la vio, me dijo: “Llegó mi novia”.

Mi Negra se mantuvo encerrada los primeros 15 días. La vi por primera vez, parada, afuera de la celda siete, sobre

el último escaloncito. Paliducha, con cara de mala, mirada penetrante. Me llamó mucho la atención su pelo y un tatuaje en el cuello. *Poli. Es muy bonita. Esa Águeda es una rayada*, pensé. A los pocos días la pasaron a la celda uno. Esa noche cenamos con ella Águeda y yo, los hombres de la casa.

Se quedó en la cama de abajo, en mi hilera. Yo duermo arriba. En los primeros días anduvo para todos lados con Águeda hasta que ésta entró a trabajar en la cocina. La Negra se subía, en las noches, a mi cama para ver la televisión. Águeda me la encargó. Mi nueva amiguita era grosera y mamona. Bajábamos a caminar al patio trasero. A todos lados me acompañaba; hasta nos bañábamos juntas. Y fue contándome su vida.

Ella tuvo su primer hijo con un chavo con el que se juntó a los 13 años. No le da pena decirme que lo dejó por otro ruco que cogía más rico, porque su marido no sabía coger. Después conoció a otro al que le decían el Poli, el cual le propinaba unas golpizas que le dejaba los ojos de cotorra y la cara hinchada y sangrante. Y aun así lo quería muchísimo.

El papá de mi Negra es el Muñecas: gordo, moreno y se ve muy malo. Le dijo que dejara a ese buey porque iba a matarlo.

—Si tú lo matas, yo me mato junto con él, te lo juro —le contestó ella.

—Entonces, ¡chíngate, por pendeja!

Su mamá también le rogaba que dejara a ese tipo: “No lo voy a dejar —le respondía—. Prefiero irme de la casa. Y si quieres demandarlo, hazlo. Pero mientras yo no ratifique la demanda no pasa nada”.

El Poli la engañaba y le pegaba por cualquier cosa, o por celos. Pero ella le rogaba que no la dejara. “Nadie más se fijaría en ti; sólo yo, porque estás bien culera. Vete”, le decía el buey y le escupía la cara.

Hasta cuando cogían le pegaba: “Yo aquí, cogiéndote, y tú has de andar revolcándote con toda la bola de culeros esos”.

Se refería a los amigos de ella. Al cabo del tiempo, mi Negra aprendió a responder a cada uno de los golpes. Una noche, sus amigos le hablaron por teléfono para invitarla a una tocada.

—¡Qué onda, Negra! ¿No vas a venir al toquín?

—No. Poli me dijo que lo esperara. Va a pasar por mí.

—Estás bien mensa. Si ese güey ya tiene rato aquí. Está con la otra beso y beso. Y tú, esperándolo.

Furiosa, abrió el ropero y sacó una escuadra 22 automática, cromada, de 12 tiros, y la metió en la bolsa derecha de su chamarra. Su mamá, espantada, quiso detenerla, pero no pudo: “Ay, Ivonne, tú sabes lo que haces. Que Dios te acompañe”.

Llegó a la tocada y preguntó: “¿Dónde está?”. Y le mostraron que al lado de las bocinas estaba su hombre embriagándose con una chava. Se acercó a ellos y dijo: “¿A poco sí, culero? Yo, de idiota, esperándolo, y usted, bien pasado de verga”. Sacó la pistola. El Poli palideció y la chava con la que estaba intentó tranquilizarla: “Cálmate, Ivonne, por favor”.

Uno de sus amigos la hizo a un lado: “Tú, ábrete; este pedo es de ellos dos”. Ivonne le soltó el primer balazo en la pierna derecha, y el segundo, en el pie izquierdo. Lo dejó tirado. Ella se fue a su casa. En seguida le habló al Muñecas, su papá, quien le dijo: “¡Vaya, hasta que abriste los ojos! No quiero que salgas de la casa, ¿oíste? No quiero que te agarren”. Parece que su papá tiene influencias y salió bien librada de esa acción.

Cuando llegó, yo sentía feo de verla desesperarse por la falta de dinero. Su esposo se llama Edgar y le dicen Chivo. La engañó cuando él estaba recluido en el Reclusorio Norte por robo y narcomenudeo. Cuando salió le pidió perdón. Mi Negra dice que es un buen tipo, pero que el culo lo traiciona.

Por tres meses no vino a verla. Ella lloraba y dormía todo el día. Mi Negra no olvida todo lo que hice por ella en esos días. Actualmente, ella cuenta con el apoyo de su familia. Si no le manda dinero su madrastra, le manda su mamá o su papá.

Es muy agradecida, parece una esposa complaciente. Si tengo hambre me hace de comer. En la noche vemos la televisión, jugamos y nos divertimos. Si ve que estoy triste me agarra a besos, me abraza y me consuela. Entre broma y broma le digo que no me gusta que se junte con las drogadictas.

Ahora su esposo ya viene a visitarla cada 15 días. Su familia le deposita el dinero a Ángeles y ella se lo trae. Tiene tres hijos: dos niños y una niña. Su esposo la adora aunque se hablan con muchas groserías. A mí se me hace raro que hasta los niños se expresen así. Pero de ninguna manera puedo verla como una corriente, vulgar. Me sé de memoria su vida. Me gusta el episodio del secuestro de la directora del penal El Bordo. Ella y sus compañeras se amotinaron y armaron un desmadre. Esa fue la causa de su traslado.

Ivonne ya está lista para una preliberación. Se irá el próximo año. Me dolerá mucho verla partir, pero no debo ser egoísta. Es su turno. Algún día llegará el mío. Y entonces iremos a un concierto de la Banda Limón, la cual ya me tiene aturdida con sus tamborazos. Quiero verla bailar mientras me grita: “¡Putas del demonio!”.

NUNCA DEBIÓ CONOCER A SUS PADRES

Maribel Reyes Gutiérrez

NORMA SALAZAR CHÁVEZ viene por robo de auto con una sentencia de siete años; lleva reclusa tres. Ingresó el 20 de abril de 2006 al penal de Cuautitlán de Romero. Tiene 34 años. Mide 1.54, es morena clara, tiene ojos pequeños, nariz chata, boca mediana, pelo quebrado canoso, pechos pequeños y culo grande. Llegó el 25 de marzo de 2008. Lleva nueve meses y está a punto de una preliberación. Afuera la están esperando Andrés y Donovan, sus hijos.

En las primeras pláticas que tuvimos salió el tema del lesbianismo. Le pregunté si a ella le gustaban las mujeres. Muy convencida me contestó que jamás había andado con una mujer. Entonces sufría por un tal Agustín, que era el amor de su vida. Casi no conversábamos porque la metieron en la celda nueve.

Me quedé muy sorprendida cuando la vi besándose con Sandra, quien no se me hace bonita. A Sandra tampoco la había visto besarse con alguna. Luego empecé a hablarle a Norma porque la veía sola y toda apachurrada. Le pregunté si todavía andaba con Sandra. Me respondió que ya habían

terminado. Se había enamorado y le dolía el rompimiento: “Sí la quiero, pero jamás regresaré con ella; nos hemos lastimado bastante. Sandra es muy inmadura y no sabe lo que quiere”.

Norma nunca se expresa mal de ella. Sandra, de Norma, sí. Lo único que comenté cuando supe que hablaba mal de Norma fue: “Del culo que se sirve uno, no se debe hablar mal”.

Ahora me la cotorreo y le digo que si quiere ser mi novia. Pero, para decir verdad, me agrada mi soledad y me inspira para escribir. Hoy estábamos en el comedor de la cocina, un espacio como de siete por seis metros. Al lado de la puerta hay una gran mesa de madera, donde todos los días sirven de comer. Para acercarse a la mesa hay tres escalones y un gran ventanal con rejas. Desde ahí puede distinguirse el área varonil. Se aprecia nuestro patio trasero, donde el día de visita los familiares juegan fútbol. También se ve un cerro de donde sacan piedras. Y pueden admirarse dos hermosos volcanes. A la izquierda, está el cerro del basurero y una máquina oxidada que se chamuscó durante el incendio.

El comedor tiene tres mesas grandes con sus respectivas bancas a cada lado, de cemento, siempre heladas, pues sus orillas son de metal. A la hora de la comida se oye el murmullo de las mujeres que vienen a comer, la música de la cocina y el ruido de la licuadora; además de los ofrecimientos de las vendedoras de chácharas comestibles y una que otra vulgar diciendo obscenidades. Las celdas parecen extraídas de Tepito: colgadijos de ropa por todas partes; los días de visita no puede tenderse la ropa en el patio.

Cuando todas las internas se retiran del comedor, Norma empieza a platicarme sobre su infancia. Vivía al día y no tenía lujos, pero era feliz. Vivía con los tíos, hermanos de su papá. La confirmaron en la iglesia de la Virgen de los Remedios. En la explanada estaba el arcángel Miguel, gigantesco, el cual

estaba destruyendo al Demonio. Dice que esa imagen y la belleza de la iglesia la impresionaron.

Ese día la levantaron muy temprano. La bañaron en una tina redonda, de lámina. Entibiaron el agua en un anafre. Su tía le había comprado un vestido verde botella muy bonito, y una corona con flores le adornó la cabeza. Después de misa hubo un desayuno donde, en una gran mesa, había un pastel. Cuando lo mordió, su diente chocó con la tabla.

Su tranquila vida cambió en febrero de 1984. Dos personas llegaron a su casa para hablar con su tía. Vio a una mujer con una muñeca y a una niña güera y desabrida. Su tía le dijo que esa mujer era su mamá y la otra niña, su hermana. Norma recibió la muñeca, dijo gracias y se retiró. No hizo comentario alguno. Al mes, llegó un hombre que le traía de regalo unas botas; le dijeron que era su papá.

Después, su mamá llegó con una invitación para los 15 años de su hermana. La mujer le llevaba un trajecito amarillo, como de las Flans. Norma se impresionó con el salón de la fiesta. Sus hermanas se veían muy bonitas con su ropa moderna. Ella se encandiló tanto que se fugó de la casa de sus tíos y se fue a vivir a la casa de su papá; le pidió que la llevara con su mamá. Horas después, llegó su tía llorando, muy alarmada: “¡Carlos, no encuentro a tu hija!”.

El señor le respondió que la niña estaba ahí. Muy enojada, la tía le dijo que a partir de ese momento le entregaba a su hija. Al día siguiente, el papá la llevó con su mamá. La casa de la señora era un cuartito con una cama, una estufa, una mesita y sin baño. En la cama dormía su mamá con su hermana Angélica. En el piso dormían sus hermanas Verónica y Mary. A diario, a las seis de la mañana, su mamá las inundaba de agua porque tenía que bañarse ahí mismo.

Nunca había nada de comer. El dinero que su mamá ganaba sólo le alcanzaba para pagar la renta. Nadie iba a la escuela. A diario comían un arroz que freían en aceite y luego lo vaciaban a un plato con mucha azúcar.

Dice que si hubiese seguido viviendo con sus tíos ella no estaría aquí y sería una persona estudiada. Asegura que nunca se arrepiente de nada, pero sí de haber conocido a sus padres.

DE FIESTAS NUNCA SUPE

Maribel Reyes Gutiérrez

NUNCA VI UN ARBOLITO DE NAVIDAD en nuestra casa. Sólo había una estufita de petróleo, una cama vieja y una pequeña mesa de madera toda desvencijada. Las paredes eran bloques de cemento sin resanar. Había clavos en la pared para colgar ollas, cazuelas, jarros de barro. El techo era de lámina y cuando llovía se metía el agua por todos lados. El cuarto medía como cinco por cuatro metros. La puerta era de lámina oxidada y había una ventana de madera, a punto de caerse, y dos o tres sillas viejas de madera. El cuarto estaba hasta el fondo de un gran terreno de los abuelitos de mis hermanos, junto al basurero.

Frente a la puerta había un gran eucalipto y una gran bugambilia, dos lavaderos con una pileta. Esa área ya tenía piso de cemento. Había cuartos y una cocina grandes. A ocho pasos de la pileta estaba el baño que todos usábamos. En los cuartos había ventanas grandes de vidrios limpios y transparentes, con grandes cortinas y una puerta verde que daba a la entrada de esa casa. Los hijos de mi mamá no podíamos entrar a esos cuartos, pues ahí vivían los tíos de mis hermanos. Ellos son

hijos de un borracho irresponsable que, cuando tomaba, le propinaba tremendas golpizas a mi madre. La dejaba tirada, toda sangrada y llorando. Ella siempre quería remediar sus penas llorando y pidiéndole a Dios, como si de verdad fuera a bajar del cielo y quitarle todas sus broncas. Ahora le ruega a Dios que me saque de aquí, por obra del Espíritu Santo.

Creo que yo era la manzana de la discordia y el desahogo de sus frustraciones. Por cualquier cosa se desquitaba conmigo, golpeándome salvajemente como lo hacían con ella. A veces, María, la hermana de su marido, mi madrina de bautizo, intervenía para que no me siguiera golpeando. Muchas veces estuve a punto de desmayarme por los trancazos que me daba.

Mi mamá se llama Teresa. Ahora tendrá unos 60 o 65 años. Es de complexión robusta, canosa, bajita de estatura. Tiene cara de tristeza. Nunca mira a los ojos con seguridad; habla agachada, tocándose la frente. No sabe leer. Hace muchísimos años que no se arregla.

En mi gran mansión –el pedazo de basurero en Tulancingo, Hidalgo– no conocí Navidad, cumpleaños, ni Año Nuevo. A mis hermanitos, sus tíos y abuelitos les regalaban modestos juguetes. A mí me llegaron a regalar una muñeca de plástico duro y ojos vidriosos de color azul; yo la usaba para pegarles a mis hermanos en la cabeza.

En diciembre, yo me sentaba en una barda y miraba al cielo; les pedía a los Reyes Magos que me trajeran una bicicleta. Pero nunca me la concedieron. Dejé de ir a la escuela, pues no me importaba. Mamá jamás nos ponía atención. Ella se metió a trabajar donde planchaba como burro por unos cuantos pesos. Creo que le daba gusto trabajar porque nos pasaba a comprar a la Conasupo arroz, frijoles, aceite, jabón, sopas...

Siempre me dejaba dinero para las tortillas. Yo me tardaba las horas y llegaba con las tortillas frías. No sabía hacer de

comer. Una vez intenté hacer arroz; puse la cacerola, le eché aceite y vacié el kilo de arroz ya lavado, lo movía y lo movía, pero no se doraba; por el contrario, lo sentía pesado y duro. Me espanté muchísimo, lo bajé de la estufa y lo escondí en un rincón. A mí se me olvidó el suceso. Cuando mi mamá encontró la cazuela arrinconada, me dijo que iba bien, sólo que era mucho. Me extrañó que no me regañara. Yo tendría nueve o diez años.

Era la mayor de mis hermanos, a quienes debía atender mientras ella trabajaba todo el día. Se iba entre las seis y las siete de la mañana. Regresaba al oscurecer. Era tan rara que jamás me atreví a preguntarle qué le pasaba cuando la veía vomitar. Espantada, me le acercaba, pero me corría. Ahora sé que estaba embarazada de mi hermano Toño, un bebé güerito y largo, de ojos claros. Se parecía a su papá. Era muy bonito, sólo que nació enfermo de hepatitis. Era tan frágil que me daba miedo que se me fuera a quebrar. Lo cambiaba, le daba de comer. Lo mecía en una cuna hecha con un mecate atado a las vigas y una cobija doblada, en forma de hamaca, con dos palos de escoba. Cuando cumplió seis meses, mi mamá caminaba de allá para acá, cargando al bebé. Mi hermanito no dejaba de llorar. Mamá me ordenó: “Mary, ve a ver a Cande. Está en la pulquería. Dile que venga, que el niño está enfermo”.

Fui de inmediato. Ahí estaba el señor, empinándose una jarra de a litro, tomando con los amigotes. Me acerqué.

—Cande, te habla mamá. El niño está enfermo —le dije.

—¡Dile que ahorita voy! Que no esté molestando.

Mi mamá pasó la noche en vela. Desencajada, desesperada, dándole palmadas. *Ya, ya, ya, bebé.* Al amanecer lo llevaron al doctor, pero aún no abrían el consultorio. Mi mamá sintió cómo suspiró mi hermanito y su cuerpecito se aflojó. Estaba muerto. El doctor sólo hizo los trámites necesarios.

Colocaron al bebé en una cajita blanca, adornada con flores blancas, en un cuarto de su abuela. Apenas entonces llegó mi padrastro, borracho. Mamá, ya sin llorar, se levantó y con tristeza le dijo: “Aquí, enfrente de mi hijo muerto, te juro que jamás volveré a ser madre de otro hijo. Y también aquí te juro que me iré de tu lado con mis hijos y jamás volveré, jamás”.

Y así fue. Mi mamá nos llevó a vivir a un cuartucho peor que en el que vivíamos. Y ahí nos quedábamos solitos. A veces llegaba llorando, pues había perdido su dinero; a veces contenta, pues se había encontrado una moneda por el camino. O con las rodillas raspadas llenas de sangre, pues de las prisas por llegar a su trabajo siempre se caía.

No le guardo rencor: ella me regaló la vida. Los hijos no estamos para juzgar a nuestros padres. Por el contrario, siempre quise ayudarla y darle lo mejor, pero no lo hice correctamente. Y en vez de ayudar a mis hijos, los dejé solos y a su suerte. Le prometí a Samantha, mi hija, que cuando salga de aquí le voy a hacer una fiesta de cumpleaños. La vestiré de princesa, pondré “Las mañanitas” e invitaré a muchos niños para que jueguen con ella. Y tendrá un pastel muy grande y bonito, refrescos y muchas gelatinas de colores.

Además, compraré el árbol de Navidad más bonito que encuentre, con muchos focos de colores y un nacimiento con el Niño Dios. No faltarán las piñatas ni los dulces. Haremos una gran cena con todos nosotros. No quiero que mi niña vaya decir: “No conozco la fiesta de Navidad.”

MÁS PRESA QUE NUNCA

Guadalupe Salazar

SIENTO CORAJE, RABIA, RENCOR e impotencia porque soy inocente. Me invade un miedo irracional que bloquea el pensamiento, vuelve borrosa la mirada y marea. Tengo miedo de la barbarie de una oscura agresora.

La semana pasada, en domingo, golpearon a una interna con quien platico y comparto algunos momentos. Al momento de la golpiza, ella estaba sentada junto a mí; cuando la jalaron traté de impedirlo, pero me advirtieron que no me metiera. No sé por qué la golpearon y francamente no me interesa. Ellas tendrán sus motivos.

La raíz del conflicto se centra en el hecho de que yo duermo en el suelo, sobre un colchón que me prestó la reclusa golpeadora. Ella habita en la misma celda que yo. Después del pleito, apandaron a la agresora y a la agraviada. Las amigas de la primera me pidieron el colchón para hacérselo llegar al apando. Una compañera me aconsejó que fuera a solicitar a las custodias uno para mí, pues ese es el procedimiento.

Yo tenía fiebre, a consecuencia de la gripe. Fui y solicité el colchón. Las custodias simplemente me respondieron:

“No entregue nada”. Una amiga de la apandada escuchó la respuesta. La custodia reiteró la instrucción: “Es una orden. No entregue nada. La segregada tiene cama. ¿Escucharon?”. Obedecí y me retiré para informar a sus amigas. Grave error. Debí haber dormido al ras del suelo aunque estuviera enferma.

Este sábado, el día de visita, mis hijos vinieron a verme. Al salir, me encontré con la familia de la interna golpeada y la saludé. Continué mi camino; delante de mí iba la reclusa golpeadora. La vi caminando al lado de su mamá; pasó junto a mi hijo. Vi que el rostro de éste se alteró cuando la agresora le comentó a su mamá: “¡Pinche vieja! No quiso darme el colchón! Pero ahora que la vea, me la voy a chingar”.

Y ahí está la preocupación de los hijos, temerosos de lo que pueda pasarme. Es un pesar más para ellos, que han sacado la casta. Los tres vivimos solos desde el divorcio, hace 21 años; mi hijo tenía dos años, y la niña, siete. Siempre hemos sido unidos, con valores, dignidad y calidad de vida. Están solteros. Somos equipo. Mi hija ha faltado al trabajo y se está exponiendo a perderlo. Y mi hijo puede perder el último semestre de la carrera. Los dos han dedicado buena parte de su tiempo a tocar puertas, cotejar información, obtener pruebas, pedir prestado, suplicar, luchar y pelear para sacar a su madre de aquí. Están pálidos y han adelgazado.

Yo me pregunto: ¿Por qué angustiarlos así? ¿Qué hice? Aquí me aconsejan que vaya con el comandante, con las custodias, con el director. Mis hijos fueron a verlo cuando salieron de la visita, pero les dijeron que ya se había retirado. Ya no sé qué es lo correcto y qué no.

¡Me enoja mi ignorancia, no saber cómo manejarme *aquí* para poder vivir *aquí*! ¡Y estoy llena de soledad y miedo! Estoy más presa que nunca.

AJUSTICIAMIENTO DOMINICAL

Jessica Nochebuena

HOY ES DOMINGO. Espero la hora en que me griten que ha llegado mi visita. Vendrá mi madre y, quizás, mi esposo con mi bebé; tiene cuatro años y está enorme. Seguro que va a ser más alta que yo.

—¡Nochebuena, visita!

Rápidamente corro a guardar mis cosas a la bolsa. No esperaba que llegaran tan temprano. Yola y Donají me ayudan.

—Mejor bájate tú, y ahorita te gritamos para pasarte tus cosas. ¿Qué te echamos?

—Unos trastes, vasos, cucharas, platos, la cobija y un bloc con pluma. Ah, sí, también la jarrita para calentar agua, azúcar y café... —les digo mientras voy saliendo de la celda a toda velocidad, poniéndome la chamarra y amarrando mi cabello mojado en una coleta. Al bajar veo a mi madre, sentadita a la mesa. Cada vez está más delgada y bajita. *Trajo de comer; por más que le digo que no me traiga y no gaste, no entiende.* La abrazo muy fuerte; su frente está llena de sudor.

—Hace mucho calor allá afuera, hija —me dice mientras yo le seco con papel la frente.

Desayunamos muy rico. Trajo bisteces en pasilla, unos bolillos bien doraditos y los cuatro panes de dulce que más me gustan. De su bolsa sacó una bolsita con dos manzanas rojas, de las que truenan al morderlas y sale el juguito como chisquete.

—No me las dejaban pasar, pero le chillé al custodio y lo convencí. No le tuve que dar dinero.

Todo estaba delicioso. Parecemos cotorritas cuando nos vemos. ¡Hay tanto que platicar! A las 12:30 llega mi niña, seguida de mi sobrina Angélica y, por último, mi maridito. La carencia se nota ya; las grandes bolsas se han reducido a una bolsa pequeñita. Ya no hay despensa ni antojos que cubrir. Todos nos saludamos con gusto. Volvemos a comer. Él trajo pollo ranchero, que me gusta mucho, y refresco de mango con hielos.

Mi mamá se fue una hora después, y los demás, hasta las cuatro de la tarde.

El resto del día prosigue como de costumbre. Hay tensión por aquí, pagos por allá. Y no pagos por acá... *No hay dinero*, se escucha por doquier. Me siento a platicar con Chayo y Edith, quienes me informan que en las noticias salió una pareja de esposos que están detenidos y que vienen para acá por haber violado a su bebé. *La que le espera*, pensé. Pues sí, ya la esperaban. La mujer llegó como a las seis y media de la tarde. La llevaba una de las chavas para la cocina. Todas se fueron agrupando afuera; unas y otras se llamaban para que se acercaran. Yo vi todo de lejos. Querían meterse a golpearla y hubo una sola valiente que se paró en la puerta, deteniéndolas, para que no entraran. Todas estaban enfurecidas. Daisy, la valiente, aguantó lo más que pudo en su intento por cerrarles el paso. Pero la aventaron y pasaron. Le pegaron sólo dos golpes, patadas, mentadas de madre.

A lo mucho tendría unos 20 años la chavita, que llora de miedo, más que por los golpes. Es rescatada y metida a la bodega para que coma. Poco a poco la manada se retira, complacida por haber castigado a la mala madre. Si así fuera, pienso, deberían ser castigadas muchas, pues por andar en el relajo o con sus güeyes, descuidaron a sus hijos. Y ahora están aquí las buenas madres que juzgan y saben que fallaron. De ahí la saña: son los golpes y la fuerza con que se quisieran golpear a sí mismas.

Yo sé por experiencia propia que no todo lo que se muestra en televisión es real. Por eso hoy enaltezco el dicho: “Antes de ver la paja en el ojo ajeno hay que mirar la viga en el propio”.

LAS MALAS

Maribel Reyes Gutiérrez

HAY MUCHAS MANERAS de llamar a las malas personas que ingresan a la cárcel. Pero sencillamente voy a llamarlas las *malas*. Ellas alteran la tranquilidad del penal. Las internas que somos tolerantes aguantamos y procuramos no meternos en problemas; las agredidas o perjudicadas acostumbran quedarse calladas. Y como las *malas* ven que no se quejan, vuelven a hacerlas sus víctimas. Las *malas* se la pasan chingando al prójimo, intimidando a la más débil, robándole, peleando. Cuando se roban la ropa de los tendedores, con el tiempo, aparece la prenda. La dueña la reclama, pero la ladrona asegura que se la vendió alguna fulana que ya salió libre. Si la dueña se queja con la jefa de turno, esta le dirá a la acusada: “Le paga a la señora o se va al apando”. “Segrégueme, pero no le pago”.

Las *malas* prefieren el apando porque ahí no hacen nada. Se la pasan durmiendo y vacacionando. Mientras, las amigas de la apandada se la pasan echándole de habladas a la afectada: “Pinche borrega, culera”. “Pinche ponchada”.

La ley de la cárcel es culera; no hay respeto. Algunas de las *malas* se hacen las ofendidas sabiendo que es verdadera la acusación. Cuidado con las labiosas que con tal de joder inventan hasta lo que no. Y su violencia verbal es extrema. Con oír las es suficiente; ni necesitan llegar a las manos.

Las *malas* que se drogan ya lo hacen a lo descarado. Se sientan en el pasillo o se encierran en los baños de su celda. O están sentadas en el comedor. Huele de lejos; el olor entra a todas las celdas.

Por supuesto, las *malas* afectan a las inocentes, estudiadas, hijas de familia, que llegan a esta escuela donde el más débil aprende lo malo. Muchas dicen: “No lo hice y estoy aquí. Ahora que salga, regresaré con provecho. Además, ya escuché, vi cómo hacerle y es muy fácil”.

Y si una de esas niñas buenas llega a probar alguna droga y le gusta, saldrá con el gusanito; allá afuera será más fácil conseguirla. Así le pasó a una cubana que llegó de traslado. Se pasaba las horas arreglándose, usaba bonita ropa. Era la primera en bañarse. Vivía bien. Su camarote estaba limpio, tendido con buenos cobertores y sábanas. Tenía un mueble de madera lleno de yogurt, jabón, champú, crema. Nada le faltaba. Tenía tanto que hasta las custodias la buscaban para que las invitara a comer.

No faltó la *mala* que le diera a probar piedra. En cosa de un mes su camarote se volvió deplorable, vacío, sin cobertores, sucio. Nada quedó. Ella iba desesperada por todo el penal vendiendo hasta el último cosmético que le quedaba. No quedaba nada de la chava perfumada y vanidosa de antes. La cubana, después de sufrir muchas humillaciones, entendió y dejó el vicio. Ya se ve mejor. Ella no es muy de mi agrado, pero sólo por haber dejado ese vicio admiro su fuerza y valor: se quiso más a ella misma.

COMO LUNES O JUEVES

Maribel Reyes Gutiérrez

CADA DOMINGO VEO como todas las muchachas se levantan temprano y se meten a bañar. Apresuradas, se peinan y se maquillan. Se ponen su mejor ropa. Desde la noche anterior se pintan las uñas. Huele rico la celda, a varios aromas de perfumes. Cuando terminan de arreglarse se sientan en sus camas como si esperaran a su novio, como en casa. No las calienta ni el sol, y cada que le gritan a alguien ¡Visita!, preguntan: “¿A quién le gritaron?”

A mí me da un poco de risa, pues cuando me vienen a ver, estoy lista. Pero no me siento a esperar porque creo que ya me olvidaron. Con tantos años que llevo recluida ya se han de haber aburrido de mí. O, simplemente, se han de haber cansado de formarse en la colota para poder entrar y soportar las revisiones y las mochadas y los camiones... Desde hace siete meses no recibo visita de mis familiares.

En cambio, a las muchachas cada ocho o quince días las vienen a ver. Cuando por fin escuchan el grito esperado bajan corriendo, contentas y apresuradas. Cuando he podido bajar, en los días de visita, para hablar por teléfono o ir a la tienda,

veo de reojo a mis compañeras comiendo con sus hijos o esposos. Se ven felices. Cargan a sus hijos. Extraño las manitas y caritas de mis hijos. Y aunque me da tristeza, pienso que es mejor que no vengan. Y empiezo a justificarlos: *Hace mucho frío y aire. Está muy lejos. Mamá ya está grande; pobrecita, con trabajos si puede con su alma, ¡y todavía venir!*

La realidad es otra: sí me gustaría que los domingos me visitaran y me trajeran mucha comida para compartir con mis compañeras. Me gustaría jugar con mis hijos. Luego, subir y decir como las otras chicas: “¡Ay, ya quiero que vuelva a ser domingo!”. En cambio, para mí, sábado o domingo son como lunes o jueves: normales.

Me imagino que mis compañeras sienten lo mismo que yo cuando Ángeles me visita en locutorios. Y bajo corriendo. Ahí sí quisiera volar para llegar a ella: mi única familia. Pero ya ni llorar es bueno. La culpa es mía. Siempre he dicho que mi familia no tiene ninguna necesidad de venir a verme, aunque yo sí tenga necesidad de verlos.

EL DOMINGO ES PARA SENTENCIADAS

Gloria Catalán Delgado

TODAS LAS CHICAS ANHELAMOS que llegue el sábado y el domingo porque son días de visita. Los sábados son para procesadas y los domingos para sentenciadas. En esos dos días el penal está de cabeza. La mayoría se levanta temprano para recibir a sus familiares. Comienzan por pelear el baño porque es muy reducido; sólo cabe una persona. En algunos caben dos, y varias quieren entrar al mismo tiempo. Algunas, en lo que esperan su turno, comienzan a planchar su ropa. O le gritan a Pasitas para que les planche.

Las primeras en estar listas son las que bajan a Patio, a su visita familiar en Sección Varonil. Tienen que estar en el cubil a las diez de la mañana para que las custodias revisen lo que llevan en sus bolsas. Deberán regresar a las tres de la tarde. Y las que reciben la visita aquí, en Sección Femenil, sólo esperan a que les griten que ya llegó su familiar.

Yo, como soy sentenciada, recibo mi visita los domingos. Desde un día antes preparo la ropa que voy a ponerme. Siempre espero con ansias el día en que viene mi hermano. Cuando sé que va a venir me levanto temprano y pongo agua a calentar,

si es que hay luz; últimamente se ha estado yendo y tengo que bañarme con agua fría. Entonces espero a que terminen las mujeres que van al varonil. Mientras, yo preparo la bolsa con platos, vasos, cucharas, una pelota de frontón, los tópers que son de él y una cobija para sentarnos y no sentir lo frío del piso o la banca, si es que alcanzamos alguna. Sigo esperando en lo que veo la televisión. Me baño y empiezo a alistarme antes del cambio de turno y pase de lista. En realidad no tengo mucha prisa porque mi hermano llega a la una de la tarde. Así, tengo el tiempo suficiente para ver el color de sombras que voy a ponerme en los párpados o cómo voy a peinarme. El chiste es verme presentable, de buen ánimo. En ocasiones, me quedo dormitando hasta que me despierta un grito: “¡Gloria Catalán Delgado, visita!”.

Me despabilo y bajo a toda velocidad las escaleras. Él siempre me espera en la tienda que está en la entrada de la sección. Me saluda con un beso en la mejilla y un abrazo y me pregunta cómo estoy. Yo lo abrazo y le demuestro la alegría que me da verlo. Buscamos un lugar para sentarnos y disfrutar lo que me trae. Charlamos de asuntos de la casa y de su vida personal; nos hemos vuelto muy amigos. Después de un rato nos salimos a un costado del dormitorio, en un pedacito de patio que agarramos como cancha de fútbol, voleibol, frontón y básquet. Jugamos frontón un rato.

Hace unos años teníamos la visita los sábados. Y también lo esperábamos con ansias porque se hacían los partidos de voleibol; se formaban equipos fuertes, todos sabían jugar muy bien. Eran partidos reñidos integrados por internos y familiares, entre hombres y mujeres. Y apostaban de refresco. Comenzábamos a jugar desde las once hasta las tres y media de la tarde. Casi toda la visita nos la pasábamos jugando. Esto se fue terminando cuando nos cambiaron el día de visita y muchas de mis compañeras, que sabían jugar, salieron libres.

EXTERNAR A UN HIJO

Ángeles Estrada

CUANDO INGRESÉ AL PENAL me di cuenta de que tenía un retraso en mi menstruación. Lo primero que pensé fue que se debía al susto, la presión, la depresión y a la súper madriz que me acomodaron los judiciales. Acudí a Servicio Médico para que me hicieran un chequeo. Me quisieron poner una inyección para que me bajara la regla. No quise y fui a hablarle a mi mamá para pedirle consejo. Me aconsejó que no me dejara inyectar porque me podía pasar algo grave. Regresé con el doctor y le pedí que me practicaran exámenes médicos. Me respondieron que no eran necesarios. Mi mamá me trajo a un doctor de la calle para que me sacara sangre y confirmara la sospecha de embarazo. El estudio salió positivo.

Después de nueve meses de embarazo empecé a sentir las contracciones, pero la custodia no me creía. Por fin me hicieron caso y me llevaron al hospital en una camioneta más propia para transportar costales. Al llegar al hospital me esposaron. Y luego me esposaron a la cama cuando más fuerte tenía las contracciones. Cuando di a luz nada de eso me

importó: mi bebé opacó todo lo feo que estaba viviendo. Tuve un hermoso niño que sería el tercero de mis hijos.

Me devolvieron al penal el mismo día porque soy de alta peligrosidad, según ellos. En mi celda ya me esperaban mis compañeras, ansiosas de conocer al bebé. Yo tenía muchos sentimientos encontrados. Por un lado, no quería tenerlo por mucho tiempo; por el otro, era todo lo que tenía y no quería perderlo. Pensaba cómo podría vivir sin él, cómo separarme sin extrañarlo, quién lo iba a cuidar cuando se enfermara, quién velaría su sueño o le daría amor de madre.

Al paso de los días me di cuenta de que aquí no había medicamentos para curarlo ni lo atenderían como es debido porque no hay pediatras. Y yo lloraba porque debía tomar la decisión; no quería que mi hijo se contaminara con este ambiente. No quería ser egoísta y privarlo de una vida normal, con una familia, en una casa. Él era inocente. No debía ver a las chavas que se exhibían como pareja; la mayoría fuma y dice groserías. Los niños aprenden todo. Cuando ingresé a este penal había una niña de año y medio, era una hermosura y repetía todas las feas palabras que aquí oía. A todas nos daba gracia escucharla.

Yo no podía dejar de pensar en todos los bienes y comodidades de los que estaba privando a mi hijo; no podía cambiárselos por todo lo malo de este lugar. No era justo. Aunque me doliera el alma, tenía que dejarlo ir. Lo más que pude retenerlo fueron once meses. Hasta entonces le di pecho. Mi familia lo recibió y lo llevó a registrar y bautizar. Le festejaron su primer año en compañía de sus hermanos y de todos mis parientes. Aunque yo no estuviera, fue el día más feliz de mi vida, y el más triste. ¡Lo extrañaba tanto! Él lloraba mucho. Estaba muy acostumbrado a mí. En cada visita, llorábamos los dos al despedirnos. Ahora tiene nueve años y lo veo enorme.

UNA PAREJA MÁS

Gloria Catalán Delgado

EN ESTE LUGAR SUPE lo que era hacer el amor y sentir un orgasmo, cosa que no encontré en un hombre. Y una mujer me hizo sentir ese placer divino: el intercambio de besos apasionados que me hicieron vibrar cada parte del cuerpo. Y conocí un juego de caricias que me hicieron comenzar una historia de amor. En este lugar es muy frecuente ver parejas de mujeres. Recién ingresada me sacaba de onda verlas, ya que no había tenido contacto con chicas así. Sólo vi y conviví con gays que vivían cerca de mi casa. En este mundo es común encontrarse parejitas fajándose en los antiguos talleres o besándose y abrazándose en cualquier parte.

Al principio yo no entendía cómo se relacionaban hasta que comencé a vivirlo a través de mi amiga Bety, quien empezó a ser cortejada por Edith, que le enviaba recados, la buscaba y le daba algún detallito. Y así pude ver que la conquista era igual a la de un hombre. Pero me surgió una duda: ¿cómo tenían relaciones sexuales entre mujeres? Conocí la respuesta en una plática entre Julieta, Bety, Ana Rosa y yo. Bety era una chica inexperta y quería saber cómo le hacía para tener relaciones

sexuales con su chica. July le dijo: “Mira, haz un intercambio de besos. Acaríciala, jugando con su cuerpo, y cuando tú veas que ya está preñidísima, comienza a acariciarle el clítoris hasta que ella sienta que se viene; o sea, un orgasmo. También puedes hacérselo oral”.

Yo me quedé pasmada y pensando: *¿Eso se le hace a una mujer?* Ana Rosa comentó: “Hazle lo que a ti te gustaría que te hicieran. Sólo déjate llevar y todo se da por sí solo”.

Todo aquello se me quedó grabado. Pasó el tiempo y me cambiaron a la celda uno. Ahí había una pareja, Mary y Ángeles. Yo veía que se llevaban muy bien; compartían todo, se bañaban juntas y eran discretas cuando tenían relaciones sexuales. Lo único que las delataba era el movimiento de las camas, como si nos arrullaran. Yo decía: *va empezar a temblar*, pero de ahí no pasaba. Mary era una chica buena onda con quien podía entablar ese tipo de conversaciones. Y me explicaba que a ella le agradaba tener juegos sexuales con frutas u otras cosas. Veía películas porno donde había mujeres y me llamaba para que las viera. Fue así como adquirí más conocimiento sobre el tema. Aún no había caído en esa tentación, pero ya tenía la teoría; nada más me faltaba practicarla.

Un día llegó Angélica, conocida de Mary. Después de un año comencé a tratarla en la escuela. Íbamos en preparatoria. Ella comenzó a acercarse a mí para pedirme un lápiz o un sacapuntas. Siempre tenía un pretexto. Después comenzó a mandarme recaditos: *Me caes bien. Me gustaría tener una amistad contigo. Sonríe*. Yo no intuía nada. Sólo pensé que deseaba iniciar una amistad conmigo. Yo tenía entendido que ella tenía una relación de pareja con Elisa.

Así fueron pasando los días y se hizo más constante su presencia. Iba a mi celda a buscarme para darme una paleta con un recadito o para platicar de cualquier cosa. Comenzó a

ser más atenta; sabía escucharme. Un día, en la escuela, volvió a enviarme un recadito: *¿Te puedo robar un beso?*

—¡Estás loca! —le dije después de haberme vuelto a verla—. ¡No, cómo crees! Tú tienes pareja.

—No. Ya no ando con ella; además, ¿qué es un besito?

Sólo me reí y le dije que no. Traté de alejarme un poco, pero ella insistía con sus detalles. Una vez, jugando voli, las chicas apostaban.

—Yo apuesto contigo —me dijo—.

—Qué vamos a apostar.

—Al final te digo.

—Okey.

El partido estuvo reñido y nos ganaron. Todas las chicas comenzaron a pagar su apuesta.

—¿Qué apostamos?

—Vamos a la tienda.

—Espérame, voy al baño —le dije.

Después salí por una cubeta de agua, abrí la llave y ella me plantó un beso en la boca.

—Mi apuesta está pagada.

Me quedé paralizada. No pude decirle nada. Ella salió corriendo. Cuando salí del baño me estaba esperando con una sonrisa muy tierna. Negué con la cabeza.

—¿Ya con eso se te quitaron la ganas de robarme un beso?

—No, al contrario.

Nos fuimos nuevamente a jugar e hice como si no hubiera pasado nada. Pero no era verdad. Me había hecho sentir cosquillas en la panza, pero no se lo expresé. Ella siguió conquistándome con sus constantes detalles. Y el 21 de junio se atrevió a pedirme que fuera su novia por medio de una carta. Yo no sabía qué contestarle, una parte de mí me decía que había conseguido inquietarme y verla de diferente

manera. La otra parte me decía que no. Yo no había andado con una mujer en los tres años que llevaba en este lugar y me preocupaba qué iban a decir de mí. Como ella no veía respuesta fue a buscarme a mi celda. Al verla mi corazón comenzó a latir muy fuerte. Me puse nerviosa.

—Qué pasó —le pregunté.

—Vamos a platicar.

Y nos fuimos a las escaleras y nos sentamos.

—¿Leíste mi carta?

Asentí con la cabeza.

—¿Y ya tienes la respuesta?

—¿De qué?

Ella se rió...

—¿Quieres ser mi novia?

—No sé —sonreí nerviosa.

Me hice la difícil todo el día. Ya como a las siete de la noche volvió a preguntarme y acepté con una condición: que nadie se diera cuenta, ya que las burlas y las críticas iban a desatarse.

Y así fue hasta que nos vio Ángeles besándonos bajando las escaleras. Hice una expresión de *¡oh, oh, ya nos vieron!, ¡qué pena!* Angélica me abrazó y me dijo *tranquila*. Sólo éramos novias de manita sudada.

Un sábado, las chicas se fueron reuniendo para bailar, incluyendo a Angélica. Ella comenzó a bailarme muy sensual una rola de reguetón. A mí me ponía nerviosa por sus movimientos, y sin pensarlo me besó delante de todas.

—Rompiste el pacto —le dije.

—Tranquila. Sólo quiero que sepan que andas conmigo —y me abrazó.

Yo sentía las miradas sobre nosotras. Se me subió el color. Tenía pena. Unas chicas nos hicieron bulla; otras nos veían

con cara de *what*. Y otras nos criticaban; sobre todo, a mí.

Después de eso pasamos a ser una pareja más. Aún no teníamos intimidad. El 4 de julio ella me pidió que nos fuéramos a mi cama a escuchar música. Y acepté. Llegamos a mi celda, no había casi nadie, sólo Ángeles y Mary, que estaban en su cama viendo televisión. Nos subimos en la parte alta de la litera. Conecté la grabadora y puse música pop, la que más me gusta. Ella se recostó y conversamos.

Durante la plática intercambiamos besos, los cuales me hacían sentir bien. Fue aumentando la aceleración de besos que hacían que mi piel se pusiera chinita. Me besaba el cuello, el oído, y hacía que mi corazón latiera más rápido. Comencé a sentir un cosquilleo que me erizaba la piel. Sentir sus manos acariciarme despertó mi sentido sexual. Pero a la vez me quedé quieta. *¿Qué estoy haciendo?* Pero era más fuerte el deseo y no pude oponer resistencia.

Recordé aquella plática de las chicas: “Sólo déjate llevar”. Era el momento de poner en práctica la teoría. Y así llevé a cabo, paso a paso, lo que habíamos platicado en aquella lejana ocasión. Yo era inexperta, pero en ese momento parecía que sabía más del tema. El sólo ver cómo Angélica se entregaba –sus gestos, pasión y sensualidad–, me prendía más. Ella no era muy experta.

Las dos descubrimos que estábamos amándonos y no sólo era sexo. Por primera vez tuve un orgasmo. No he vuelto a tener uno desde que ella salió de este lugar. Realmente me enamoré; no sé si porque era mujer o si el destino jugó conmigo. Sólo sé que con ella subí al cielo y toqué las estrellas.

TÚ, MI MEDIA NARANJA

Ángeles Estrada

SIEMPRE VEÍA QUE MARISOL vendía postres, pero a mí nunca me ofrecía. Quizá porque durante un tiempo nuestras amigas se habían peleado a tal grado que, para acabar con el problema, tuvieron que ser trasladadas a otro penal. Un día que ella andaba vendiendo fresas con crema le dije, así como al garete:

—A mí nunca me has regalado nada.

—No son mías, pero ahorita te traigo unas.

Me emocionó su respuesta. Al poco rato regresó con lo prometido. Desde ese momento empecé a buscarla con la mirada. Al otro día, ella entabló amistad con mis mejores amigas. Quería saber cómo era yo y si me gustaban las mujeres. Ellas me contaban todo. Después nuestros encuentros se hicieron más frecuentes. Con cualquier pretexto la buscaba. Me despertaba curiosidad, era bonito sentir esa emoción por primera vez con una mujer. En una ocasión, cuando nos estaban encerrando en la noche, se me hizo fácil decirle: “Queridita, ¿no quieres ser mi novia?”. “Sí”, me respondió de inmediato y se echó a correr. Me dio risa su reacción y me quedé pensando: *¿Por qué lo hice?* Yo misma me desconocí.

Al otro día Marisol llegó temprano a saludarme. Siempre había sido atenta, pero se volvió más. Dejaba lo que estuviera haciendo para agradarme. Las dos nos sentíamos raras. Yo pensaba que como le pedí, cotorreando, que fuera mi novia, ella también lo estaría tomando a broma. Para salir de dudas le escribí una carta donde le preguntaba si era juego o si de verdad éramos novias. Y si era mi novia, que me diera un beso. Cuando ella se iba a su celda me entraba miedo y ansiedad por sentir su boca. Me la imaginaba besándome. Cuando regresó de leer la carta yo estaba tan nerviosa que sentía las rodillas como gelatina. Estábamos solas y, con toda la pena del mundo, le pregunté qué pensaba.

—Sí, ya la leí. De eso quiero hablar contigo.

—Yo también. Quiero saber qué piensas.

—Me llamas la atención, pero tengo un poco de temor. Todas tus amigas me dicen que tú jamás me harás caso porque nunca has andado con una mujer y que mejor ni me atreva a decirte lo que siento por ti.

Mis amigas no sabían lo que yo sentía por ella. Yo me creía centrada y me preocupaba el qué dirán. A partir de ese momento hicimos un pacto: no decirle a nadie que éramos novias. Todo sería a escondidas. Pero en la cárcel eso es imposible. El amor se refleja en la mirada. Y lloraba por las noches, me arrepentía y me sentía culpable de amar a una mujer. Nunca había sido feliz por la costumbre de atormentarme con el pensamiento. Eso siempre me impidió hacer lo que realmente quería. Y lo que estaba sintiendo era nuevo y bonito. Era el momento de vivirlo y me di la oportunidad, sin que me importara nada.

Fuimos novias de manita sudada como un mes, sin atrevernos a darnos el beso que tanto deseaba. Un día estábamos en la cama, y yo, embelesada con todo lo que ella

me platicaba. Cuando me di cuenta su boca ya estaba en la mía. Era un beso tibio. Sentía su lengua en mis labios. Por primera vez, algo muy inquietante recorría mi cuerpo. No quería que terminara ese mágico momento. Sentía la urgencia de hacer el amor. Pero me inquietaba no saber cómo.

Después de ese beso vinieron otros, cada vez más atrevidos y cachondos. Besos en mi cuello. Sus manos en mis pechos. Un día me levantó la playera e hizo lo mismo con la suya. Sentí riquísimo: nuestros pechos juntos, la piel caliente. Escuché su respiración agitada. Yo estaba húmeda por el deseo. Quería consumir toda esa pasión, pero gritaron *¡Lista!*

Y los agasajos fueron haciéndose más efusivos. Un día, como a las dos de la tarde, me invitó a su celda. Nos recostamos y escuchamos música. Marisol empezó a tocarme como ella solía hacerlo. Me daba un poco de miedo que alguien nos viera o topara, pero me dejé llevar. Los besos se volvieron más intensos. Poco a poco me desnudó; ella hizo lo mismo, sin dejar de acariciarme. Los besos bajaron a mi cuello, llegaron a mis pechos agitados. Con su lengua rozaba los pezones. Era delicioso. Pasó por mi ombligo y bajó, poco a poco, toqueteando y chupando. Llegó al lugar deseado, pero yo la empujé. Me cohibía verla en mi entrepierna. Ella siguió acariciándome. Nuestros cuerpos húmedos y calientes; nuestras piernas y humedades entrelazadas se movían con sensualidad. Llegó un orgasmo que disfrutamos al mismo tiempo. Nos quedamos quietas. Sentía palpitar mi cuerpo y corazón acelerado, sin saber qué hacer o decir de ese momento maravilloso. Nos besamos, nos vestimos y nos reímos. Salimos y la invité a bañarse conmigo. Desde ese día se me fue la pena.

Vinieron más días, noches y madrugadas en las que hicimos el amor. Me dejaba idiotizada. Ella conocía mi cuerpo

y los lugares precisos como nadie. Cuando me di cuenta, ella era parte de mí. Es el amor de mi vida. Me sentía protegida; nada me hacía falta. Mi vida dio un cambio radical. Durante el tiempo que estuvimos juntas nunca dejamos de amarnos; por el contrario, se hizo más intenso. Claro, hubo problemas, pero siempre defendimos nuestro amor. Sólo existía nuestro mundo. La relación duró cinco años.

Llegó el momento de su partida; se fue preliberada. Las dos éramos conscientes de que un día iba a irse. Yo tengo una condena de 126 años. Ingresé en 2000, por secuestro. Ella entró por robo de auto y tenía una condena de 11 años. Para mí es importante que ella esté con sus hijos. Debía irse aunque me desmadrara por dentro.

Cuando le hablaron para notificarle su libertad, mi corazón empezó a latir con fuerza inusitada. Después la vi esperando a que le abrieran esa puerta que tanto deseamos que se abra. Cuando la abrieron, ella se volvió y corrió a abrazarme. No pude contener las lágrimas.

Ella sigue al pendiente de mí. Viene a visitarme. Me ayuda económicamente. Hace cuatro meses se fue. La extraño tanto que los días se me hacen interminables. Sólo me consuela escuchar su voz por teléfono y saber que aún me ama. Ella es la mitad de mi alma.

ASÍ NACÍ

MSK

EN LA ESCUELA JUGUETEABA con las niñas y reían conmigo. Mi uniforme era un peto rojo con cuadritos pequeños, una falda y una blusa blanca. Con el tiempo dejaron de gustarme las falditas. Me encantaban los pantalones y quería una bici, como todos los niños de la colonia. En la primaria tenía una amiguita que se apellidaba Preciosa. Era una niña solitaria, morenita, simpática, que se la pasaba conmigo. Éramos novias a los 11 años. Nos dábamos besos de piquito, inocentes. Entró a la escuela una nueva niña, Mariana. Le empecé a hablar y nos hicimos amigas. Era muy bonita, con el pelo quebrado, redondo, pecosita. Una vez iba yo caminando con Preciosa cuando llegó Mariana y me dijo: “¿Verdad que a mí me quieres más y me prefieres? ¡Díselo a ésta!”.

Y, tomándome del brazo, me llevó con ella. No me dejó contestar. Esos fueron mis primeros conflictos amorosos. Llegamos a México y los vecinos me decían marimacho. Yo no sabía cómo reaccionar. Decidí vestirme más femenina. Mis hermanas como que se avergonzaban de mí.

—Quiero hablar contigo —le dije una vez a mi mamá—. Es algo muy serio. No sé qué me pasa. Creo que estoy enferma.

—Qué te sucede.

—No te vayas a enojar, por favor. Prométemelo. Es que a mí no me gustan los hombres.

—Pues entonces, ¿qué te gusta?

—¡Las mujeres!

Y empecé a llorar. Creo que fue la primera vez que me puso atención. Se acercó, me abrazó y me dio un beso.

—Ay, hija. No llores. Yo te quiero mucho. Eres mi mejor hija, la que siempre se preocupa por mí. Yo ya lo sabía, sólo que me daba pena preguntarte. Seas como seas, yo siempre voy a quererte. Perdóname tú a mí, hijita.

Y nos pusimos a llorar. Desde entonces empecé a sentirme mejor. Mis hermanos poco a poco me aceptaron. Eran como mis hijitos: siempre los defendía como podía. Mi hermano Miguel era mi alcahuete; andábamos todo el tiempo juntos. Mi hermana Cande es la más moralista y decente, se parece a mi mamá: siempre chillando. Mi hermana Rosario es dedicada a sus hijos y no ve nada más allá. Mi hermana Marianne es la pequeña. Era mi consentida, pero nunca se dio cuenta.

Después conocí a Guadalupe. Ella tenía 14 años y atendía una papelería, enfrente del mercado donde yo trabajaba. El dueño era su padrino. Y se sentía la muy muy. Era alta, delgada, bonita, de ojos muy expresivos y pelo lacio. Le encantaba jugar con Javier, su hermanito, muy parecido a ella. Siempre nos veíamos feo y nos hacíamos caracolitos con la mano o nos mentábamos la madre.

Ella iba a la secundaria de la colonia Casas Alemán, junto a un cine y una enorme explanada, donde había una gran asta bandera. Su mamá iba a recogerla. Lupe y yo nos quedábamos

mirando y me sonreía de lejos. Un día, cuando ya me iba a mi casa, me alcanzó.

—Mari... —me dijo.

Me volví con una sonrisa, pues me gustaba mucho y me estaba hablando.

—¿Qué paso?

—Te invito a mi casa.

—¿Sí?

—A tomar un vaso de refresco frío y a escuchar música. Mis hermanos están en la escuela y mis papás se fueron a trabajar.

Apenas podía creer lo que estaba escuchando. Llegamos a un departamento.

—Pásate y siéntate —me dijo señalándome un sillón de la sala. Se dirigió a la cocina. Era la primera vez que alguien me ponía tan nerviosa. Las manos me sudaban a chorros. Me sentía estúpida, idiota.

—¿Qué música te gusta?

—De todo un poco.

Puso un disco de Timbiriche y se puso a bailar y a cantar enfrente de mí, imitando a los que cantaban. Yo nada más reía. Ella se acercó a mí, toda agitada por el baile.

—¿Quieres ser mi novia? —me preguntó y me besó en la boca.

Era el primer beso que me había gustado. De ahí siguieron más. Yo sentía un calorcito recorrer mi cuerpo, una sensación extraña. Ahora sé que se llama *deseo*. Me recostó y nos besamos mucho. Se subió arriba de mí con todo y ropa. Yo sentía rico los raspaditos.

—Ya me voy —le dije después de un rato.

—No, espérate.

Me daba miedo. Yo nunca lo había hecho y si me lo pedía, ¿cómo carajos lo iba a hacer? Ni siquiera lo imaginaba. Ya

sabía que el hombre introducía el pene en la vagina, pero necesitaba saber cómo lo hacían dos mujeres; a cualquiera que le preguntara pondría el grito en el cielo.

—Te llevo a tu casa —y me abrazó.

Llegamos a la unidad habitacional donde vivía. Me apresuré a atravesar la gran reja. Ella me tomó del brazo.

—No me has contestado —me dijo—. ¿Quieres ser mi novia?

—Sí, sí quiero ser tu novia.

—Mañana te veo en el trabajo.

No le contesté. Caminaba como si estuviera flotando. Llevaba los besos en mi boca, casi los sentía. Al otro día me daba pena verla, pero quería verla.

Cuando llegué a mi trabajo vi la cortina cerrada de la papelería. Tiempo después la vi recargada en el mostrador sonriéndome y mandándome besos cuando su madrina no la veía. Me los aventaba con la mano y les soplabla con la boca para que me llegaran. Yo me ponía roja y sonreía. Ahora la veía más bonita y encantadora. La niña fresita era mi novia.

Un día estábamos en la recámara de sus papás. Escuchábamos música y bebíamos una cerveza que le habíamos robado a su papá. Empezamos a besarnos mucho en la boca, sin soltarnos, los pantalones abajo. Frotándonos y con movimientos circulares de cadera tuve mi primer orgasmo. Nos vestimos y seguimos besándonos.

Durante varios años estuvimos juntas. Hasta nos escapamos de nuestras casas. Su mamá no me quería, pero terminó por aceptarme. Su papá es alto, fortachón y muy lindo. Jamás me trató mal, trabajaba en una empresa de refrescos y ganaba muy bien. Cuando iba a comprarle ropa a Lupe, ella le pedía algo para mí. En la noche, ella le sacaba dinero del pantalón para llevarme a comer. O íbamos al cine donde nunca veíamos la película y terminábamos en los

baños, cachondeando. Por ser menores de edad no podíamos entrar a un hotel.

Hace nueve años que no sé de ella. Tiene hijos, pero ignoro dónde vive. Si un día la llego a ver le repetiré que fue mi primer amor. Ahora no tengo miedo de expresar lo que soy. Y si volviera a nacer le pediría a Dios que me dejara igual.

POR MI INOCENCIA

Gabriela

TENÍA CUATRO AÑOS y estaba jugando. Sin querer, la pelota se había ido al patio de la vecina y fue a caer a la olla de comida que tenía en medio del patio, en el bracerero. La señora me insultó e intentó golpearme. Mi papá me defendió y le dijo palabrotas que nunca le había oído.

A los pocos días, el hijo mayor de esa señora, que tendría 23 años, quizás por vengar a su madre, me llevó a un sembradío de la milpa para bajarme la pantaleta y tocar mi sexo. No me introdujo nada. Por mi inocencia yo me dejé tocar. Me gustó. Era algo que jamás había sentido. Yo nunca le dije nada a mi madre.

Un día entendí que eso era terrible porque escuché que la madre de una compañera le decía que no se dejara tocar porque eso era abuso sexual. Y fue entonces cuando le pregunté a mi mamá por qué esa mujer le había dicho eso a su hija.

Ese hombre no debió hacerme lo que me hizo porque me despertó una ansiedad tremenda, al grado de que fui a buscarlo para que me siguiera tocando por el gusto y la emoción que

me causaba sentir su mano. Una vez mi madre me encontró dormida en el sembradío donde había un chilar de poblanos. Me levantó y me llevó a la cama. Por poco y me encuentra con ese hombre. Él me había dado la orden de acostarme mientras él iba a comprarme dulces. Creo que el sol, que estaba tan fuerte, hizo que me quedara dormida.

Esta experiencia ha de ser la causante de que no permita que ningún hombre se me acerque para entablar relaciones amorosas. Sólo he tenido amigos y compañeros. No quiero decir que esa experiencia sea la causa por la que me gustan las mujeres. Desde siempre me han llamado la atención. Yo comprendo las necesidades sexuales de ese hombre que me hizo esos tocamientos, pero no debió calmar sus ganas conmigo. Nadie debe tocar a los niños de esa manera.

Por fin pude escribirlo, pero al recordarlo vuelvo a llorar.

ESTILO DE VIDA

Guadalupe Salazar

A LOS DOS DÍAS DE LLEGAR AQUÍ (era fin de semana), las señoras, como aquí se nos llama, sacaron una grabadora al área cercana al comedor. Pusieron música salsa y gruperá. Era un volumen que retumbaba en las paredes. Y empezaron a bailar entre ellas. De pronto, observé algo que me llamó mucho la atención. Eran parejas de novias, novios o amantes. Vi a una parejita tomada de la mano, una de ellas se recargó en la pared y la otra se colocó encima de ella, dándole la espalda, mientras la primera metía mano por donde podía. Otra pareja hacía lo mismo. Otra más... Muchas. Y todas repetían el mismo esquema. En alguna colchoneta, una o dos parejas se hacían arrumacos, se daban besos estridentes y, por supuesto, más metidas de mano.

¿Es la costumbre? ¿Los hábitos se hacen leyes? Es el estilo de vida de este lugar. Mientras bailaban, muchas observábamos. Yo intenté hacerlo discretamente. No soy homofóbica, pero todavía me impactan las relaciones entre mujeres. Y aquí las manifestaciones eróticas se agudizan. Dije *eróticas*, iba a escribir *amorosas*, pero aún no me explico si es amor o solamente sexo.

Quienes tienen parejas masculinas fuera de aquí, ¿por qué mantienen relaciones con mujeres? ¿Será falta de afecto? ¿Necesidad de cariño? ¿Sentir que alguien se interesa por ellas? ¿Por qué, además, en forma tan exaltada? A la vista de todas. Qué bueno que hace tiempo estoy más allá del bien y del mal. Tengo 54 años y muchas cosas en qué pensar. He vivido mucho y muy bien. Soy muy consciente de mi heterosexualidad y hace tiempo aprendí a sublimarla con actividades intelectuales. Tengo amigos gays, valiosos e interesantes. Aquí, de plano, no me gustan este tipo de fiestecitas.

LEER LA CARTILLA

Maribel Reyes Gutiérrez

EN LA CÁRCEL TENEMOS tantos problemas que fácilmente confundimos nuestros sentimientos. Por doquier veo arrumacos, besos, escucho palabras amorosas y gemidos de placer. Y de repente, todo se convierte en odio, golpes y palabras hirientes, como si entre las antiguas amantes nunca hubiese existido cariño. A mí me hizo falta tiempo para amar a mi Angie. En los cinco años que convivimos hubo detalles y cursilerías. Nunca perdimos el tiempo en discusiones ni nos golpeamos. Nos sentíamos seguras una de la otra. Teníamos libertad de elegir a nuestras amistades, hombres o mujeres. Podíamos platicar, abrazar, jugar y reír con la gente que nos rodeaba sin sentirnos traicionadas. Aunque no faltó quien metiera cizaña, jamás le dimos importancia.

Siempre dijimos que las dos éramos mujeres y, como tales, nos apoyábamos. Hoy veo con tristeza y vergüenza otras relaciones. Con vergüenza porque podría pensarse que todas las lesbianas somos iguales. Las agresiones entre parejas de mujeres sólo provocan desprecio en quienes las miramos comportarse como machos celosos. Piensan que

sus mujeres no tienen derecho a hablar o sonreír con nadie. Si no es por sus ojos, no permiten mirar otra luz. ¿Cuándo van a entender que el ser humano es maravilloso? No somos animales ni objetos para tener dueño. Somos libres para amar, sonreír y vivir sin pedir permiso.

Últimamente ha habido muchas peleas entre parejas. Por eso les escribo lo siguiente...

Compañeras:

Si desde el principio admiten el maltrato, volverá a suceder. Y si una vez perdonan una mentada de madre o un golpe o una orden, tendrán que dispensar muchas más. Pero eso ya no es amor, y ya no eres dueña de ti misma.

La dignidad, seas quien seas, es primero. Y si las agresoras no se quieren a sí mismas, mucho menos te van a querer a ti. Su corazón está tan lleno de odio y rencor que no permite palpar al tuyo sino al ritmo de su egoísmo y frustración.

Somos mujeres en una cárcel y vivimos en la Sección Femenil. *Fe-me-nil* significa que no hay hombres. Pero aquí veo a varios machos queriendo ahorcar o golpear a su pareja. A veces las autoridades intervienen y se ven en la necesidad de controlar a las agresoras por la fuerza; entonces, a los machos les tiemblan las chichis y cacarean como gallinas. Y piden trato de mujer. Pero en la comunidad se comportan como machos drogadictos. Se sienten grandes exhibiendo a las tontas que se enamoraron de ellas. Y las ofendidas, por soledad o por muy baja autoestima, creen que no podrán vivir aquí sin ellas.

¡Qué vergüenza, mujer, verte golpear a otra! ¡Eres la vulgar imitación del macho! *No pretendas ser hombre porque el varón*

verdadero procura y respeta a su mujer. La defiende hasta con su propia vida, si es preciso. En cambio, tú eres una lesbiana ignorante, carente de respeto y sabiduría. Me pregunto cuándo serás feliz.

LA SEPARACIÓN DE LAS AMANTES

Maribel Reyes Gutiérrez

VIERNES 8 DE MAYO DE 2009. Eran las diez de la noche cuando la custodia, desde fuera de la celda, dio una orden.

—Señora, recoja sus pertenencias. Se cambia de celda.

Intrigadas, nos levantamos de nuestras camas.

—Doña Irma —le dijimos—, no se deje. ¿Por qué van a cambiarla?

—Yo no pedí mi cambio —le dijo doña Irma, asustada, a la custodia.

—Son órdenes.

Doña Irma se apresuró a recoger sus cosas. La sacaron y metieron a otra interna en su lugar. Todas sentimos feo, pues ya nos habíamos acostumbrado a ella. Vimos cómo fueron sacando de su celda a varias internas conflictivas, de esas a las que les gusta hacer su desmadre y se sienten bien avionas, pero cuando les cae la voladora ya no saben qué hacer. En cualquier celda adonde llegan siempre tienen problemas por su gran capacidad de fabricar chismes y mentiras; las repartieron en varias celdas.

Curiosas, nos asomamos por las mirillas de las puertas. Los cambios de celda terminaron como a las doce y media. Nos preparábamos para dormir cuando empezaron a escucharse los gritos de una compañera. Y ahí vamos, otra vez, a la mirilla. Había dos custodios fuera de la celda, varias custodias entraban a la celda cinco. *Traslados*, dijimos. Se llevaban a la gordita, que tenía a su pareja aquí; su novia gritaba y lloraba desesperada: “¡No se la lleven, por favor! No, tú no. ¿Por qué?”.

Las custodias, al parecer, no podían sacarla de la celda. La novia se oponía. Entraron más custodias. Yo sentía un hueco en el pecho escuchando sus gritos de dolor y desesperación. Las custodias sacaron, forcejeando, a la gordita, quien lloraba muy feo. Se recargó en la pared preguntándose: “¿Por qué a mí? ¡Por qué a mí, chingá!”.

Las custodias cerraron la celda. La novia tenía las manos aferradas a la mirilla. Le gritaba: “¡Gordita, te amo! ¡Te amo, no te vayas!”. A una de las compañeras que curioseaban le solicitó: “¡Te encargo a mi mujer!”.

Las custodias se llevaron a la gordita. Algunas se burlaban de ella. Yo sé perfectamente que era una pareja muy conflictiva que se andaba dando en la madre a cada rato. Al otro día vimos a la novia toda paliducha y triste. Me comentó que le iba a hablar a su marido para pedirle una lana. Y se salió de mi celda...

—Ya me voy, tu música me pone triste.

—Sale. Cuídate.

En la noche, una compañera nos dijo que ahora se llevaban a la novia de la gordita de traslado. La custodia le vino a avisar que preparara sus cosas. Nosotras pensamos que era broma. No subía la custodia ni se oía desmadre como el día anterior. Y ahí estábamos en las mirillas, esperando el suceso. Y subió

la custodia y sacó a la novia de la gordita, llorando, con sus bolsas. Muchas le gritaron que se cuidara, que le echara ganas. Ella contestaba que sí.

Se dice que nada más trasladan a las conflictivas, pero las sentenciadas somos las más espantadas. A mí casi no viene a verme mi familia. Si me llevaran a un lugar más lejano, creo que jamás volvería a verla. Aunque ni en rifa he salido no descarto la idea. Aquí todas estamos expuestas. He visto cómo se van llorando; algunas se hacen las fuertes. Otras se van contentas, pues pidieron su traslado. Pero a todas se nos para el corazón cuando escuchamos a la custodia decir: “¡Señora, recoja sus pertenencias!”.

¿PARA QUÉ LEVANTARME?

Jessica Nochebuena

ABRO LOS OJOS Y PIENSO: *No puede ser verdad*. Y me tapo hasta el cuello con la cobija y vuelvo a dormir. Más tarde, abro los ojos: *No quiero que amanezca. No quiero pararme hoy. Otro maldito día*. El hombro me hormiguea hasta el codo; no quiero moverme, pero tomo fuerza y me doy vuelta; quedo recostada sobre el otro hombro. Otra vez siento ese nudo en la garganta que desde hace días está ahí, como estaca. ¿Para qué levantarme? ¿Qué hago hoy? Es lo mismo de siempre: las mismas caras, los mismos discursos de la psicóloga: “Como mujeres valen mucho. Respétense. El que estén encerradas no significa que se devalúen”. Pero las custodias nos dicen: “¿Derechos? ¿Cuáles? Estando aquí, hija, tus derechos valen madre. ¡Son como animales!”.

Y apenas es jueves. Hay que esperar dos días más y lo que falta de este maldito día, que apenas comienza, para que sea domingo. ¿Y para qué? Ya no me gustan los domingos: más problemas, tristezas, impotencia por no poder aminorar las cargas de mi madre, que está enferma, sola y... *Definitivamente, hoy no me levanto. Paso la lista de las 8:30, ¡y a dormir! No quiero*

saber nada, no quiero vivir por hoy. Cierro los ojos. Son las 7:30. Una horita...

—¡Culera de mierda! ¡Dime de frente lo que andas hablando! Abro los ojos con ese grito.

—¡A mí no me espantas, perra! ¡Me vale madres con quién te metas! —alguien respondió con esa demostración de poder pulmonar mientras agudizaba mi oído e intentaba descubrir de quién eran los gritos de desafío en el pasillo, justo enfrente de nuestra celda.

—¡Cuida tu raza; no sabes con quién te metiste! —*esa es Mariana. Sí, segurito; se siente la más chingona del penal. Y la otra es...*

—¡Ya te dije, perra. No te tengo miedo, y aunque esté panzona, cuando quieras te parto la...!

Panzona. Y con voz gangosa. Es Lucía; sí, claro. Ella decía que Mariana andaba de fácil con un tipo del dormitorio cuatro que no es su esposo. Eso lo escuché hace como un mes; es chisme viejo.

—¡Ya, cállenlas, por favor!

—¡Ya cállense, pancheras, guaguaronas!

—¡Rómpanse la madre y ya dejen dormir! —este grito fue apoyado por varias más. Y terminó la función, que no logró que me moviera ni un centímetro. *No le he llamado a mi mamá en toda la semana; debe de estar preocupada. Tengo que bajar y pelearme por el teléfono. O hacer fila media hora.*

—¡Lista, señoras!

¡Traigo pijama! Rápido me paro como loca a buscar el pantalón, metérmelo encima de la pijama, los tenis. Si paso lista en chancas es castigo seguro. Una peinada. Me pongo la chamarra. Salgo cojeando, metiéndome el tenis derecho mientras camino. Todas chocamos o tropezamos; la mayoría, medio dormidas, como zombis.

—¡A ver, señoras, cállense. La que no se bañó está castigada.

¡Ay no, no puede ser! Es el segundo turno: las más castrosas. Mientras van pasando lista van poniendo una marca a las que no permitieron que el agua las saludara. De las 140 internas, 100 no nos bañamos. ¿Qué planearán hacer? ¿Talacha general? Me envuelvo de nuevo en mi cobertor azul.

—¡Las castigadas, a desyerbar! —grita la custodia Silvia

—Vámonos, Jessie. Arrancamos unos pastitos y ya nos subimos; córrele. Si no, nos va a poner a despegar chicles —me dice Donají mientras me sacude las caderas y me despega del cobertor como si fuera calcomanía. Como puedo, me paro y la sigo; me uno a la gran fila. En la parte lateral de la sección hay un enrejado que prohíbe el paso hacia una zona a la que antes podíamos entrar, pues rodeaba el edificio de la sección. Tiene escaleras y se ve que en otros tiempos el paseo por ahí era agradable. Pero ahora está sucio y el pasto crece y crece y crece. Ya se hizo maleza y está lleno de arañas dignas de las películas de Spielberg. Entramos en acción las podadoras humanas. Donají, Norma, María Luisa y yo elegimos la parte alta. La verdad, sólo nos hicimos tontas; arrancamos unos pastitos, los hicimos montón y los cargamos pasando frente a la custodia, con cara de cansancio:

—Ya, custodia, ¿podemos retirarnos?

—Sí, aquí ya hay muchas. Por ser de las primeras en bajar ya se pueden ir.

¡Uf! La libramos. Regreso a mi celda. *Me baño y me duermo.* El agua fría me hace despertar por completo. Apenas estoy tallándome la cabeza... *El agua...* ¡Ya no hay agua! Pude terminar de enjuagarme gracias a los garrafones llenos de agua helada. Después de mucho sufrir, salgo del baño, titiritando. Afuera todas me miran:

—¿Ya no hay agua?

—Qué raro, si en este turno no la quitan.

Donají se mete, abre la llave para cerciorarse y...

—¡Ya regresó el agua! —grita Norma

—¡Para qué me paré hoy! —grito, enrollándome en el cobertor.

No pasaron más de veinte minutos, cuando un tronido me despertó: ¡zzz!

—No, tonta. No deben pegarse los cables.

—Me di un pinche toquezote, mana. No mames, hasta los ovarios se me pusieron de anginas.

—A ver, yo los pongo.

—No, güey, traes las chanclas mojadas. Jessica les pone una calceta en medio.

—Conque no toques los dos al mismo tiempo no pasa nada.

Otro cortazo: ¡zzz!

Ay, estas viejas van a acabar con mi toma de corriente.

—Hasta estrellitas vi.

—Ni madres, yo ya no le muevo ahí.

—¿Y cómo vamos a hacernos de desayunar?

—Mejor despierto a Jessi.

—Ay, ya las oí —les digo y me levanto—. Yo también tengo hambre.

Desayunamos salchichas con huevo; una torta cada quien: somos seis. Mago puso las salchichas y el huevo. Luisa, el aceite. Norma trajo el pan de la cocina. Y yo cocino unas salchichas para Dona, pues no le gusta el huevo.

Por la tarde, llamo para saludar a mamá. Por su tono de voz intento adivinar cómo está. Me dice que está bien, pero no le creo. La llamada fue breve, dos minutos, es a celular y sale caro. No tengo mucho crédito en mi tarjeta y debo racionarla. Después marco a Jesús, mi marido. No contesta. Ya me cuesta trabajo comunicarme con él.

Paso la última lista. Deseo, de verdad, que la noche dure mucho y que me dé fuerzas para despertar con ganas de vivir. Pensar lo contrario trae mala, muy mala suerte.

SECUESTROS EXPRESS

Gloria Catalán Delgado

EL JUEVES POR LA NOCHE, después de encerrarnos, una compañera me dijo: “Gloria, te hablan”. Me bajé de la cama y me dirigí a la puerta; me asomé por la mirilla para ver quién me hablaba. Eran las chicas de la celda cuatro: Ana, Lili, Rosy e Ivonne.

—Mañana vas a ver lo que te va a pasar —me amenazaron.

—¡Montoneras!, pero para las cuatro tengo.

Nos fuimos cada quien a su cama. A las seis pasaron lista y regresé a recostarme.

—Gloria Catalán, te habla la custodia.

¿Quién será si no tengo talacha y hoy no peino a nadie? Volví a escuchar mi nombre y salí de la celda, molesta.

—Ya escuché. Con un sólo grito basta; no necesitan gritarme tanto.

Cuando iba bajando las escaleras vi a la custodia Chío y le pregunté si ella me llamaba.

—Yo no. Sólo la custodia Francis está levantada.

Bajé hasta Cubil de Custodias y no había nadie. Me subí a mi celda refunfuñando: “Ay no, pinches viejas: sólo lo hacen para molestar”.

Cuando estaba a punto de llegar a mi celda salió Ana de la celda de enfrente; detrás de ella, Lili, Ivonne y Rosy: “¡Te chingaste!”.

Me agarraron y me metieron a su celda mientras me tapaban la boca. Primero me saqué de onda, pero después me solté a reír: estaban secuestrándome. Mientras una me amarraba de los pies, otra me amarraba de las manos. Lili intentó vendarme la boca, pero no podía.

—¿Cómo es que Ana y Lili vienen por secuestro? —les pregunté—. Con razón están aquí. ¿Así secuestraban? —y me reí.

Me dejaron la venda de la boca un poco floja. Me llevaron junto a la puerta y me sentaron en un banco.

—Aquí te quedas; vigila nuestro sueño —y me pusieron una nota entre la ropa: *Fue secuestrada*.

Dejé que se subieran a sus camas. Con un ligero movimiento de cabeza se me cayó la venda. Me desamarré con la boca la venda de las manos y me desaté los pies. Salí corriendo mientras decía: “¡Esto no se va a quedar así!”.

Me subí a mi cama y les hice una nota: *Ana, Lili, Ivonne y Rosy: no saben secuestrar, jajaja. A ver si ya aprenden a ser buenas secuestradoras. Pero les tengo una sorpresita. Atte, su secuestrada*. Salí y la pegué en su puerta.

Ya no pude dormir por estar pensando qué les iba a hacer. Por fin decidí secuestrar a una de ellas. Yo sí la iba a amarrar bien, en una de las camas, e iba a ponerle música de alabanza cristiana: un tormento verdadero. Luego hice un dedo y una oreja con esponja y les puse marcador rojo, simulando sangre para enviárselas a sus compañeras con notitas, donde se les solicitaba que pagaran el rescate: unas papas Sabritas, una Coca Cola y un Gansito.

El viernes, mientras hacía la limpieza de la celda, Edith y yo planeábamos lo que íbamos a hacer. A Lili íbamos a robarle

algo porque es frágil y no podíamos lastimarla. En cuanto se dio la oportunidad le robamos un pants del América. Estuvo dispuesta a cooperar para recuperarlo.

La primera víctima fue Ana, quien muy confiada me pidió que la peinara. Por supuesto, la despeiné y le enredé el cabello. Le pintamos la cara y brazos con marcadores de agua verde y rojo. Además, le pusimos miel maple en el rostro y el cabello. Ella gritaba, pero nadie corrió a socorrerla; su bandita no estaba. Cuando la liberamos corrió a buscarlas. En cuanto la vieron comenzaron a carcajearse. Todas nos cuidábamos de ser atrapadas.

—Señoras, las que quieren una cita con el director, está en la planta baja.

Edith y yo bajamos a firmar la guía. Esperamos a que dieran las tres de la tarde para dar inicio al partido de voli. A los pocos minutos vimos a las contrincantes persiguiendo a Chayo. Corrí para defenderla, pero Ana me atrapó. Le grité a Edith para que fuera a auxiliarme. La subdirectora andaba por ahí.

—Tírate —me dijo Edith al llegar frente al Libro Club, y las dos nos dejamos caer, pegadas como muérganos.

Las adversarias no podían separarnos. Nos vaciaron una botella de agua.

—A ver, ustedes, levántense. Las voy a llevar a certificar —nos ordenó, molesta, la custodia. Yo estaba muerta de risa y empapada. La custodia nos indicó que bajáramos al cubil. Y fuimos las siete: Selene, Rosy, Ana, Ivonne, Rosario, Edith y yo. Le dijimos que sólo estábamos jugando.

—No respetaron a una autoridad. Le faltaron el respeto a la subdirectora.

—¿Y qué prefiere?, ¿que nos estemos drogando?

—¿No entiendes? No es por el juego: es por la falta de respeto a la autoridad. Están castigadas con talacha.

Yo no podía dejar de reírme. *¿Cómo iba a ir a Servicio Médico con la playera mojada?*

—Una pregunta, ¿podemos seguir jugando? Además, ya se fue la subdirectora.

—Sí, pero sin agua.

Chayo se fue a la celda a hacer del baño. Edith, a recoger su barco. A los pocos minutos llegó corriendo Janete para informarnos que habían agarrado a Chayo. Corrí a rescatarla, pero ya la tenían en la celda. Enseguida secuestramos a Lili. En eso, entró Chayo guacareándose: “Esas viejas revolviéron azúcar, miel y chocolate y me lo dieron a comer. Me dio asco. Ya saben que no me gusta lo dulce. Se espantaron porque me puse pálida”.

Nosotras llevamos a Lili al baño, le tapamos los ojos con un paliacate, le mojamos el cabello y la llenamos de harina.

—Grita —le exigía Edith.

—¿Qué le estarán haciendo? —decían sus compinches.

Hicimos un trato: si Lili se dejaba hacer las travesuras, le entregaríamos el pants. Pedimos tiempo en lo que íbamos a jugar voli. Lili se fue a bañar. Cuando terminamos el juego fuimos por Selene y la metimos al baño; a ella le pusimos harina, agua y mostaza. Gritó y gritó pero nadie le hizo el paro. Apestaba horrible. La dejamos sentadita, fuera de su celda, con una nota: *Si quieren más, nos avisan, jajaja.*

Así terminamos el viernes de juegos. El sábado a las seis de la mañana, después de la lista, las que estábamos castigadas fuimos a verificar el cuaderno para ver qué labores nos tocaba hacer. A Chayo le tocó planta baja. A Rosy, patio. A Ivonne, trastes. A mí, comedor. Ivonne no cumplió el castigo porque pagó su talacha.

Y así cumplimos nuestro castigo por un día de juego.

CERTIFICAR

Gloria Catalán Delgado

MI CERTIFICACIÓN INICIAL FUE cuando me apandaron la primera vez. Todo sucedió cuando estábamos desayunando. Mónica empezó a discutir con Alejandra por una pistola de silicón. Las dos habían tenido una relación amorosa. Al escuchar cómo Mónica le gritoneaba y le decía majadería y media a Alejandra, me levanté de la mesa y me subí a la banca. Así podía ver de frente a Mónica, pues a su lado estoy chaparra.

—Mónica —le dije—, deja que termine de desayunar y ahorita te da tu pistola.

—Tú no la defiendas. ¿Para qué te metes?

A estas alturas ya había insultado a varias chicas que le pidieron que se calmara.

—Ya cálmate; ahorita te la da —volví a pedirle.

Me miró de nuevo y me soltó una sarta de majaderías. Sin pensarlo, le di un bofetadón. Y me lo devolvió. Empuñé mis manos con toda la intención de agarrarla a trancazos. Un jalón que alguien me dio por detrás me obligó a hacerme a un lado. A los 10 minutos subieron las custodias y nos hablaron a

Mónica, a Angélica y a mí. Nos llevaron a Cubil de Custodias para interrogarnos. A la custodia que se apellida Miniña le expliqué: “Le di una bofetada porque la señora se puso loca por una pistola de silicón”.

A Angélica la sacaron del cubil cuando la revisaron para ver si tenía golpes y se confirmó que nada tenía que ver con el altercado. En cambio, Mónica pidió la presencia de Angélica porque aseguró que también le había pegado. Yo aseguré que no era cierto. La mandaron llamar y sólo pudo poner su cara de espantada. A todas nos llevaron a Servicio Médico.

Una por una nos metieron al consultorio. Los doctores se nos quedaban viendo. Salió el dentista...

—Y ahora, ¿tú qué haces aquí? —me preguntó sorprendido—. Ah, eres de las que se pelearon.

—Qué rápido llegan los chismes —dije y me reí.

No tenía idea de lo que iban a hacernos, pues nunca me habían mandado a certificar. Y no podía preguntarle a Mónica, ya que estaba molesta con ella. A los 20 minutos entré al consultorio. El doctor se me quedó viendo.

—A ver..., alza la cara —me dijo y me observó de un lado y otro. Me revisó los oídos, el cuello. Me pidió que me quitara la blusa y comenzó a explorarme—. No trae ningún golpe hasta ahorita —le comentó a la custodia—. Ponte la blusa y bájate el pants hasta el tobillo. Vístete. No traes ningún golpe superficial ni externo —me dijo cuando terminó su exploración.

En un papel escribió que no traía golpes, que me encontraba en perfectas condiciones y que no estaba intoxicada. Entonces comprendí que había dos tipos de certificados médicos: uno donde informan si traes golpes y cuál es su gravedad, y otro donde informan si estás intoxicada o alcoholizada.

Me han contado algunas compañeras que cuando las llevan a certificar por intoxicación las hacen caminar por una

raya y hacer el cuatro y movimientos con las manos. Revisan la boca para ver si tienen saliva o no. Si les comprueban que están intoxicadas, les levantan el reporte y las apandan. Pero algunas compañeras ya se la saben y logran engañar al doctor y se libran del apando.

Estos reportes también sirven para que el personal de custodias pueda ampararse. Y las que vamos por una riña, aunque no traigamos golpes, no nos salvamos del apando.

TINTA Y SANGRE

Gloria Catalán Delgado

EL VIERNES EMMA ME RETÓ. Me dijo que no me atrevería a hacerme un tatuaje. Como no me gusta que me reten, le pregunté qué ganaría si me lo hacía. Me respondió que dijera lo que yo quisiera. Yo le traía muchas ganas a una playera blanca con azul rey, con el escudo del América, el equipo al que le voy; ella le va a las Chivas. No quedó claro qué perdería yo si me rehusaba. El reto era un pretexto, desde hacía años yo quería hacerme uno, pero por respeto a mi mamá no me lo hice.

Emma me llevó con Larissa, una compañera de la celda dos para que me lo hiciera.

—Venimos a ver si le puedes hacer un tatú a Yoyis.

—¿Tú?, pero si no tienes ninguno.

—No, pero me retaron y aquí estoy.

—¿Qué quieres que te haga?

—No sé. ¿Qué me sugieres?

—¿Una greca? Esta significa que tienes varios caminos, pero, la verdad, está muy grande el dibujo y no lo vas a aguantar. Negra, diseñale uno más chico —le pidió Larissa a su asistente.

—Sí, espérame tantito —estaba tejiendo una gorra.

Mientras tanto, me enseñaron un cuaderno con varios dibujos. Lo hojeé dos veces. Estaba haciendo tiempo. Una parte de mí me decía que no lo hiciera. Y la otra, *hazlo. Le traes ganas desde cuándo*. Por fin, mi mirada se impresionó con un dibujo: un sol en medio de dos lunas y unas grecas a los lados.

—¿Estás segura?

Dentro del sol tenía que ir la *E*, la inicial de Emma. Abajo, *Mary*, como mi hija. Me pidieron que me sentara en un bote y me descubrieron la cadera. La Negra comenzó a dibujar. Mis manos sudaban. Le pedí a Emma que se sentara frente a mí y me platicara algo. Empecé a escuchar la maquinita. *Estás a tiempo de arrepentirte. ¡No, yo lo quiero!*, discutía mi consciencia.

Larissa se sentó detrás de mí y me estiró la piel. Sentí como si me la rasgaran. Dolía muchísimo. Me mordía los labios para no gritar y le apretaba las manos a Emma. Se empezó a adormecer esa parte. Era un dolor tolerable. Pero en una de esas, me dolió tanto que le mordí la mano a Emma. El recorrido de la aguja en mi piel me ardía. Con una toallita húmeda me iban limpiando la piel tatuada. Cuando Larissa llegó al sol el dolor se intensificó. No sabía si levantarme o seguir. Seguí. Sentí cómo iban iluminando. Me tapé la boca para ahogar los gritos. En eso llegó la Cherepa.

—Yoyis, ¿tú?

Asentí con la cabeza. Se quedó a ver.

—No gritas ni te quejas. Sí que te estás aguantando. Yo tuve que tomarme ocho chochos para que no me doliera. Y aun así gritaba. ¿Qué, no te duele?

—Sí, pero me estoy aguantando.

—Qué valiente. Son muy pocas las que no gritan.

—Lari, déjame respirar profundo. Me está doliendo más del lado izquierdo.

—Es normal, a la mayoría les duele más ese lado.

Cuando terminó, Emma, la Negra, Lari y Cherepa lo contemplaron. Sentí una palmada en el tatú.

Me recomendaron que me pusiera crema, que no comiera carne de puerco ni estuviera en el sol, que no me tallara con zacate (sólo con jabón) y que me secara cuidadosamente.

Me fui a mi celda para ponerme una sudadera; mi pantalón se había manchado de tinta y sangre. No quería cambiarme para no levantar sospechas. Después de pasar la lista me fui a mi celda y me dispuse a ver la tele, pero estuve incómoda. Me dolía y ardía mucho, como si me estuvieran poniendo limón en la herida. Me levanté y me fui a caminar.

Llegó la hora de encerrarnos. En la celda convivo con Chayo y Edith, y no pude ocultarles lo que había hecho.

—¡Qué güevos para hacerte eso!

—¿Qué te va a decir tu hermano?

—No sé. A lo mejor ni le digo.

El domingo llegó mi hermano.

—Oye, ¿te enojarías si me hiciera un tatú? —le pregunté antes de que alguien le fuera con el chisme.

—Lo que me molestaría es que te estuvieras drogando. ¿Por qué? —sólo me le quedé viendo—. ¿Te vas a hacer uno?

—Ya me lo hice.

—A ver.

—Está padre —y con su puño me remolió cerca del tatuaje y me dejó adolorido—. ¿Te lo hicieron con todos los cuidados de higiene? ¿Cambió la aguja? Ahora, cuídate.

Cada vez que puedo me observo el tatuaje en el espejo. Me agrada. Valió la pena el dolor.

El tatuaje se hizo con la mayor discreción porque no está permitido. Esta acción amerita apando para todas las que participamos.

BRONCEADO FEBRIL

Rina

AL BAJAR A HABLAR POR TELÉFONO me encontré con una compañera que estaba pálida y con grandes ojeras; parecía zombi.

—Me siento muy mal —me dijo con voz tétrica.

—¿Qué tienes?

—Mucho vómito y diarrea. En la noche tuve fiebre. Algo comí que me hizo daño.

—¿Y ya pasaste al doctor?

—Sí, pero sólo me dio estas pastillas para la fiebre. Y no soy la única. Hay varias enfermas. Yo creo que fue el pollo en la ensalada de ayer.

Proseguí mi camino y me encontré a doña Rosa, que traía el mismo bronceado febril que la anterior

—Ay, hija, anoche me moría y tú ni te enteraste.

—¿Usted también está malita?

—Ese cochino pollo de la ensalada;apestaba a podrido, pero la Martita se lo comía tan rico que me preparé una torta. Y como no hay medicamento, dice el doctor que mejor lo pida de la calle.

Varias mujeres estaban solicitando medicamentos a sus familiares por teléfono. Por el camino fui encontrándome

con otras enfermas. El principal problema en este centro es la comida. Cuando nos dan cereal es necesario echarle un vaso de agua para que logremos pasarlo. No sé quién diseña la minuta, pero combina espagueti blanco con panza. O sopa de verdura con mole de olla. Hay días en que nos dan pura verdura: calabazas cocidas de desayuno, una torta de papa en la comida, chayotes cocidos y lechuga en la cena. Es cruel y triste dormirse con hambre. Al otro día, de desayuno, nos darán tres salchichas nadando en aceite. Yo creo que nos ven muy gordas.

¡PÁNICO: NUEVO COMANDANTE!

Jessica Nochebuena

AQUÍ EN CHICONAUTLA –como en todo lindo Centro de Prevención Social– hay compañeras que se dedican a atender a las custodias: tenderles sus camas, plancharles su ropita, calentarles su comida... Casi les dan de comer en su boquita. A cambio reciben el privilegio de comer la misma comida que la custodia. Y, quizás, el favor de que la custodia les traiga mercancía de la calle, siempre y cuando la interna proporcione el costo del encargo. Puede ser champú, jabón, un litro de aceite, un foco... Y como comparten los alimentos también comparten chismes calientitos, tales como: “La custodia del primer turno no traga a la del segundo porque le robó su dinero”. “El comandante le echa los perros a la psicóloga”. “Una maestra se encerró en la oficina del subdirector y hasta el pasillo se oían los gemidos”, etcétera. Y como aquí todo es muuuy monótono, estas informaciones se saborean. Y se contribuye con comentarios que enriquecen la noticia: “No sólo eran gemidos sino gritos. Y la maestra decía: ¡Más, más!”.

Así fue como nos enteramos de que ya habían cambiado al comandante y al director. Para las ocho de la mañana ya lo

sabíamos todo. Y para las diez ya conocíamos a qué centro se habían ido y hasta de qué color traían los calzones.

Al día siguiente supimos que el nuevo comandante y el nuevo director no eran tan nuevos. Venían del penal de Otumba. Y corrimos a recabar la información con los recientes traslados de allá. Martha nos dijo que eran buenas gentes, que con ellos había cero corrupción. Esto nos preocupó un poco, pues nos habían malacostumbrado a que todo era negociable. Y según la cantidad de cosas para ingresar era el color del billete.

Más tarde le preguntamos a una custodia si ya había visto a los nuevos jefes, y nos dijo: “¡Aguas, eh! Vienen bien mamones: cero permisos”.

Llegó el fin de semana y mi madre pudo constatarlo. Cada semana, ella me trae 10 bolillos bien doraditos, como me gustan. Ya ni los partía por la mitad, como lo solicitan aquí. Con 10 pesos pasaban enteritos. Pero esta vez, quien inspeccionaba las bolsas era el comandante; iba revisando minuciosamente bolsa por bolsa.

—¿Para qué tantos bolillos, señora? —le preguntó al llegar a la de mi madre.

—Son para mi hija, comandante.

—¿Y su hija se come todos estos? Pa’ mí que vende tortas o algo así.

—Usted no conoce a mi hija; cuando la vea sabrá que sí se los come.

—Ni que estuviera como yo de grandota.

—De hecho, creo que está más altota que usted.

—Para la próxima traiga sólo la mitad. Con cinco estará bien.

Cuando terminó la visita había mucho descontento entre todas las chicas porque el comandante no había permitido

muchas de las cosas que habitualmente pasan: verduras, carne y pollo crudo, champú, jabón, ropa...

Todas queríamos conocerlo. Un sábado, estaba en mi cama cambiando las cortinas cuando vi a un hombrecillo parado fuera de la celda. Traía un cuaderno deshojado en la mano y vestía un pantalón de mezclilla, desgastado, de esos que se ajustan a la horma regordeta. Sus zapatos estaban muy sucios y raspados. Traía una playerita, tipo ropa de paca, color azul cielo con franjas naranjas que se adhería como calcomanía a una panza que no dejaba asomar el botón del pantalón sin cinturón. Tenía el cabello chino y corte de vocalista de los Yonics. Era cachetón, chaparrito (nada que ver con nuestro anterior metrosexual y bien papacito director: alto –como de 1.90–, güero, ojitos claros, labios de succionador e impecablemente vestido).

Este hombrecillo se quedó parado y nadie lo tomaba en cuenta. Varias de las compañeras se dirigieron al comandante, pensando que era el director, ya que es alto, de buen porte, güero de rancho, algo canoso. Se paró muy derecho; traía ropa negra con una casaca del mismo color, con el escudo de la DGPRS. “¡Es el *direc*, es el *direc*!”, decían las muchachas. Y le llevaban sus escritos, donde se acusan unas a otras por tonterías. O solicitan permiso para ver a su marido o para pasar algún aparato. Rápidamente se hizo una fila de mujeres. El hombre alto las miraba muy serio: “A mí qué me dicen. Díganle al director, señoras; ahí está”, dijo y señaló al hombre regordete que ya se encontraba sentado en el comedor con su cuadernito frente a él y pluma en mano.

Rápidamente la fila se trasladó a la improvisada oficina. Yo estaba sentada, fuera de la celda, viendo el espectáculo. A dos compañeras se les ocurrió acercarse al director a sondearlo: “¡Hola! ¿Usted es el nuevo director?” —preguntó una de ellas,

sobándose las manos y con una gran sonrisa. Detrás de ella, la otra sonreía tímidamente.

El hombre las miró de pies a cabeza dos veces.

—Ustedes dos son lesbianas, ¿verdad? —dijo en tono muy fuerte.

—¿Por qué dice eso, señor? —preguntó una de ellas después de haberse mirado una a la otra muy sorprendidas, como buscándose el letrero que las había delatado; pues, en efecto, eran pareja.

—Pues aquí todas lo son. Y yo estoy en contra de eso. ¡Váyanse para allá!

Y las compañeras dieron la media vuelta, muy indignadas. La escena me causó mucha gracia y continué observando el *show* junto con dos compañeras más que se sentaron conmigo. Otras valientes se le acercaron y sólo obtuvieron como respuesta a sus peticiones las siguientes preguntas: “¿De qué religión es? ¿Cree en Dios? De seguro usted es católica, ¿verdad?”

Doña Mariana, que es hermana cristiana, se le acercó y le pidió un permiso para una tele, y el director le preguntó:

—¿De qué religión es usted?

—Soy cristiana.

—Entonces, si Dios está con usted, ¿quién contra usted? Adelante, hermana. Traiga su aparato; con mucho gusto lo recibo.

—Este güey es cristiano. Ya mamamos —comentó Rosalía.

—Ay, y qué. Nosotras también seremos cristianas —y soltamos la carcajada.

A las demás compañeras las sermoneaba con el cuarto y quinto pasos de Alcohólicos Anónimos. O les decía fragmentos de la Biblia.

—Hay que ponerse a leer la Biblia, mana, si queremos un permiso —dijo Ivonne.

Poco tiempo después, el comandante comenzó a conceder permisos a las cristianas, como bajar a orar con los hombres o dejarlas hacer sus reuniones, que –para mi gusto– son demasiado escandalosas, en el salón de la escuela que está al fondo de la planta baja. Para nosotras estuvo bien porque podíamos oír música sin los alaridos de las hermanas. Pero para la directora del área educativa no estuvo nada bien. Dicen que se armó un problemón cuando el comandante llegó a exigir las llaves del salón al maestro encargado. Discutieron acaloradamente y el director obtuvo las llaves para meter a sus muchachas a orar a gritos.

Yo creo que el director no las apoyaría tanto si supiera cómo son algunas cristianas, como la hermana Concha, que se peleó con una chamaca de 20 años, le mordió un seno y casi le arrancó el pezón, y sólo porque la chamaca intentó contenerla cuando Concha lanzaba golpes. La hermana Vanesa es lesbiana; cuanta jovencita llega, sufre su acoso. Ha tenido como 20 parejas desde que llegué. Araiza es igual o peor, pues sólo friega al prójimo: inventa chismes, crea intrigas, provoca discusiones fuertes entre compañeras. Y todas las hermanas intentan guiar a las demás. Y les hablan de Dios y de cómo portarse. La excepción es doña Mary, que es una señora que se ha ganado el respeto de todas. Ella da la palabra y respeta a las demás. Un tiempo me junté mucho con ese grupo; tenía curiosidad por saber de Dios. Cuando conocí a quienes me daban clases de conducta, decidí alejarme.

GRITOS Y MURMULLOS

Gloria Catalán Delgado

UN FIN DE SEMANA, después de la visita familiar, Ivonne y yo fuimos al patio de solares, en la planta baja. Se trata de una malla que divide el patio del área restringida, un tramo donde no podemos pasar. Era una tarde tranquila en la que se podía disfrutar del canto de los pájaros y el viento en nuestros rostros. Nos sentamos junto a la malla para disfrutar el silencio y la tranquilidad. De repente, se escucharon dos estruendos, como de cohetes de fiesta. No les dimos importancia, ya que son muy comunes por estos lugares. Se escucharon los toquidos de una mujer desesperada por entrar.

—¡Ábranme, ábranme, por favor! —se escuchaba angustiada.

La custodia Vicky, que estaba en el cubil, se levantó a abrirle. Y entró corriendo la custodia Marisela muy pálida.

—El de la torre disparó dos veces —dijo.

La custodia Vicky se asomó hacia la torre que está aquí en la sección y comenzó a gritarnos con voz de mando.

—¡Todas, arriba! ¡Todas, a sus celdas!

Nos levantamos sin saber qué pasaba y nos echamos a correr.

—¿Qué pasó? ¿Se habrán amotinado los chavos? —nos preguntábamos mientras subíamos las escaleras de dos en dos.

Todas las chicas corrían y tras nosotras las custodias gritaban: “¡Apúrense!”. Nos metimos a nuestras estancias. Mis compañeras estaban pegadas a la ventana que da a la Sección Varonil: el patio de indiciados y los pasillos de la restringida, donde pasan los custodios para subir a las torres y donde está el final del reclusorio. Al ver a mis compañeras tan intrigadas subí las escaleras de la litera y miré hacia fuera; al final del reclusorio se escuchó nuevamente un estruendo. El chico que estaba escalando la barda que da al exterior se soltó de unas trampas que lo habían enganchado en el cerco de la malla ciclónica. Se acercaron los custodios para golpearlo y patearlo. Lo levantaron de brazos y pies como si fuera un animal, lo trasladaron por todo el pasillo de la restringida, aún golpeándolo. Se escucharon silbidos y mentadas de madre de los chavos que estaban en sus dormitorios, quienes podían ver lo que le hacían al chico que intentó fugarse. Los custodios lo condujeron a un lugar desconocido para nosotras.

—¡Ya pueden salir de sus celdas!

El chisme del día fue que quisieron fugarse tres. Uno lo logró; al otro lo mataron y el tercero está herido. Yo sólo vi caer a uno. Los murmullos no cesaban. Pero así son todos los días: gritos y murmullos. Las televisiones y grabadoras se oyen a todo volumen. Y cuando el penal está tranquilo, algo va a pasar.

MUERTAS OLVIDADAS

Gloria Catalán Delgado

EL 24 DE DICIEMBRE, como a las siete y media de la noche, llegó el director. Muchas compañeras corrieron a pedirle que las dejaran ir a la visita íntima con sus parejas. Le tuvieron que rogar cuando otros años las dejaron bajar el 24 y el 25, el 31 y el 1. Hubo muy poca visita. De comida nos dieron pescado empanizado. Y de cena, el mismo tipo de pescado, pero guisado como si fuera bacalao. Muchas prefirieron una sopa Maruchan. Algunas compañeras arrullaron a su Niño Dios e hicieron procesión.

En la planta alta, donde se encuentran las celdas, se organizó un baile en el pasillo, donde participarían unas 25 personas. Unas anduvieron chochas. Las demás prefirieron encerrarse en sus celdas. La celebración estuvo muy apagada, quizá porque no hubo dinero como otros años.

Para mi fortuna, el 25 mi hermano me trajo el mejor de los regalos: a mi hija y a mis dos hermanitas. Nos fuimos a la cancha de voli y comenzamos a jugar con la visita. Después jugué con mis peques.

El día 31 estuvo aún más triste; no hubo convivencia. Ni siquiera bailaron. Chayo, Verónica y yo cenamos medio pollo rostizado. Sacamos ponche y carne de puerco en achiote que hicieron en la casita, pero sabía feo. Estuvimos un rato sentadas en el pasillo hasta que decidimos levantarnos para ir, de celda en celda, repartiendo abrazos con las compañeras con las que mejor nos llevamos.

No sé si era yo o el ambiente, pero sentía tristeza. Ahora ni las custodias hicieron de cenar. Este lugar a veces parece un panteón; los familiares, cada ocho días, vienen a ponerles flores a sus muertos vivientes. Y así como hay muertos olvidados, aquí también.

Y SÓLO CADÁVERES

MSK

UNOS GRITOS MUY FUERTES me despertaron. Una compañera se levantó para saber qué estaba pasando.

—¡No mames: creo que se murió la Flaquita!

Los vellos de toda mi piel se erizaron. Sin querer, derramé unas lágrimas. No éramos grandes amigas; era mi compañerita Susana. Aquí somos como una gran familia; más entre sentenciadas. Cada día —al despertar, al comer, al anochecer— nos vemos en esta gran casa de varias recámaras; sólo nos dividen las puertas cerradas con candados en la noche.

Todas mis compañeras de celda se levantaron inquietas y preguntando qué había sucedido. Ya no pudimos dormir. A las seis de la mañana abrieron para pasar lista. Todas empezaron a comunicarse lo sucedido. La custodia Inés nos regañó porque no atendíamos. Pero todas querían ver a la Flaquita; sobre todo las adictas: compañeritas del mismo dolor. Era la banda, como dicen ellas. Nunca tuvimos problema con ella; siempre me habló bien. Era una niña muy tranquila.

Empezaron a rezar un rosario fuera de la celda cerrada. La Flaquita estaba dentro. Ni muertas nos dejan libres. Las

compañeras querían que les abrieran la puerta de la celda para no dejarla sola y poder rezar. Dicen que es malo dejar encerrado o solo a un muerto porque se lo puede llevar el Demonio. No sé nada de eso; sólo sé que un día moriré y ahí acabará mi historia.

Desde mi camarote escuché los rezos. Se sentía un silencio pesado, como de pesadilla. No podía asimilarlo, por más que escuchaba fragmentos de la misma historia:

—¡Se murió! ¡Se murió! El doctor tuvo la culpa. La custodia no subió cuando le gritamos.

—¡Pinche vieja culera!

No faltó quien siente que todo lo puede y quiso golpear a la custodia. Me levanté y sentí un nudo en la garganta: en la celda cerrada, en el piso, vi la triste flama de una veladora roja. Había unas flores en un vaso de plástico y un solitario clavel, varias dolientes rezando. El sol entraba pálido. Las aves empezaron a cantar desde muy temprano. Muchas iban al teléfono para informar a sus familiares lo sucedido. Otras, en sus celdas no paraban de llorar. Hoy fue ella; mañana, ¿quién?

Se ve la tristeza en muchas compañeras. Es sábado, día de visita. Varias se bañan y se pintan: un poco de maquillaje cubrirá la tristeza y el miedo. Yo sólo pienso: *Voy a recordarla como la vi ayer: peleando y jugueteando conmigo.*

—A mí no me ofreces, pues yo no te pago —me dijo.

—Para. Ya sabes que siempre me acuerdo de ti.

—¿Es que tú ya no me quieres?

—Vete a la verga, Flaquita.

Recordaré sus choros mareadores de cuando me debía dinero y la carita que ponía cuando se chiqueaba. Somos mujeres y nos portamos como niñas chiquitas. Decimos palabras como *mi amor*, *mamita*, *bebecito*, *bebecita*. Imitamos el habla de los bebés, esa ternura de la mujer que sabe el lenguaje de los pequeños. La Flaquita siempre me recibía

con cara infantil y una sonrisa: “Es que tú me caes bien”, y se reía.

Ella había entrado por robo y estaba próxima su preliberación; por ello participaba más en las áreas. Asistía a terapia psicológica. Quería salir e irse con sus niños. Era muy delgadita, de pelo lacio, estatura normal. Le decían la Grinch, por su color muy transparente, entre verde y amarillo. Muchas decían que tenía sida, cáncer o leucemia. Nadie sabe de qué estaba enferma. Tendría 29 o 30 años. Últimamente se juntaba con una compañera muy alta. Siempre las veía al atardecer, tomadas del brazo, caminando en el patio trasero, conversando.

Las visitas comentaron que la familia de la Flaquita lloraba desesperada. Imagino su impotencia. Desde muy temprano, la familia estuvo allá fuera sin poder hacer nada. Susana se adelantó a su libertad. Pero en lugar de los gritos de despedida acostumbrados, “¡Adiós, culera, no regreses!”, su salida fue acompañada por silencio y miradas de tristeza. Se la llevaron cuatro hombres que no pudieron llevársela cargando. La tuvieron que arrastrar por los pasillos, sobre una tela, envuelta en unas bolsas negras.

Cuando pasamos la lista de las 8:30, una compañera vio que las custodias se dirigían a la celda seis: “Ya van a ver si es verdad que está muerta o si se está haciendo tonta. ¡Pinches perras!”, comentó, y de inmediato una custodia la calló y la castigó.

Todas estamos expuestas a morirnos cualquier día sin que nos atiendan debidamente, al cabo que somos la escoria de la sociedad. Pero los verdaderos rufianes están allá afuera haciendo de las suyas. ¿Qué le vamos a hacer? Ya estamos aquí, y sólo muertas, preliberadas o absueltas podremos salir.

YA ERA PRIMAVERA

Gloria Catalán Delgado

HOY SE SIENTE UNA TRISTEZA PROFUNDA en todo el dormitorio. Todas las compañeras están en *shock*. En la madrugada se habían escuchado unos gritos de angustia: “¡Custodia, custodia!”, gritaban las mujeres de la celda seis. Patearon la puerta por varios minutos.

La custodia de guardia subió a las 5:20. Abrió la celda. Se escucharon sollozos. Sacaron a todas las del seis, excepto a Susana, quien padecía una enfermedad. La tarde de ayer, viernes, se sintió mal. La llevaron con las custodias para que el médico la revisara. Se quejaba de un fuerte dolor. El médico de guardia le mandó poner suero y una inyección de Buscapina. Tenía la presión baja. El suero le pasó en menos de 20 minutos. Las custodias comentaban: “Sólo se hace, si en la mañana andaba hasta corriendo”.

Volvieron a subirla a su celda, a que se recostara. En la madrugada, Lety se levantó para darle su medicamento y se dio cuenta de que Susana ya no respiraba. Sus manos estaban frías, abiertas, a los lados. Las muñecas y antebrazos arriba de los hombros, como queriendo respirar. Lo único caliente

que tenía era el cuello y el estómago. Tenía los pies fríos y estaba rígida.

La custodia Inés acudió a los gritos de Lety. Se acercó a tocarla y sólo dijo: “Ya está muerta”. Sacó a las compañeras y las metió en otras celdas. Cerró la celda y en pocos minutos regresó con el doctor, quien la revisó y confirmó: “Está muerta. ¿A qué hora murió?”.

En la lista de las seis nos veíamos en silencio. De pronto, se escuchó el llanto de una compañera que tiene poco de haber ingresado. Las amigas más cercanas de Susana se acercaron a Lety y después soltaron el llanto. Al término de la lista la mayoría acostumbra regresarse a dormir. Hoy, todas estuvimos fuera de las celdas rezando, platicando los hechos. La mayoría estaba molesta porque la custodia no subía y porque no la sacaron al hospital. Meses antes ya la habían llevado y los médicos conocían el diagnóstico y sabían la gravedad de su mal.

Fuera de la celda pusieron veladoras, un clavel y un Cristo en la cruz. Ya son pocas las que están rezando. Muchas se fueron a bañar para recibir su visita. Algunas nos metimos a llorar en nuestras camas. Siento un nudo en la garganta, de impotencia. No me imagino cómo estará su familia, pues ya esperaba su libertad.

Cuando llegó el cambio de turno subieron varias custodias a recibir y a verificar lo sucedido. Pasamos lista y después gritaron en el pasillo: “¡A desayunar!”. Varias no quisimos comer.

A las nueve llegó el jefe de turno con dos custodias. Las compañeras se le acercaron para externarle su enojo. Él sólo les dijo que se tranquilizaran y que debían expresar sus reclamos al director. Una de las compañeras le pidió que las dejara entrar a la celda para rezarle a Susana. Él les dijo que

no, que tenía que venir el Ministerio Público y que los peritos deben levantar el cuerpo para verificar el fallecimiento. Y si encuentran algo anormal, será un problema para nosotros, las custodias y los jefes.

El dormitorio está de luto. No se escucha el escándalo de siempre. Todo es silencio y tristeza. Hasta sacaron más temprano a las mujeres que salían a patio. Siguen los rezos y cantos. Qué difícil es escuchar las carcajadas de las custodias, ignorar la sonrisa irónica de la custodia Inés.

A las 11:20 horas vinieron por Susana. Entraron cuatro custodias, un jefe de turno y tres desconocidos con guantes, cubrebocas y unas bolsas negras. No tardaron ni 10 minutos en sacarla. Algunas exclamaron preocupadas: ¡La visita va a ver todo! Pero las custodias ya habían enviado a la visita al patio trasero para que no observaran esa escena.

Me subí a mi cama y me asomé por la ventana. A los 10 minutos vi salir la camioneta de SEMEFO. *Ya se va*, comentaron las compañeras. Y así entró la primavera este 21 de marzo de 2009 al penal donde todas estamos de luto.

DONDE ALGÚN DÍA LLEGAREMOS

Rina

HAY UNA GRAN INDIGNACIÓN entre las internas. Todo está en silencio. Por allá se escucha un reclamo: “Pinches custodias, hijas de su puta madre. ¿Por qué no subieron rápido?”. A las 6:30 algunas nos vamos a bañar. No hay música. Sólo se escuchan los rezos. Dos horas después llega la custodia Rocío, respetuosa y humanitaria: “Buenos días, señoras. Fórmense y guarden silencio. Creo que todas estamos confundidas por el momento que se está viviendo”.

Después de pasar lista bajo a los teléfonos y le marco a mi hermana. Le pido que lleguen tarde porque ha muerto una interna y todavía no sacan el cadáver. Le pido que se lo comente a mis padres para que no se lleven un susto. Escucho las risas y las bromas de las custodias. Son del segundo turno y van subiendo las escaleras.

Cuando llega el Ministerio Público y los peritos forenses, se quita el candado de la celda y echan a Susana en una bolsa, envuelta en una cobija. Antes, le toman fotos. La valedora Laura Melchor grita cuando se llevan el cuerpo: “¡Ya se va libre Susana Ánimas!”.

Qué silencio. El cielo parece enojado; sus colores son opacos. El viento propaga la desgracia. Es un día de duelo. No hay baile ni grabadoras a todo volumen como es costumbre. Los pasillos están vacíos. En los patios hay pequeños grupos de internas mirando con coraje a las de negro. En realidad, el turno en guardia no tiene nada que ver.

Es de noche y el cielo está despejado, con muchas estrellas. Hay gran silencio y olor a muerte. Al pasar por la celda seis me da escalofrío. En mis ocho años de reclusión no había muerto nadie en la prisión. Hasta la visita se ha llevado el luto. Y yo, que nunca lloro, ahora siento el dolor de la ausencia. Cuando levantaron y enredaron a Susana en la bolsa negra empecé a llorar. Para mi sorpresa, aún siento dolor por mi prójimo; todavía guardo sentimientos nobles.

Algún día se nos abrirán las puertas de Chiconautla, y que la lluvia lave las noches de llanto y los días de lamento que nos dejó vivir aquí. Hoy, el alma de una de nosotras ha llegado a donde algún día llegaremos las mujeres encarceladas.

SOBRE LAS AUTORAS

GLORIA CATALÁN DELGADO

Está casada y tiene 33 años. Tiene una hija. Es enfermera general titulada y ama de casa. Actualmente cursa la preparatoria abierta. Ingresó el 5 de mayo de 2002. Es acusada de secuestro. Después de cuatro años de proceso, la encontraron culpable y le dieron una sentencia de 35 años. Ella y Maribel fueron las alumnas más participativas y entregaron todas las tareas solicitadas. Es juiciosa, grata, amable y muy comedida. ¿Qué hace una mujer como ella en la cárcel?, me he preguntado varias veces. Gloria, donde se encuentre, creará orden y armonía. Su calidad humana podría ser más productiva en la calle, en su casa, en la sociedad. Si fueran más atentos los seguimientos de criminología y psicología, las cárceles de mujeres quedarían casi vacías. La pregunta de fondo es esta: ¿por qué mujeres como Gloria pueden involucrarse en delitos tan nefandos? ¿Será porque callan ante lo que hacen sus maridos o porque tienen miedo de llevarles la contra o denunciarlos? Como sociedad debemos hallar la manera de que el sistema judicial

emplee mayor discriminación en su manera de juzgar, que muchas veces es a rajatabla. Hay una gran cantidad de mujeres en la cárcel porque sus esposos les echaron la culpa o porque las obligaron a ser cómplices. Y porque ellas no vieron la salida; no supieron cómo detener el delito o, mínimamente, denunciarlo y no salir implicadas sin que los maridos ejercieran violencia sobre ellas. Su encarcelamiento deja una cadena de destrozos familiares, los de las víctimas y los suyos propios: hijos a la deriva, sin guía, sin sustento. Este es el caldo de cultivo para delincuentes futuros.

MSK

Pese a que los hechos narrados sucedieron hace varios años, por sentido común, la autora no desea que se proporcione dato alguno sobre su personalidad e identidad.

VIANEY RANGEL VILLEGAS

Es casada. Tiene tres hijos biológicos y tres adoptados. Estudió la secundaria. Trabajaba como estilista y chofer de todo tipo de vehículos. Está acusada de secuestro. Ingresó el 8 de abril de 2005. Su caso está en proceso.

Vianey es alta, atlética. Sus cejas están pintadas en pronunciado arco. Sus estados de ánimo fluctúan de un extremo a otro. Puede ser gentil, amable y dulce, o fría, arrogante, despectiva, irónica y descalificadora. Es tierna, protectora y comprensiva. Puede desplegar sentido del humor o dejar de asistir al taller porque está sumida en las penumbras de la depresión. Se casó en el varonil, con Luis Fernando.

Escribe largos relatos; posee un talento natural para narrar, pero dejó de entregar textos al taller porque consideró que debía ser congruente. Pensó que escribir sobre las internas y su mundo es deshonesto e inapropiado para una cristiana. Por eso sólo están incluidos los textos donde habla de sí misma.

CAROLINA ROCHA MARÍN

Está casada. Tiene 46 años y siete hijos. Estudió la secundaria. Es ama de casa, comerciante y santera. Fue acusada de secuestro, asociación delictuosa, portación de arma y robo de vehículo. Ingresó el 13 de febrero de 2003. Es su propia defensora; ha estudiado los libros necesarios para demostrar todas las irregularidades de su caso.

Si se le pide que explique por escrito su proceso lo describirá con puntillosa precisión, incluyendo número de fojas y expedientes, y redactado en la intrincada redacción leguleya. Hasta el momento ha conseguido sentencia absolutoria, inocencia, de todos los cargos, excepto el de secuestro. Sospecha que está presa por venganza de su ex marido, quien no soportó que ella eligiera otra forma de vida donde fuera posible la felicidad y la esperanza. A su marido y ella los mandó encarcelar. Les arrebató a su hija, a la cual no ve desde que está encerrada. Su ex marido tenía los nexos necesarios para inculparla de los delitos arriba mencionados. Las acusaciones fueron tan manipuladas y absurdas que no han podido sostenerse después del exhaustivo análisis lógico jurídico de Carolina. Su rostro es afable; su pelo, largo y canoso. Su rostro irradia la luminosa dignidad de los ofendidos.

Agobiada en el estudio de su defensa, dejó de asistir con regularidad al taller. Escribía mucho, pero no fueron

seleccionados sus textos porque no pudo aprender a controlar sus emociones; sus relatos están preñados de discursos y diatribas. Para ella, tomar la pluma es como coger la espada de la justicia con la cual combatirá la *iniquidad procesal*. Le indigna la falta de calidad humana y la degradación de sus compañeras cuando se violentan o se drogan. Después de tres traslados ha comprendido que la tolerancia es el pasaporte para sobrevivir.

Por supuesto, brinda asesoría legal, gratuitamente, a quien se la solicita.

JESSICA NOCHEBUENA

Es alta y corpulenta. Está casada, tiene 31 años y una hija de cinco. Es técnica en informática. Cuando fue aprehendida estudiaba el primer semestre en Ciencias Políticas en la ETAC, Coacalco. Coordinaba una asociación de taxistas en el Estado de México, TIVAM. Era la responsable de la manutención de su casa y de su hermana menor. Cuando tenía 25 años, el 5 de junio de 2003, fue acusada del secuestro y homicidio de una niña. El cadáver fue encontrado en la cajuela de su auto. Fue detenida y torturada: asfixia de bolsa, agua por la nariz, jalones de cabellos, luxación de costilla y golpes. Además, sufrió el suplicio que le pareció más demoledor: quedó desnuda, atada de manos y vendados los ojos, a merced del manoseo y escarnio de judiciales. Por supuesto, la policía investigadora consiguió la confesión de la complicidad de los delitos.

Tres días después llegó al penal de Cuautitlán con dos compañeros de causa. Ahí recibió la sentencia de 42 años después de un proceso de tres años. El 16 de febrero de 2007 fue trasladada a Chiconautla. Y como en la cárcel es posible

vivir el absurdo, ha recurrido sus estudios desde la primaria, como lo señalo en la presentación. Su única esperanza para salir libre se cifra en meter un amparo en cuanto reúna el dinero necesario para ello. Ahora ya sabe quién realizó los delitos en los cuales supuestamente es cómplice.

Jessica posee una aguda capacidad para escribir relatos cargados de humor negro y sarcasmo. Cuando llegué al taller ya tenía escrito un libro testimonial, el cual desconozco. De ahí extrajo algunos de los relatos que están incluidos en este volumen. Asistió con irregularidad al taller. La mayoría de las veces estaba fuera, sentada ante la mesa, tejiendo bolsas o fabricando muñecos de tela y papel. Por supuesto, siempre lamenté su ausencia porque su trabajo pudo ser la escritura ejemplar a la que sus compañeras podrían haber aspirado. Y ella podría haber perfeccionado sus dotes naturales. Yo no insistía demasiado en que acudiera al taller porque de sobra sé que las manualidades que realizan son para venderse fuera. Son pedidos que sus familiares se encargarán de vender. Generalmente, estos trabajos son elaborados con cuidado y esmero, y difícilmente se encontrarán en el mercado.

Pese a su enorme sentido del humor, su mirada es acuosa y triste, como oscura laguna.

ROCÍO VENTURA

Su presencia en el taller fue muy breve porque salió liberada. Estaba acusada de vender terrenos que han sido fraccionados y resultan insuficientes para los compradores. Una mañana que estaba esperando mi ingreso a la aduana, me vio pero fingió no verme. No me desconcertó: es normal. Soy una

estampa que han visto en la cárcel. Las mujeres que buscan desembarazarse lo más pronto posible del costal de estampas hacen caso omiso de todo lo que pueda reubicarlas en ese mundo, aunque sea fugazmente.

GUADALUPE SALAZAR

Es profesora jubilada, divorciada. Tiene dos hijos con estudios universitarios. Fue liberada y sólo conozco los datos que expone en sus textos. Se resistía a escribir, pero deseaba asistir al taller, donde todas están invitadas a tomar café con galletas. Ella disfrutaba esa compañía, que ella calificaba “de gente civilizada, no como la jungla de allá arriba”. En las primeras ocasiones no podía evitar las lágrimas. En cuanto empezó a escribir, siempre pidió disculpas porque le parecía que sus textos carecían de la gracia que tenían los de sus compañeras. Después le halló gusto a observar los sucesos que la rodeaban para hacer su crónica. Luego su ánimo volvió a decaer.

La tarea previa a su salida consistía en contar, precisamente, la historia de su detención. Yo buscaba que pusiera por escrito la historia que me había platicado. Ella estaba acusada de fraude. Un sujeto la acusó de haberle vendido un terreno que ya estaba vendido. Como relata en sus textos, sus hijos se dedicaron a realizar tareas de investigación y demostraron la falsedad de todos los cargos. El terreno en disputa ni existía. El acusador no se presentó a ratificar la acusación. He escuchado tantos relatos donde cualquiera puede acusar a alguien del delito que sea, y después el acusado es detenido y paga la fianza –si tiene los recursos– para salir libre. O pasan dos o tres meses en prisión, cuando se ha aclarado que era falsa la acusación.

¿Será posible que haya delincuentes que se dediquen a levantar falsos testimonios? ¿Y quién sale beneficiado?

Mientras estuvo internada se negó a teñirse el pelo. A veces una decisión como esta es indicio del mecanismo de negación. O sucede porque las internas de reciente ingreso deben hacer méritos para que se les permita ingresar tintes. He pensado que esta restricción forma parte de la humillación que, según ciertas autoridades, debe recibir toda interna para que rápidamente entienda quién manda y dónde está. Cuanto más pulcra y cuidadosa sea su apariencia, más le retardarán el ingreso de sus cosméticos.

A los pocos días de haber obtenido su libertad, encontré a Guadalupe en el estacionamiento, acompañada de su hijo. Su cabello estaba perfectamente teñido. Por primera vez la vi maquillada. Ella hubiese deseado ir a Juzgados vestida con propiedad y elegancia, pero su hijo le dijo: “No, mamá, vamos a los juzgados; muchos delincuentes preliberados van a firmar. ¿Qué tal si ahora piensan que tienes mucho dinero y te secuestran?”.

BRISA RIVERA CAVILLE

Tiene 24 años. Es soltera. Tiene la preparatoria terminada e iba a ingresar a la universidad antes de ser aprehendida. Está acusada de robo con violencia. Después le quitaron el agravante y alcanzó una fianza de 14 mil pesos. Se la sentenció a tres años de prisión. Ingresó el 3 de mayo de 2007. Nació en Baja California. Hace varios años salió de su casa y vivía sola. Le fascina viajar. Trabajaba como sirvienta. Carece de apoyo familiar y tutela; por lo tanto, tendrá que cumplir completa su sentencia.

Brisa hace honor a su nombre. Es serena, delgada, morena clara, de labios pequeños y carnosos, de movimientos suaves y discretos. Permanece vigilante, como los gatos cuando observan y no se sabe si decidirán dormir, retirarse o saltar sobre la presa. Cuando la conocí, era la encargada del manejo del Libro Club, pero no leía. A partir del taller, se volvió una lectora incansable, afición que se reflejó en su narrativa. Desafortunadamente, dejó incompletos varios textos. El relato que aquí se presenta es el primero que escribió.

MARIBEL REYES GUTIÉRREZ

Tiene 37 años y dos hijos. Es comerciante. Ingresó el 16 de abril de 2000. Está acusada de robo a mano armada. Tiene una sentencia de 19 años, dos meses. En reclusión terminó sus estudios de primaria y secundaria. Está estudiando el curso propedéutico previo a la preparatoria. Asimismo, ha aprendido diversas manualidades.

Maribel tiene ojos grandes y redondos. Su mirada es expresiva como la de un niño inquieto y curioso. Su cinismo es encantador. Su corte de cabello es masculino; es corpulenta y baja de estatura. Siempre viste con pulcritud ropa unisex. Está decidida a escribir su vida y seguir entendiendo su pasado para no repetir los errores que la llevaron a perder la libertad. Los relatos aquí recopilados la pintan de cuerpo entero. Reflejan su nobleza y el buen ánimo con que a diario encara la vida. Se ha vuelto una lectora que observa técnicas y estructuras narrativas, las cuales intenta aprovechar en la escritura de su autobiografía, cuyos pasajes no forman parte de este libro.

ANÓNIMO

Estudió la primaria. Es ayudante de cocina. Tiene cuatro hijos y una sentencia de 16 años por el delito de complicidad en violación. Al principio, cada vez que tomaba la palabra, lo hacía con un profundo resentimiento, sin que yo entendiera a quién iba dirigido. Después preguntó si podía escribir de cuando era niña. Le resulta difícil expresarse por escrito y verbalmente. En varias ocasiones me preguntó si podía pasar al salón sin traer tareas. A cuentagotas fue entregando los breves relatos incluidos, quizá para corresponder al gusto que le daba escuchar a sus compañeras. Escribe de la infancia porque parece que no ha terminado de salir de esa etapa.

ÁNGELES ESTRADA

Tiene 30 años y tres hijos. Cursa la preparatoria. Está acusada de secuestro. Fue sentenciada a 126 años de prisión sin beneficios. Después le redujeron la pena a 40 años. Ha cumplido nueve. En la apelación le llegó la reposición de proceso y actualmente está llevando uno nuevo. No acepta el delito del que se la acusa; admite que las malas compañías y su desmedido deseo de comerse al mundo la condujeron a estar en el lugar y la hora equivocados. Paradójicamente, tuvo una vida llena de mimos, consentida por abuelos, padres y hermanos.

Fue la última en integrarse al taller. Sus pestañas son enormes, y sus ojos, muy expresivos. Es una excelente narradora oral. Estaba aprendiendo a contar sus vivencias; la suspensión por la contingencia de influenza nos impidió seguir trabajando sus textos y los de otras dos nuevas integrantes.

RINA

Tiene 28 años. Estudiaba el tercer semestre de la licenciatura en Derecho, en provincia. Asiste al curso propedéutico. Lleva ocho años de reclusión. Está acusada de secuestro. Asistió puntualmente a las primeras clases. Después sólo me entregaba sus escritos, que eran más parecidos a un recado, por las faltas de concordancia y sentido. Aseguraba que sus actividades le impedían asistir al taller. En privado le di varias sugerencias para escribir sus textos, pero volvía a entregármelos con tantas confusiones que resultaban incomprensibles.

Creo que la verdadera causa de la irregularidad e inasistencia al taller es que ahí se reunía la mayoría de las líderes propositivas del penal, y “para evitar problemas” no asistían. Nunca entendí a qué se referían. Infiero que hubo indiscreción de algunas participantes y se filtraba a la comunidad lo que ahí se leía. Todas sabían que sus textos, tarde o temprano, serían conocidos por todo el penal y el mundo entero, pero no les gusta que sus relatos formen parte del chisme del día. Quizá, como líderes, no pueden mostrar su vulnerabilidad.

En varias ocasiones le pedí que me escribiera por qué estaba ahí. Dice que fue secuestrada por su novio, quien le había robado de la cuenta de cheques del negocio familiar tres millones de pesos. Como lo denunció, él la mandó secuestrar y después la mandó a la cárcel, acusada de secuestro. Dice que ese hombre es pariente de un político poderoso en su estado. Es tan confusa la historia que sigo sin entenderla. Y así le digo, y ella promete volver a escribirla. Y me entrega extensos relatos donde termino conociendo más de su familia, su entorno y su mundo de comodidades y lujos, que la historia que la llevó a la cárcel. Vende comida, actividad que le permite dar trabajo a 10 internas.

GABRIELA

Para evitar posibles burlas o sarcasmos proferidos por sus compañeras, la autora no desea que se proporcione dato alguno sobre su personalidad e identidad.

MUJERES DEL VIENTO, de Josefina Estrada, se terminó de editar en septiembre de 2019. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Dirección de Publicaciones Universitarias de la UAEM.

Editor responsable:

JORGE E. ROBLES ALVAREZ



Josefina Estrada es narradora, periodista y editora. Ha desarrollado una destacada labor como promotora de la literatura en los reclusorios para mujeres y en la UNAM. Ha obtenido dos premios nacionales por sus libros testimoniales. Finalista en el Concurso Internacional de Cuentos Juan Rulfo, París, 2007. Algunos de sus cuentos y crónicas se han antologado y traducido. Ha publicado 23 libros.

MUJERES DEL VIENTO

Mujeres del viento es la culminación de un taller literario que Josefina Estrada impartió en la Sección Femenil del penal de Chiconautla, en Ecatepec. Es una avasalladora compilación de crónicas y memorias escritas por las internas, en las que cuentan cómo conocieron el olvido, la rabia, el dolor, pero también la fe, la lealtad y la fortaleza. También es un atisbo a la intimidad de un grupo de mujeres que habitan un lugar anónimo e ignorado, donde la vida y la libertad se suspenden y la privacidad no existe. Las mujeres de Chiconautla relatan con valentía y entereza, construyen una potente voz femenina que muestra que la nobleza humana sobrevive incluso a las peores condiciones e injusticias.

SDC

AUTONOMÍA
UAEM
75°
ANIVERSARIO